

Serie oficina

No puedo

pedir más

Sophie Saint Rose

No puedo pedir más
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Cindy cogió el abrecartas y de manera mecánica abrió toda la correspondencia que le acababa de llegar. Sentada tras su escritorio se quitó los cascos para estar más cómoda, empujó la silla hacia atrás y empezó a leer las cartas. Silbó al ver una de las facturas de su jefe en una joyería del centro. —Esto es para la nueva. Rubia esquelética oxigenada —siseó entrecerrando sus preciosos ojos azules al ver que era una pulsera de diamantes—. Menuda fresca.

Dejó la factura sobre la mesa para clasificarla en gastos personales y se apartó un mechón pelirrojo de la frente antes de sacar la siguiente. Los trajes nuevos del jefe. Hizo una mueca al ver que se había gastado setenta mil dólares. —Increíble, y tú zurciendo las medias para que te duren lo máximo posible.

Decidió tomarse un café para que la úlcera que le iba a salir fuera bien gorda y a ver si se cogía la baja. Fue hasta el cuarto de la cafetera y se estaba sirviendo una taza cuando escuchó el teléfono. Con ella en la mano juró por lo bajo corriendo de nuevo hacia su mesa y descolgó el teléfono. —Despacho de Malcom Halifax. —Escuchó un pitido y apartó el teléfono antes de acercarlo de nuevo. —¿Oiga? ¿Me oye? ¡Vuelva a llamar! No se escucha nada.

Hubo un ruido al otro lado e iba a colgar cuando escuchó a lo lejos —Tenemos a su jefe. —Volvió a haber interferencias y escuchó —Millones a...

Cindy dejó caer la taza al suelo sujetando el auricular con ambas manos y pensando rápidamente decidió disimular. —¿Oiga? ¡No se oye! ¡Llame de nuevo!

Colgó a toda prisa y cogió el inalámbrico corriendo por la moqueta para empujar las puertas de cristal que daban al hall de dirección. Allison la miró con el ceño fruncido al ver que corría hacia el despacho del hermano de su jefe y pasó ante la mesa de Ruth que gritó —¡Está ocupado y...!

—¡Emergencia! —Abrió la puerta negra y entró viendo que Jefferson Halifax estaba reunido con el jefe de sus abogados, seguramente por el contrato que se iba a firmar al día siguiente.

—Cindy, ¿qué pasa?

—Le han secuestrado —dijo con la voz agitada sin darse cuenta de que estaba pálida como una muerta—. Han secuestrado a Malcom.

Jefferson la miró con sus ojos negros fijamente. —¿Estás bebida?

—Acaban de llamar. —Se pasó una mano por el vientre de los nervios y se acercó con el teléfono en la mano extendiéndolo hacia él, pero no se lo cogió mirándola como si estuviera loca. —Pero se escuchaba muy mal y me hice la loca diciendo que llamaran de nuevo.

El hermano de su jefe la miró como si fuera estúpida sonrojándola. —¿Qué querías que hiciera? ¡Además se escuchaba muy mal!

En ese momento el teléfono volvió a sonar y Phillip se levantó dejando los documentos sobre la mesa. —Contesta, Cindy... Y aparenta tranquilidad.

Ella asintió mirándole con sus preciosos ojos azules muy asustada y pulsó el botón verde llevándose el oído. El abogado negó con la cabeza y puso el manos libres haciéndole sonreír. —Despacho de Malcom Halifax. Al habla Cindy.

—¡Vuelve a colgarme el teléfono y le corto el cuello, pendeja!

—¿Perdón? —Phillip la cogió por los hombros sentándola en su silla, haciéndole un gesto a Jeffrey para que se mantuviera callado.

—Tenemos a su jefe.

—¿A qué jefe? —preguntó con sorpresa.

—¿A quién va a ser? A Malcom Halifax. De Halifax Holding.

—¿A Malcom? Eso no es posible. Está en México. —Miró a Jeffrey a los ojos que estaba muy tenso.

—Y sigue aquí —dijo con burla—. Y no le soltaremos hasta que nos transfieran cinco millones de dólares a este número de cuenta. Apunte.

Frunció el ceño porque aunque parecía sudamericano hablaba muy bien inglés. —¿Cómo sé si eso es cierto?

—Solo tienes que averiguar si se ha subido al avión que tenía que haber cogido hace media hora —dijo él con burla—. ¿O quieres que te envíe una oreja por correo urgente? Mejor te envío una foto de él destripado. ¿Qué me dices?

—¡No! —Asustada miró a Jeffrey que le puso delante un block con un lápiz. —¿Una transferencia? Tardaré un tiempo. —Phillip asintió. —Además necesito autorización, yo no tengo ese poder.

—Mira niña, no me toques los huevos. Sé de sobra que tienes la autorización porque me lo ha dicho tu jefe. Por eso te llamo a ti. Tienes acceso a las cuentas, así que tienes veinte minutos para prepararlo todo. Y te lo advierto, llama a la policía y le saco uno de esos ojos negros que tanto le gustan a las chicas de las revistas. —Se echó a reír. —Pero pagarás, ¿verdad? Porque a ti también te encantan.

Sin aliento miró a su otro jefe que asintió, pero ella no se daba por satisfecha. —Quiero hablar con él y saber que está bien —dijo atropelladamente. Phillip le hizo un gesto para que se calmara y Cindy tomó aire—. Necesito saber que sigue vivo o de otra manera no moveré un dólar.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y el tipo siseó —Te llamo en dos minutos.

Colgó el teléfono y Cindy miró a Phillip insegura. —¿Lo he hecho bien?

—Perfecto. Lo has hecho perfecto. —Se volvió hacia Jeffrey. —¿Pueden haberle secuestrado?

—Pregúntaselo a ella. Es la que lleva su agenda.

Nerviosa apretó el teléfono entre sus manos mirando al encargado de los asuntos legales de su jefe. Phillip tenía apenas cuarenta años, pero había conseguido ganarse a Malcom que había confiado en él. Miró sus ojos castaños. —Hace media hora tenía que haber cogido un vuelo a Nueva York desde Cancún. Tres horas y cincuenta minutos de vuelo.

—Así que si está en el avión no podremos ponernos en contacto con él —replicó Jeffrey—. Estupendo. ¡Joder, es estupendo!

—Como ha dicho el que ha llamado, podemos averiguar si se ha subido al avión —dijo Phillip muy serio cogiendo su móvil dirigiéndose a la puerta—. Voy a llamar a un amigo que tengo en la embajada en México.

—¿Malcom fue hasta allí para ver localizaciones? —preguntó Jeffrey rodeando el escritorio. Ella negó con la cabeza—. ¿Cómo que no?

—Fue a ver la remodelación del complejo turístico y para reunirse con Ernesto Ortega. Le había comentado que tenía una casa en venta que podría interesarle.

—¿Es que no puede estarse quieto, joder? ¡Mañana es un día crucial en la empresa!

Entendía a Jeffrey, estaba tan asustado que por no mostrarlo se cabreaba. Ambos eran así. Tíos duros que no podían mostrar sus sentimientos.

Todavía recordaba el primer día que fue a trabajar allí. Había sido una casualidad porque después de recién licenciarse en económicas una amiga le había dicho que una secretaria de la empresa había tenido un accidente y que buscaban una sustituta. Ella para pagarse sus estudios había sido secretaria de un arquitecto bastante bueno de la ciudad, pero el puesto era en Halifax y era una oportunidad buenísima para poder ascender en el futuro si tenía suerte. Y vaya si la había tenido porque en cuanto entró en la empresa y le dijeron que subiera al último piso, había sido como subir al cielo. Ni se había imaginado que su vida podía cambiar tanto por acudir a esa cita. Y vaya si lo había hecho, porque había perdido el corazón y la cabeza en cuanto había cruzado la puerta del despacho de Malcom. Fue ver esos profundos ojos negros rodeados de esas larguísimas pestañas y que le hablara con esa voz grave lo que provocó que Cindy casi se desmayara de la impresión. Y eso que no le había visto de pie. Eso vino después cuando se despidieron después de contestar con monosílabos durante toda la entrevista porque no era capaz de otra cosa.

No durmió en cuatro días esperando la llamada, pero cuando una secretaria la llamó para preguntarle que si seguía interesándole el puesto, era suyo, casi le da un infarto porque iba a trabajar con él. El chasco vino luego. Como al año. Fue cuando se dio cuenta de que Malcom jamás la miraría más allá de ser su secretaria. No se relajaba nunca excepto después de trabajar dieciséis horas y solo si estaban solos. El resto del tiempo era de acero y tenía bastante mala leche. Y jamás mostraba lo que sentía. Jamás. Miró a su hermano que era igual que él. Era la sombra de Malcom y siempre había estado un paso por detrás aprendiendo de él todo lo que sabía. Eran inseparables y si a Malcom le ocurría algo... Dios, iba a ser un golpe muy duro para él. Iba a ser un golpe muy duro para ambos.

El teléfono volvió a sonar y se le cortó el aliento volviendo al presente. —Contesta —dijo Jeffrey con ganas de matar a alguien, mirándola como si ella tuviera la culpa de lo que ocurría.

Cindy puso el teléfono ante la boca descolgando con el manos libres puesto. —¿Diga?

—Estoy bien —dijo un hombre con la voz ronca como si estuviera agotado.

A Cindy se le pusieron los pelos de punta. —¿Malcom? ¿Eres tú?

—No pagues, no me van a...

Escucharon un golpe y que algo caía al suelo y asustada miró a Jeffrey.

—¿Malcom? ¿Estás bien?

—Ya le habéis oído —dijo el tipo divertido—. Ahora mismo no puede ponerse de nuevo.

—¡No me lo creo! —gritó ella de los nervios—. ¡Si es cierto que le tienes, que conteste a una pregunta para saber que es él!

—Niña, no me toques los huevos. —Escucharon como si se le diera un golpe a algo y un gemido.

Aterrada miró a Jeffrey, pero no se echó atrás. —Es una pregunta muy sencilla. Si tiene a mi jefe, solo tienes que responder como me llama en la oficina.

El hombre se quedó en silencio y escucharon como dejaba el auricular sobre una superficie. —¡Tú, pendejo! ¡Cómo llamas a esta tipa en la oficina!

Expectantes se miraron mientras esperaban su respuesta. Escucharon un par de golpes que les tensaron y un par de gemidos. —Pipi. Por Pipi Langstrump. —Cindy separó los labios asombrada porque solo la llamaba así cuando quería fastidiarla y jamás en público. Jeffrey asintió interrogante y ella asintió.

—¿Ahora estás convencida?

—Dígame el número de cuenta —susurró sin aliento sin querer ni imaginarse lo que le harían si no pagaban.

El tipo se lo dictó dos veces para asegurarse de que tenía bien los números. —Veinte minutos. Y yo no regateo con el tiempo. —Colgó helándole la sangre y preocupada se quedó en silencio sin saber que pensar.

—No tenemos mucho tiempo —susurró levantándose de la silla mientras Jeffrey caminaba de un lado a otro muy concentrado—. ¡Jeffrey, tenemos que hacer algo!

—¡Déjame pensar, joder!

Miró a Phillip que entraba en ese momento en el despacho y asintió. —No se subió al avión. El tipo que conozco en la embajada solo tuvo que meter su nombre en el ordenador. Entró ayer y no salió. Están alerta con este tipo de casos. Me ha preguntado que qué vamos a hacer.

Jeffrey se llevó las manos a la cabeza despeinándose su cabello negro. —No dejan margen para que llamemos a la policía.

—Y aunque lo hagamos, está en otro país. Mientras superamos los trámites burocráticos y la policía los encuentra, ya estará muerto. Allí no se

andan con chiquitas con este tipo de secuestros. —El abogado se acercó. —Yo que tú pagaría cuanto antes.

Todos lo sabían. Habían escuchado noticias de ese tipo muchas veces. —Voy a pagar —dijo ella con la voz temblorosa.

—Pensemos un momento —dijo su hermano intentando calmarse—. Malcom no es estúpido.

—Puede que no, pero esto le puede pasar a cualquiera. Es un hombre de dinero que tiene negocios allí. No debe haber sido muy difícil pillarle —dijo Phillip.

—¡Él ha dicho que no paguemos! ¡Mi hermano sabe lo que hace!

—Le tienen secuestrado, Jeffrey. ¡Y no sabemos si desde ayer! —gritó Cindy al borde de la histeria—. La última vez que hablé con él se acababa de bajar del avión e iba hacia el complejo.

Phillip frunció el ceño. —Eso no es normal, te llama a todas horas.

—¡Exacto! ¡Y esta mañana no me ha cogido el teléfono cuando le he llamado! ¡Otra razón para que paguemos! ¡A Malcom le ha pasado algo!

Jeffrey apretó los labios mirándola fijamente. —Muy bien. Podrías hacer la transferencia. ¡Pero no sé si te has dado cuenta de que no ha dicho siquiera si iba a llamar de nuevo! ¡Ni cuando le soltarían! ¿Y si pagamos y vuelven a pedir más? ¿Y si le matan igualmente?

Pálida negó con la cabeza. —Si hicieran eso, nadie pagaría nunca un rescate.

—La policía recomienda ponerse en contacto con ellos de inmediato y es lo que voy a hacer. —Jeffrey fue hasta el teléfono empezando a marcar. —Phil llama a ese amigo tuyo de la embajada y que den la alerta. —Miró fríamente a los ojos al abogado. —Y que les adviertan que como mi hermano aparezca muerto, voy a emplear todos mis recursos en encontrarles. Si son profesionales, les llegará el rumor de que no me voy a detener ante nada.

Phil asintió. —Lo que tú digas, pero no creo que sea lo apropiado en este caso.

—Haz lo que te digo.

—¡Jeffrey, tenemos quince minutos para pagar! —gritó frustrada porque no daba el brazo a torcer—. ¡Si no lo hacemos, le van a matar!

—Deja aquí el teléfono. Ahora yo me encargo de esto. Vuelve al despacho —dijo fríamente—. Y no se lo digas a nadie.

Se le cortó el aliento. ¿La echaba ahora? ¿Cuando la habían llamado a ella? —¡No me voy a ningún sitio! Soy el contacto que Malcom ha elegido. ¡Lo has escuchado tan bien como yo!

—Pues estate calladita. En ausencia de mi hermano mayor, yo tomo las decisiones.

—¡Pues esta es una decisión equivocada! —gritó furiosa.

—¡Fuera de mi despacho! —Miró el auricular respirando hondo. —Sí, quiero denunciar un secuestro. —La miró a los ojos tapando el auricular con la mano. —¿No me has escuchado? Fuera de mi despacho. ¡Ahora!

Phil la cogió del brazo sorprendiéndola y la llevó hasta la puerta. Asombrada le miró. —¡Suéltame!

—Contrólate, Cindy. ¿No querrás que el rumor corra por la empresa y se desplome en bolsa? Cierra la boca y vuelve al despacho. Iré en un momento para ponerte al tanto de todo.

—¿De verdad?

—Te lo prometo —dijo preocupado.

—Intenta convencerle —susurró desesperada—. No podemos dejar que le maten por cinco malditos millones.

Phillip asintió abriendo la puerta y Cindy forzó una sonrisa saliendo del despacho. Ruth la miró con el ceño fruncido. —¿Ocurre algo?

—Una llamada urgente del jefe. Ya sabes cómo es.

—Pues ya podía haberle llamado a él en lugar de hacerte correr por la oficina —dijo la secretaria de Jeffrey de malos modos apartándose un mechón rubio tras la oreja antes de mirar la pantalla del ordenador—. Por cierto, el desayuno de mañana...

—Está listo —susurró distraída yendo hacia el hall de dirección.

—Perfecto, jefa. —Ruth la vio salir y entrecerró sus ojos verdes. —¿Quedamos para comer?

—Hoy tengo trabajo.

—Vaya. Ha tenido que haber un problema gordo. —Chasqueó la lengua mirando la pantalla de nuevo olvidándose del tema para hacer una reserva.

Capítulo 2

Cindy sentada tras su mesa miraba los auriculares y se los colocó esperando que llamaran de nuevo. Desde allí podría escuchar la llamada sin que se dieran cuenta. Miró su reloj de pulsera regalo de su jefe en las Navidades y gimió porque ya habían pasado catorce minutos. Angustiada miró la pantalla de su ordenador y con el corazón a mil, abrió la conexión con el banco viendo la casilla central que le pedía la clave de acceso. Introdujo las letras y los números a toda prisa para ver que no se había hecho ninguna transferencia de cinco millones y menos en esa mañana. Gimió apoyando los codos sobre la mesa y tapándose los ojos antes de mirar la pantalla de nuevo. Se mordió el labio inferior pensando en la sonrisa irónica de Malcom cuando ya estaba seguro de conseguir algo y ya no lo pensó más. Pinchó la casilla de transferencias y metió los números de la cuenta bancaria que se le habían grabado en la memoria. Puso cinco millones de dólares y sintió que se quedaba sin aire moviendo el ratón para darle a la casilla de confirmar. Pulsó el botón y cuando leyó que el dinero había sido transferido cerró los ojos del alivio. Ahora solo faltaba que les llamaran.

Cuatro horas después seguía en la misma posición mirando el teléfono. Phillip no se había pasado por allí ni tenía noticias de Jeffrey. Estaba a punto de ir a pedir explicaciones porque aquello no era normal. Ni siquiera se había pasado la policía por allí, aunque lo entendía si querían ser discretos. ¡Pero aquello era ser demasiado discreto para su gusto!

Nerviosa se levantó con los cascos puestos cuando miró hacia el hall de la recepción, dejando caer la mandíbula del asombro al ver a Malcom con su traje de chaqueta gris y el abrigo en la mano, empujando la puerta de cristal como si tal cosa.

Con la boca abierta le vio ir hacia la puerta negra de su despacho sin dirigirle ni una sola mirada diciendo —Tráeme un analgésico y un café. Me duele la cabeza.

Entró en su despacho sin molestarse en cerrar la puerta. Petrificada se quedó allí de pie con los ojos como platos y sintiendo que se iba a desmayar en cualquier momento. ¡Aquello no estaba pasando!

—Cindy, ¿por qué tardas tanto? —gritó desde su despacho—. ¡Joder, me va a estallar la cabeza! ¿Es que tengo que contratar a otra secretaria para una simple aspirina?

Rodeó el escritorio sin darse cuenta de que los cascos caían de su cabeza y se acercó a la puerta mirándole aún con asombro. Estaba en mangas de camisa tras su escritorio cogiendo el teléfono. Él levantó una ceja negra. —¿Qué te pasa? —le espetó aún enfadado—. ¡Cindy, despierta de una vez o lo harás en la cola del paro!

—Estás aquí —susurró sin poder creérselo—. ¡Estás aquí!

—Claro que estoy aquí —respondió atónito—. ¿Pero qué te pasa? ¿Llego tarde?

—¡Sí! —gritó histérica—. ¡Llegas tarde!

Malcom dejó el teléfono en su soporte tensándose. —¿Me acabas de gritar?

Cindy se llevó las manos a la cabeza pensando en todo lo que había ocurrido. Dios, la habían engañado.

Su jefe se levantó mirándola como si fuera una bomba de relojería. —Cindy, cálmate y dime qué ha ocurrido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque había metido la pata hasta el fondo y Malcom se acercó de inmediato cogiéndola por el brazo. —Vamos a ver. Siéntate y dime qué ha ocurrido. No puede ser tan grave.

—¡Sí que lo es! —Se dejó sentar en el sofá negro del despacho y se apretó las manos muy nerviosa.

Él se sentó ante ella en la mesa de centro y la miró a los ojos. —¿Y bien?

—He pagado el rescate que me pidieron por ti —dijo atropelladamente—. Jeffrey dijo que no lo hiciera, pero...

Malcom dejó caer la mandíbula mirándola a los ojos. —¿Qué rescate?

—¡Por ti! Llamaron cuando se suponía que tenías que estar en el avión de vuelta y... —Se echó a llorar. —Él no quería pagar, pero como yo tenía acceso a las cuentas...

Su jefe se tensó levantándose y fue hasta su mesa mientras ella le daba

vueltas una y otra vez a lo que había ocurrido. Él levantó el auricular y dijo — Jeffrey ven a mi despacho.

Colgó el teléfono sin esperar respuesta y se acercó a ella de nuevo. — ¿Cuánto has pagado?

—Cinco millones —dijo compungida entre lágrimas.

Él juró por lo bajo y se volvió poniendo los brazos en jarras. Su hermano llegó corriendo y suspiró del alivio al verle. —Menos mal que estás aquí.

Malcom se volvió. —¿Qué coño ha ocurrido?

—No te preocupes. Todo está arreglado. La policía ya está investigando.

—¿No ha ocurrido nada? ¡Cindy ha pagado cinco millones por mí! — gritó a los cuatro vientos.

Jeffrey la miró como si no se lo creyera. —¡Te ordené que no hicieras nada! ¡La policía me ha advertido que hay secuestros cibernéticos y que suelen ser falsos aprovechando que no te puedes poner en contacto con la víctima!

—Pero como no me dijiste nada... Phillip no vino a informarme y... —Se echó a llorar. —¡Así que hice la transferencia!

—Muy bien. ¡Vais a explicármelo todo desde el principio! —gritó Malcom mirándola como si fuera estúpida.

—Que te lo explique ella. Yo tengo que llamar a la policía para informarles de que has aparecido.

Jeffrey pegó un puñetazo a la puerta al salir sobresaltándola y Malcom entrecerró los ojos mirándola fijamente. —Más te vale que la historia sea buena, porque tú eres la responsable de esos cinco millones de dólares.

Cindy palideció sin poder creérselo. —Creía que te salvaba la vida.

—¡Explícate de una maldita vez!

Una hora después estaba rodeada de policía, abogados y los hermanos Halifax escuchando de nuevo su versión.

El detective Harris la miró a los ojos. —Así que hizo la transferencia y esperó a que llamaran.

—Sí, pero no lo hicieron y apareció él.

El hombre que debía estar a punto de jubilarse miró a su jefe. —Ahora

cuéntenos su historia.

—¿Mi historia? —preguntó asombrado—. ¡Yo no tengo nada que decir!

—No se subió al avión. Lo ha dicho su abogado.

—Porque un amigo me prestó el suyo para regresar cuando me conviniera.

—¿Su nombre?

—Ernesto Ortega. Es un hombre de dinero. Si creen que ha sido él...

—No lo creo. A veces este tipo de llamadas se hacen incluso desde prisiones.

Cindy les miró asombrada. —Eso no puede ser. Sabían cómo me llamaba Malcom...

El detective sonrió. —Solo era una hipótesis. Habrá varias líneas de investigación. —Se volvió hacia Malcom de nuevo. —¿Por qué no nos cuenta qué hizo en su viaje? Sea específico. Cualquier detalle que crea que no puede ser importante, puede ser esencial en la investigación.

—Pues llegué al aeropuerto de Cancún a la hora prevista.

—¿Qué fue?

—Sobre las dos de la tarde. —Miró a Cindy esperando confirmación y ella asintió.

—¿Por qué la ha mirado a ella?

—La llamé de la que salía del aeropuerto para que anulara una cita que tenía hoy por la tarde con un socio en otro negocio.

—¿Y eso?

—Ya había hablado con él por teléfono y había liquidado el asunto. Le dije que me iba al complejo directamente para ver las obras de remodelación.

—¿Tiene un complejo allí?

—Tengo seis. Uno de ellos se había quedado anticuado para la cadena y están haciendo los arreglos. Había un problema con una de las piscinas. No nos daban el permiso y fui a hablar con el arquitecto encargado de ello.

—Pero para eso no tenía que hacerse ese viaje. Podría haberlo hablado uno de sus subordinados.

—Ernesto quería enseñarme una casa que quiere vender.

—No nos desviemos. Así que fue al complejo. ¿Alquiló coche?

—Siempre me recoge el mismo chófer. Él me lleva de un lado a otro.

Cindy tiene los datos. Trabaja para mí en México. Se llama Sergio. —El detective apuntó lo que le decía. —Después de hablar con Ronald...

—¿El arquitecto?

—Sí, Sergio me llevó a otro de mis hoteles y me cambié. Había quedado con Ernesto para cenar. —Malcom tomó aire y Cindy entrecerró los ojos. —Después si le digo la verdad no me acuerdo de mucho. Nos encontramos en su casa, la que quería vender y me ofreció un cóctel. Bebí demasiado. —Apretó los labios mirando al detective que seguía apuntando.

—Se emborrachó. —Malcom asintió mientras Jeffrey se cruzaba de brazos. —¿Mucho?

—Bastante. Había una especie de fiesta y se me fue de las manos.

—¿Se desmayó? ¿Perdió el sentido en algún momento?

—Me desperté en una de las habitaciones de la casa de Ernesto, así que debía estar muy mal. Mi amigo se echó a reír cuando me vio aparecer. Era casi medio día. Le dije que había perdido el vuelo y él se ofreció a dejarme su avión privado porque estaba muerto de risa en la pista de aterrizaje. Lo acepté. Ni pasé por el hotel porque llevaba la documentación conmigo. Me podrían enviar la maleta los de mi hotel y yo tenía mucho trabajo.

—Volvamos al tema de la casa. ¿Cuándo llegó ya había una fiesta?

—Somos amigos y me organizó una velada con los suyos.

—¿Había mujeres?

Cindy se tensó al ver que Malcom tomaba aire. —Sí, había mujeres. Mujeres preciosas.

—Y bebió de más. ¿Se despertó solo?

—No.

Palideció al escucharle. Ella preocupada por él mientras estaba de fiesta tirándose a una. ¡O a varias porque tenía pinta de bacanal! Por la cara del detective pensaba lo mismo. —¿Tomó alguna sustancia estupefaciente?

Malcom se tensó. —Oiga... ¡Yo no tomo drogas! ¡De ningún tipo!

—Le aconsejo que se haga un análisis de inmediato por si tiene alguna droga en su organismo. No estaría de más. —El detective suspiró mirando sus notas. —¿Le ha contado a alguien el mote que usa con su secretaria?

Malcom la miró de reojo. —¿El mote?

—Sí, al parecer ella opina que es algo que no debía saber nadie y si lo sabían los supuestos secuestradores, es que lo habían escuchado alguna vez o

que alguien se lo había contado. ¿Lo comentó con alguien aquí o allí? ¿Durante la fiesta?

—No recuerdo haberlo comentado en la fiesta —siseó—. Sobre todo porque nadie la conocía.

—Entonces aquí. ¿Lo ha comentado con alguien?

Miró a su hermano que apretó los puños. —Sí, lo comenté con alguien.

—¿Con él?

—Éramos varios en la mesa.

Cindy palideció levantándose al escuchar que había hablado de ella en una de sus reuniones, pero no fue capaz de preguntar nada al contrario que el detective. —¿Tengo que sacárselo o me lo va a contar de una vez? Porque solo está retrasando lo inevitable.

—¡Oiga, la víctima aquí soy yo!

—Y no opino lo contrario, pero si quiere que encuentre al que ha hecho esto, le aconsejo que hable claro de una vez. Así abreviaremos.

—Déjame a mí, Malcom —dijo su hermano al verle a punto de explotar—. En una cena uno de los clientes le preguntó si su secretaria había vuelto de vacaciones. Eso fue hace unos meses. Se había casado una amiga de la universidad y ella era dama de honor. El cliente lo sabía y Cindy salió en la conversación. —Malcom la miró de reojo lo que la hizo palidecer aún más. —El cliente le preguntó si ya se había acostado con esa cosita pelirroja y mi hermano le dijo que no. Que la veía como una hermana pequeña y añadió que incluso la llamaba Pipi Lamstrong para fastidiarla porque una vez ella le había comentado que odiaba esa serie. El cliente se echó a reír y se acabó la conversación. ¿Podemos continuar ahora?

El detective la miró viendo en sus ojos la decepción. —Vamos, ¿solo dijo eso? ¿Tiene a una chica preciosa trabajando para usted y un cliente en medio de una cena le pregunta si se la ha tirado? Venga, somos hombres.

—Él dijo que se la tiraría sobre la mesa del despacho hasta quitarle esa cara de niña buena. ¿Contento? —preguntó Malcom agresivo.

—¿Y usted qué contesto?

—¿Qué podía pedirle una cita cuando quisiera! —gritó rompiéndole el corazón a Cindy, que apretó los puños clavándose las uñas en las palmas para no llorar porque a Malcom le importaba muy poco.

—¿El nombre?

—Eso no voy a decirlo.

—Pues yo le aconsejo que me lo diga, porque si él sabía que la llamaba así, es un posible sospechoso.

—¡Joder si tiene más dinero que yo!

—Me da igual. El nombre.

—Curt Ballantines.

El detective silbó. —Tiene socios muy influyentes.

—Pues sí. Por eso mi empresa va tan bien.

—Ya tengo a mis chicos siguiendo las pistas que pueda haber sobre la cuenta bancaria. Así como las llamadas. En cuanto sepa algo, me pondré en contacto con usted. —Les hizo un gesto a los policías que iban con él y salieron del despacho a toda prisa.

Phillip la miró fijamente. —Siéntate Cindy. Tenemos que hablar.

Por su tono no era nada bueno y se sentó viendo como él lo hacía a su lado. —Creo que no te has dado cuenta de lo que has hecho, pero has cometido un delito.

Perdió todo el color de la cara. —¿Qué? Yo solo...

—Has sacado dinero de la cuenta de la empresa sin consentimiento. Eso es un delito que te puede llevar a la cárcel.

Miró asombrada a Malcom. —¿Me vas a denunciar?

—Yo no. Pero los accionistas sí que querrán hacerlo por hacer la transferencia sin permiso.

No se lo podía creer. ¡Si todo lo había hecho por él! Se levantó furiosa. —¿Me estás diciendo que vas a dejar que me denuncie el consejo de accionistas porque yo he pagado un rescate por ti con el dinero de la empresa?

—¡No había secuestro y no tenías derecho a tocar esas cuentas más allá de lo que se te había encomendado! ¡Jeffrey te lo prohibió expresamente ante testigos!

No le importaba ni como persona. Sus ojos azules reflejaron su asombro y su dolor por la traición. Ella había cometido un error, pero ahora iban a exponer su cabeza ante la junta para entregar a un culpable, cuando ella no tenía la culpa de nada. Bueno, sí que tenía la culpa. Tenía que haber dejado que los secuestradores le cortaran en pedacitos y se los enviaran en una caja. En ese momento hasta hubiera deseado recibir el paquete.

—Eres un cabrón —dijo dejándolos a todos de piedra—. ¿Te vas de

juerga, no respondes al móvil cuando te llamé cuatro veces a lo largo de la mañana y encima no te subes al avión y yo soy la responsable de esos cinco millones? ¿Por pagar un rescate cuando creían que te iban a matar? ¡Vete a la mierda! —Fue hasta la puerta y la abrió furiosa. —¿Sabes qué? No solo eres un jefe horrible, sino que también eres una persona horrible. ¡Menos mal que me acabo de dar cuenta! ¡Por cierto, como supongo que me vais a despedir para cubrir vuestro culo, dimíto! Esperaré la denuncia en la cola del paro. Y por cierto. ¡No quedan aspirinas! —Cerró de un portazo y fue hasta su mesa cogiendo su bolso.

La puerta se abrió de golpe y Malcom gritó —¡Vuelve aquí, Cindy! ¡No he acabado!

—¡Qué te follen! —gritó ante Allison que dejó caer el teléfono del asombro viéndola tocar el botón del ascensor—. Ah, una cosita... —Le señaló con el dedo. —¡El sueldo es una mierda en comparación con el mismo rango en otras empresas mucho peores que la tuya! —Allison asintió vehemente. — ¡Mientras tú te gastas setenta y cinco mil dólares en trajes que no necesitas, a otros les cuesta llegar a final de mes en esta ciudad! ¡Puto egoísta! —Le hizo un dedo antes de meterse en el ascensor y pulsar el bajo. En cuanto las puertas se cerraron, vio su reflejo en el acero y se echó a llorar sin poder evitarlo. Dios, ¿y ahora qué iba a hacer?

Capítulo 3

Miró a su prima sentada al otro lado de la mesa de la cocina que la miraba con los ojos como platos. —A ver si lo he entendido bien. Me estás diciendo que creyendo que habían secuestrado a tu jefe cogiste cinco millones de la cuenta de la empresa sin permiso para pagar el rescate. ¿De un secuestro que no existía? —Gimió asintiendo. —Estás jodida.

—Sí, ¿verdad?

—O al menos eso creo. Todavía no he acabado la carrera.

—¿Pero con lo que sabes...?

—Si te denuncian, de quince a veinte años, creo.

—¿De cárcel? —gritó escandalizada—. ¡No puedo ir a la cárcel!

—Tranquilízate. Es lógico que te denuncien. Has robado ese dinero.

—¿Para pagar un rescate por mi jefe! —gritó incrédula—. ¡No era para mí!

—¿Y ellos cómo lo saben?

No salía de su asombro. —¿Qué quieres decir?

—¿Por una llamada? ¿De alguien que ha dicho algo que muy pocas personas sabían incluida tú y que preguntaste tú misma? —Sintió que se quedaba sin aliento. —Pueden alegar que hiciste desaparecer el dinero y que te lo has quedado tú. No hay secuestradores.

—Ay, Dios... —Se agachó poniendo la cabeza entre las rodillas y Margaret se levantó rodeando la mesa. —Dime que estoy teniendo una horrible pesadilla.

Su prima hizo una mueca. —No. Lo siento, no puedo decirte eso.

—¡Voy a ir a la cárcel!

—Igual no...

Levantó la cabeza de golpe mirando a su prima a los ojos. —¿Qué quieres decir?

—No te han despedido, ¿verdad?

—He dimitido.

—¿Por escrito?

—No.

—Déjame tu copia del contrato.

Se levantó de inmediato yendo hacia el salón. Abrió el cajón de debajo de la televisión donde tenía todos los papeles importantes y le tendió a Margaret el contrato. —No sé lo que quieres ver. Es un contrato estándar.

—Espera... —Levantó una hoja leyéndolo a toda prisa y sonrió radiante. —Bingo.

—¿Qué? —gritó impaciente.

—Pues que mañana vuelves a la empresa.

—¿Estás loca?

—No. Mañana vuelves para presentar tu renuncia por escrito. — Volvió el papel. —Con la antelación de un mes que la empresa te exige.

—¿Pone eso? —Le arrebató el contrato para leer esa cláusula.

—Va, la ponen para algunos directivos y personas imprescindibles, para que no se vayan de un día para otro y la han incluido en tu contrato porque eres...

—La secretaria de presidencia.

—Exacto.

—¿Y eso en qué me favorece a mí?

—Te favorece en que mañana vas a ir a camelarte a tu jefe.

—¿Estás loca?

—¡Es la excusa que necesitas para ir allí de nuevo! Y le sueltas una lagrimita diciéndole que lo hiciste porque creías que era por su bien y bla, bla, bla. Invéntate algo bueno.

—¡No tengo que inventarme nada! ¡Lo hice por su bien!

—Pues eso. Ruégale porque si no vas a acabar en el trullo. Y he ido a ver una prisión por las prácticas y te aseguro que no quieres acabar allí.

Perdió todo el color de la cara. —Voy a vomitar.

Salió corriendo mientras su prima hacía una mueca. —¿Te preparo una tila? —Escuchó una fuerte arcada. —¿Doble?

Llamaron a la puerta y Margaret suspiró yendo hacia allí para abrir. Abrió los ojos como platos al ver a dos morenos guapísimos que casi medían dos metros. Negó con la cabeza señalando la puerta de al lado. —La masajista

erótica está ahí. —Cerró de nuevo suspirando mientras pensaba que era una pena que a unos tíos tan macizos les fueran esos rollos. —¡Ya te hago la tila! —Se recogió sus rizos castaños en lo alto de la cabeza metiéndose un lápiz que tenía en el bolsillo trasero del pantalón cuando volvieron a llamar a la puerta. Exasperada abrió abriendo exageradamente sus ojos azules. —¿Estáis sordos? ¡Mili trabaja ahí!

—¿Está Cindy? —preguntó el tipo que iba delante.

Margaret entrecerró los ojos mirándoles de arriba abajo. Tenían trajes carísimos y una cara de mala leche... Empujó la puerta de golpe gritando — ¡Corre, Cindy son abogados de tu empresa! ¡Estos tienen pinta de querer sangre!

—¡Aparta, joder!

Tuvo que quitarse de en medio y gritó —¡Voy a llamar a la policía! Esto es allanamiento.

—¡Cindy, sal que tenemos que hablar!

El más alto fue hasta el pasillo y abrió la puerta de su habitación mientras Margaret se tiraba al teléfono, pero el otro se lo arrebató de las manos sonriendo. —Mejor dejamos a la policía fuera de esto...

—¡Y una leche! —Intentó escapar por la puerta, pero la agarró por la cintura impidiéndoselo y cuando iba a gritar le tapó la boca. Le miró con los ojos como platos cuando él pegó su pecho a su espalda inmovilizándola.

—Ahora calladita mientras mi hermano habla con su secretaria.

—Uhhh. —Le fulminó con sus ojos azules y él sonrió con descaro haciendo que Margaret frunciera el ceño.

En ese momento llegó el otro llevando a su prima en brazos y Margaret gritó al ver que estaba sin sentido.

—¿Qué coño ha pasado?

—Estaba desmayada en el suelo del baño —dijo preocupado mientras la tumbaba en el sofá.

Margaret le dio un pisotón en el pie con su bota militar al que la agarraba y él gimió apartándose de golpe, hecho que aprovechó para acercarse a su prima a toda prisa. —¿Cindy? —Le dio palmaditas en la mejilla.

—Jeffrey llama a una ambulancia.

—Está sudando mucho. Ha empapado la ropa en dos minutos —dijo Margaret asustada—. Nunca se pone enferma.

Jeffrey ya estaba pidiendo una ambulancia y Margaret muerta de miedo se levantó para correr a la cocina y coger un paño limpio empapándolo en agua fría. Cuando regresó tenía mejor color y le puso el paño sobre la frente mientras su jefe se pasaba una mano por el cabello. —Joder, ¿cuánto tardarán en llegar?

—No lo sé, Malcom. Pero están de camino.

—Está muy pálida.

Cindy parpadeó antes de abrir los ojos y susurró —¿Qué?

—Shusss, tranquila. Enseguida vienen a ayudarte —dijo su prima reteniendo las lágrimas de miedo.

Cerró los ojos de nuevo. —Me costaba respirar.

—No hables.

Cindy abrió los ojos y al ver que algo se movía a su lado giró la cabeza para ver a Malcom allí. —¿Qué haces tú aquí, maldito traidor?

—Veo que te encuentras mucho mejor —respondió con ironía.

—Por favor no la alteres. —Margaret asustada por si volvía a desmayarse le dio la vuelta al paño sobre su frente.

—Malcom... —le advirtió Jeffrey.

—¡Joder! —Se volvió pasándose las manos por la cabeza mientras Cindy le miraba de reojo sintiéndose agotada.

—No pasa nada —le dijo a su prima para tranquilizarla—. Estoy bien.

—Claro que estás bien. ¿Qué haría yo sin ti? —Emocionada le apretó la mano. —Solo nos tenemos tú y yo. No me dejarías sola.

—No —susurró mirándola a los ojos forzando una sonrisa—. No te dejaría sola por nada del mundo.

En ese momento llegaron los sanitarios y se acercaron a ella de inmediato. —Por favor aléjense, déjenos trabajar —dijo una chica de color con un anorak azul arrodillándose a su lado—. ¿Qué le ha ocurrido? —le preguntó a su prima que se levantó apartándose.

—Se ha desmayado en el baño. Estaba vomitando por los nervios y...

La chica le abrió la camisa mostrando su sujetador y le dijo —¿Cómo te llamas?

—Cindy. Cindy Lawson.

—Bien, Cindy... Te voy a tomar la tensión y te voy a hacer un electro. Veo que has sudado mucho. ¿Qué sentiste cuando te ocurría?

—Me faltaba el aliento. Fue de repente y todo me dio vueltas.

La mujer asintió poniéndole el tensiómetro mientras su compañero le ponía parches en el pecho. —¿Has estado sometida a estrés?

Ella miró de reojo a Malcom, pero agachó la mirada al ver que la observaba con los labios apretados. —Un poco.

—No, un poco no —protestó su prima—. Lleva todo el día de los nervios por un incidente en la empresa.

La doctora miró el tensiómetro. —Ahora tienes la tensión algo baja. ¿Has comido algo en todo el día?

Negó con la cabeza. —Electro normal —dijo su compañero.

—Bien, Cindy. Te vamos a llevar al hospital para averiguar por qué te ha ocurrido esto, aunque estoy convencida de que ha sido un ataque de ansiedad. Normalmente uno no se desmaya por eso, pero unido a que no has comido en todo el día puede que sea la causa del desmayo. De todas maneras, van a hacerte análisis para asegurarnos de que todo está bien. ¿Has sufrido episodios parecidos antes?

—No.

—Eso es muy bueno. No te preocupes que seguro que no es nada, pero es mejor asegurarse. Bill trae la camilla.

—¿Se la llevan al hospital? —preguntó Malcom muy tenso.

—Sí, y seguramente se quedará esta noche en observación. —Miró a su prima cuando se levantó. —¿Vives con ella?

—Sí.

—Recoge lo que pueda necesitar para pasar esta noche.

Margaret pálida asintió al ver lo seria que estaba la doctora. —Bien. ¿Puedo ir con ella?

—No, lo siento. En la ambulancia no cabemos más. Nos la llevamos al Monte Sinaí.

—Nosotros te llevamos, Margaret —dijo Jeffrey preocupado.

Les miró con odio. —¿Puedo ir en taxi, gracias! —Se volvió hacia su prima que ya estaba en la camilla. —Llegaré antes de que te des cuenta.

Cindy sonrió. —Estoy segura. —Cerró los ojos cuando Margaret la besó en la mejilla y cuando los abrió allí estaba su jefe, pero ella volvió la cara hacia el sanitario porque no quería saber nada más de él. Todo aquello era culpa suya por irse de juerga.

Empujaron la camilla hacia el ascensor y Margaret entró en su habitación para abrir el armario y coger un pijama. No sabía si lo necesitaría, pero por si acaso lo llevaría. Cogió su cepillo y su colonia del aparador y al darse la vuelta allí estaba Malcom mirando una fotografía que su prima había colgado en la pared. Estaban ellos dos en el cóctel de una entrega de premios del año anterior. Premiaban a Malcom a mejor empresario del año y la había invitado porque se había quedado sin pareja en el último minuto por una apendicitis. No podía ir solo y la obligó a acompañarle, aunque ella estaba encantada. Se había gastado sus ahorros en un vestido negro de terciopelo para no dejarle mal y estaba preciosa con sus rizos pelirrojos enmarcando su cara mientras sus ojos azules chispeaban de alegría con una copa de champán en la mano mirando a la cámara. Malcom también levantaba su copa, pero no se había acercado a ella para sacar la foto. No había ningún gesto de complicidad entre ellos a pesar de haber ido juntos.

—¿Sabes? Estaba muy ilusionada esa noche. Como Cenicienta cuando va a asistir al baile. Se gastó todos sus ahorros para no dejarte en evidencia con el vestido. Se tomó muchísimas molestias para agradarte y vi su decepción al volver. Le dijiste que se fuera justo después de la cena. Ni bailaste con ella una sola vez y la despachaste en cuanto te dieron el premio. —Malcom apretó los puños. —Pero aun así colgó la foto porque dijo que el vestido era precioso. Es una pena que después de tres años trabajando juntos no hayas tenido un simple detalle con ella cuando para Cindy eras lo primero. Pero es lo que tiene trabajar para un cabrón sin sentimientos, que pasan estas cosas.

Malcom se tensó y Margaret salió de la habitación para entrar en el baño del pasillo. Metió en un neceser lo que pudiera necesitar y cuando llegó al salón allí estaban los hermanos en silencio como si estuvieran esperándola. —¿Qué coño hacéis aquí todavía?

—Vamos a llevarte al hospital —dijo Malcom muy tenso—. ¿Ya lo tienes todo?

Sin hacerles caso se puso su cazadora vaquera forrada con borreguillo y se la cerró antes de coger las llaves. Cogió la bolsa y salió de casa dando un portazo.

Jeffrey hizo una mueca. —No le caemos muy bien.

—No tiene gracia —dijo Malcom yendo hacia la puerta y saliendo de su apartamento. Margaret no estaba, así que había bajado por las escaleras—. Joder, date prisa.

Jeffrey estaba asegurándose de que la puerta estaba bien cerrada. —No la han cerrado con llave.

Malcom miró a su alrededor con desprecio. —¿Por qué vive en este barrio?

—Igual es cierto que tienes que subirle el sueldo. —Gruñó yendo hacia la escalera, pero cuando llegó a la calle no se encontró con Margaret. Jeffrey se puso a su lado mirando a su alrededor. —Seguro que ha ido en metro. Allí hay una parada.

—¿Por qué mi secretaria vive en el Bronx? ¡No entiendo nada!

—Porque no te fijas, hermano. Su prima va a la universidad.

Malcom se detuvo al lado de su chófer que abrió la puerta. —Y le paga ella los estudios.

—Estudia en Columbia. Si la tiene que mantener, si tienen que mantenerse las dos y comprar esos trajes tan caros que usa para no dejarte mal ante tus socios, no creo que le dé para un piso en la parte alta de la ciudad. —Se metió en el coche mientras su hermano juraba por lo bajo entrando tras él. —Lo increíble es que después de estos años trabajando a su lado ni supieras dónde vivía y que lo hacía con su prima. Seguro que ella sabe hasta la talla de calzoncillos que usas.

Fulminó a su hermano con la mirada. —Te he dicho que no tiene gracia.

Jeffrey carraspeó. —Y al parecer están solas, así que Margaret quedará en la indigencia si a su prima le pasa algo.

—¡Ya me lo he imaginado, Jeff! ¿Puedes dejarlo ya?

—Tú has preguntado. ¿Acaso no se te ha quitado el dolor de cabeza por la juerga que te has corrido? Así te lo piensas para la próxima.

—Muy gracioso.

—Aunque la culpa es de esa secretaria tuya. Claro, como está enamorada de ti, no puede ser racional.

Miró asombrado a su hermano. —¡No está enamorada de mí!

—¡Si hasta lo sabía el secuestrador!

—No digas estupideces.

—Por Dios, si cuando hablamos de lo que ocurrió en la cena con Ballantines parecía que le acababas de dar el disgusto de su vida. ¡Lleva enamorada de ti desde que la contrataste! Lo que pasa es que es muy tímida

para insinuarte nada y tú estabas de lo más cómodo así. Con una mujer que está a tus pies y que no exige nada.

—Te digo que... ¡Joder, cállate de una vez!

Jeffrey asintió mirando en la calle donde estaban. —Creo que deberíamos dejarlas solas e irnos a casa.

—Mira, tú haz lo que te dé la gana, ¡pero yo me voy al hospital para saber qué le ha pasado a Cindy! —gritó furioso haciendo que su hermano levantara una ceja.

—Mañana tenemos la firma y puede que estés horas en el hospital para nada.

—Ya sé lo que tenemos mañana. Tú vete a casa. Yo voy al hospital.

—Pues yo voy contigo. Así hablo con Margaret. —Malcom le miró como si quisiera matarle. —¿Qué? Ahora estoy intrigado con sus vidas.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? Déjala en paz.

—Eh... que es una cría.

—Una cría que debe tener veintiuno o veintidós.

Jeffrey se sonrojó. —¿Soy viejo para ella? Le llevo diez años.

—Es la prima de Cindy.

Su hermano entrecerró los ojos. —¿Y qué?

—¿Qué te digo que no la molestes más! ¿No me has entendido a la primera o qué?

—¿Ahora también ves a Margaret como a una hermana pequeña? —preguntó con burla.

Malcom gruñó. —Te juro que como no cierres la boca, te la cierro yo. ¿Es que no crees que tenemos bastante encima como para decir estupideces?

—No he dicho ni una sola estupidez en todo el día. Lo que sí que es estúpido es que sigas negando lo evidente.

—¿Y qué es, hermano? Ilumíname.

—Que te gusta.

—¡Margaret no me gusta, idiota!

—No hablo de Margaret. —Su hermano reprimió la risa. —Te gusta tu secretaria.

—Otra estupidez más. Estás sembrado, hermano.

—Vi tu mirada en aquella cena cuando Ballantines dijo que la tumbaría sobre la mesa y le bajaría las bragas, haciendo que un par de orgasmos le

quitaran esa cara de niña buena. Cuando añadió que debía ser una viciosa en la cama por su cabello rojo, casi saltas sobre él para romperle los dientes.

—Curt es un bocazas.

—Sí, pero no se te quitó el cabreo en todo el día. —Reprimió la risa. —Y después lo pagaste con ella. La hiciste trabajar dos horas más ese día.

—Al parecer tienes muy buena memoria, hermano.

—Sí, muy buena. Fotográfica, ¿recuerdas? Papá alardeó mucho de ello durante un tiempo después de la reunión con el psicólogo del instituto, hasta que llegaste con la matrícula de fin de curso.

Malcom le miró divertido. —Deja de fastidiar con ese tema.

Jeff chasqueó la lengua y al mirar al exterior dijo —Ya hemos llegado.

Entraron en las urgencias y vieron en la sala de espera a Margaret que debía acabar de llegar porque se estaba quitando la cazadora. Les fulminó con sus ojos azules antes de sentarse en la silla de plástico. —Está claro que nos adora —dijo Jeffrey antes de sonreír acercándose como si no se diera por enterado. Ella gruñó cruzando las piernas y cuando llegaron a su lado su hermano dijo desenvuelto—. ¿Cómo está? ¿Te han dicho algo?

Margaret entrecerró los ojos. —Vosotros habéis llegado hasta la cima por el trabajo de los demás, ¿no es cierto? Porque con las cuatro neuronas que tenéis entre los dos es imposible.

—Y ahora que ya nos has llamado estúpidos, si puedes contestar a la pregunta... —dijo Malcom intentando contenerse.

—¡Déjame en paz! ¡No me hables, ni me mires! —Le señaló con el dedo. —Como a mi prima le pase algo por tu culpa, voy a perseguirte hasta mi último aliento para destrozarte la vida. —Cogió sus cosas y se cambió de silla.

—No, estaba equivocado, al que adora es a ti —dijo su hermano quitándose el abrigo.

Se pasaron horas allí sentados mirando hacia la puerta mientras varias personas que estaban en la misma sala se iban y venían otras. Jeffrey se levantó a las tres de la mañana y fue hasta la máquina del café. Le llevó uno y se sentó al lado de Margaret mientras Malcom con los codos apoyados en las rodillas se apretaba las manos casi compulsivamente.

—¿Están atendiendo a su esposa? —preguntó una mujer sentada dos sillas más allá. Malcom la miró para ver a una anciana que sonreía dulcemente.

—No, es una amiga.

—Una amiga muy querida por lo nervioso que está. —Malcom se enderezó carraspeando. La mujer sonrió. —Oh, ya lo entiendo. Es un amor clandestino.

—No, señora. Es una amiga. Mi secretaria.

—Oh, claro. —Le guiñó un ojo cómplice. —Entiendo. ¿Y es bonita? —Se revolvió incómodo mirando hacia la puerta de nuevo, deseando que el médico saliera de una maldita vez. —Debe ser muy bonita.

La miró asombrado. —¿Por qué lo dice?

—Porque se ve que es un hombre con gusto. Viste de manera clásica, no como esos jóvenes de ahora. Debe ser un hombre cabal y elegiría a una mujer a su altura. No se dejaría llevar por esas mujeres que son como las que salen en las revistas sin chicha ni nada. No, usted elegiría una chica bonita e inteligente que le haga reír. Una madre para sus hijos porque ya tiene edad.

Eso le hizo gracia y sonrió. —¿Ya tengo edad?

—Sí, no querrá ser un anciano con hijos adolescentes que le vuelvan la cabeza loca. No. Mi George estaría de acuerdo conmigo. Cásese.

—¿Está esperando a su marido?

Le miró con tristeza. —Desafortunadamente nuestro viaje ha llegado a su fin. Lo supe en cuanto le subieron a la ambulancia.

Malcom perdió la sonrisa. —Lo siento mucho.

—Han sido los cincuenta y dos años más felices de mi vida. Me ha hecho disfrutar cada minuto a su lado. Pero tengo cinco hijos y diecisiete nietos. Tengo que seguir lo que Dios quiera por ellos. —Malcom asintió y miró hacia la puerta de nuevo. —No se preocupe. Es joven y seguro que se pondrá bien enseguida. Tendrán hijos preciosos.

Él sonrió con tristeza. —Está enfadada conmigo.

—Va, yo me enfadaba con mi George día sí y día también. Pero eso no significa que no nos quisiéramos. —Le miró maliciosa. —Además es cierto que las reconciliaciones son más apasionadas.

—No, si nosotros no... —Carraspeó mirando hacia la puerta de nuevo y ella se echó a reír.

—Ya lo entiendo. Es tímido. —La miró asombrado y ella asintió. —Debe ser un hombre muy capaz con su trabajo, pero con sus sentimientos... Igualito que mi George. Me costó mucho que diera el paso, ¿sabe? Es muy

suyo. —La observó bien y vio que tenía el cabello casi cano, pero en algún momento esos rizos que tenía recogidos en un rodete en la nuca debieron ser pelirrojos por el tono de su cabello. Tenía unos bonitos ojos azules que le recordaron a Cindy y no era muy alta como ella. Iba muy bien vestida, como toda una dama de la alta sociedad y se preguntó quién sería.

—¿Era su secretaria?

—No. Yo nunca he trabajado. Le conocí en casa de mi padre. Trabajaba para él y me veía como a algo inalcanzable, ¿sabe? Pero trabajó como un mulo para llegar a lo más alto.

—Su padre estaría encantado con su matrimonio.

—No, eran otros tiempos, pero antes de morir sí que estaba muy orgulloso de nosotros. A veces las dificultades fortalecen el amor. Así que no se rinda.

En ese momento se abrió la puerta y un hombre salió sujetándose en un bastón. —¡Qué me deje le digo! ¡Mi Rose estará preocupada por mí! ¡Seguro que cree que ya me he ido al otro barrio!

La anciana jadeó levantándose de golpe y el hombre la miró apartando a una enfermera. —¿Ve? ¡Ya la ha preocupado con sus tonterías! —Se acercó a ella en pijama y los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas abrazándole. —No me pasa nada. Ha sido un susto.

—Creía...

—¡Lo que crees siempre, pero no te vas a librar de mí! —Se apartó y sonrió con ternura a su mujer. —Vamos a casa. Te vas a agotar.

Su mujer sonrió emocionada. —Sí, George. Vamos a casa.

El hombre le miró y levantó sus cejas canas con autoridad. —Pero bueno, Malcom Halifax. ¿Qué coño haces tú aquí?

—¿Os conocéis? —preguntó la mujer sorprendida.

Malcom se levantó asombrado extendiendo la mano. —Señor Rubinstein... espero que se encuentre bien. Sería una pérdida irremplazable para las finanzas de este país.

George se echó a reír dándole la mano. —Me importan una mierda las finanzas. Lo único que me importa lo tengo aquí al lado.

—George, esa boca. —Su mujer soltó una risita sin dejar de abrazarle. Malcom sonrió abiertamente. —Veo que se encuentra mucho mejor.

—Va, un jamacuco tonto. Estoy hecho un toro. El corazón, que a veces

se pone chulo.

—Me alegro mucho de verle mejor.

—Él también está esperando a su mujer.

—No será nada, espero —dijo George preocupándose.

—Ayer se pasó el día muy estresada y se ha desmayado.

George le miró a los ojos. —¿No será la pelirroja?

En la cara de Malcom se vio su confusión. —¿Cómo lo sabe?

—En la cena del año pasado me dije que era una mujer de los pies a la cabeza. Como mi Rose. Me llamó la atención su discreción e inteligencia. Buena elección, Halifax. —Miró a su Rose y la besó en la frente. —Ahora vamos a casa, mi amor. No debes alterarte.

—Sí, mi vida. —Rose sonrió mirando a Malcom. —Me alegro de haberle conocido. Espero que su mujer se reponga pronto.

—Gracias. Y yo espero que disfrute de su George muchos años más.

—Que Dios le oiga.

Les vio ir hacia la puerta y Malcom les observó distraído. George Rubinstein... Dominaba Wall Street con el dedo meñique. Se sentó de nuevo asombrado porque ese viejo tenía más mala leche en ese dedo meñique que él en todo el cuerpo, pero había visto una ternura al mirar a su mujer que le removió algo en su interior, escuchando la risa de Cindy cuando se le habían caído unas carpetas en su despacho. Él se había enfadado y le había mirado a los ojos sin perder la sonrisa. —No te estreses, Malcom. Lo recogeré ahora mismo. ¿Por qué te tomas la vida tan seriamente?

Eso se lo había dicho un día que se habían quedado a trabajar hasta tarde, pero en lugar de sonreír y ayudarla a recoger, le había gritado que se dejara de tonterías. Y lo había hecho porque había quedado con una rubia como las que salían en las revistas y ya llegaba tarde. No, estaba claro que no era como su George.

La puerta se abrió. Al ver un doctor con cara de agotado que preguntaba por los familiares de Cindy Lawson, se levantó de golpe acercándose.

—Soy yo —dijo Margaret preocupada—. ¿Está bien?

—Bueno, ha tenido otra crisis de ansiedad en urgencias. —Su prima palideció. —Ahora está sedada.

—¿Crisis de ansiedad? —preguntó Malcom.

—Sí, es lo que le ocurrió en su casa. A veces cuando el cuerpo es sometido a estrés, cualquier miedo hace que el cerebro se ponga alerta de manera exagerada lo que provoca la crisis. Me ha dicho que no le ha ocurrido nunca antes. Aunque un psiquiatra ha hablado con ella, le ha hecho unas simples preguntas y se ha puesto a llorar, demostrando el estado en que se encuentra. —Miró a Margaret. —Al parecer lleva años cuidando de ti, ¿no es cierto?

Su prima asintió con los ojos llenos de lágrimas. —Ha tenido mucha presión a lo largo de su juventud y estaba acostumbrada a sobrellevarlo, pero hoy ha pasado algo que no ha querido contar que la ha llevado al límite. Si esta noche no ocurre nada, mañana le daré el alta y le aconsejo que se tome las cosas con calma. Mañana el psiquiatra la verá de nuevo para darle unas pautas de comportamiento y seguramente querrá hacerle un seguimiento para que esto no se vuelva a producir.

—¿Pero está bien? —preguntó Malcom molesto.

—Sí, está bien. Solo tiene que cuidarse un poco.

Margaret asintió. —Gracias doctor, ¿puedo verla?

—Sí, pero solo unos minutos y no me la despierte.

—Entendido.

Siguió al médico y Jeffrey se puso al lado de su hermano. —Joder, Malcom. Cuando te cuente esto no te lo vas a creer. Tomemos un café.

Capítulo 4

Al lado de la máquina del café Malcom miró hacia la puerta esperando que Margaret saliera. —¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho y Margaret trece. Todavía no me puedo creer que le salvara la vida. Debía estar aterrorizada. Sus padres también estaban en el coche y cogió a su prima inconsciente para sacarla de la caravana antes de que ésta se terminara de hundir en el río. Y consiguió llevarla hasta la orilla.

—Joder, se van de vacaciones y terminan su vida cayendo de un puente por culpa de un gilipollas borracho.

Jeffrey asintió. —Así que por eso se hizo cargo de su prima. Iba a la universidad por la mañana y trabajaba por las tardes mientras tanto. Se mantenían como podían con lo que les quedó de sus padres, que fue relativamente poco porque las casas estaban hipotecadas. Ni siquiera tenían seguro de vida. Y en cuanto empezó a trabajar para ti, le prohibió a Margaret que trabajara para que se centrara en sus estudios y los sacara cuanto antes. Esto la perjudicaría en el proceso judicial, porque es un motivo para el robo en la cuenta. Era lo que estaban hablando cuando sintió ganas de vomitar.

—¡Ella no ha robado nada! —siseó su hermano preocupándole—. ¡Yo solucionaré este tema con Cindy en cuanto esté bien!

—Muy bien. Tranquilízate, hermano. No me gustaría que terminaras ahí dentro por tu mala leche.

En ese momento salió Margaret, que se sentó de nuevo en la silla como si no pensara moverse de allí. Se acercaron a ella. —¿Cómo está?

—Dormida —dijo a regañadientes secándose las lágrimas.

—Deberías irte a casa. Te llevaremos.

—No, gracias. Me voy a quedar aquí.

Jeffrey se acuclilló ante ella. —Tienes que descansar para estar bien por la mañana cuando puedas pasar a verla. No querrás disgustarla si te ve agotada. —Margaret pareció pensárselo. —Venga, dormirás unas horas y mañana puedes regresar temprano. No te van a dejar pasar ahora.

—Bueno, igual sí que puedo ir a dormir unas horas.

—Eso es. —Se incorporó levantando una ceja como diciéndole se hace así.

Fueron hasta el coche en silencio y Margaret sentada frente a ellos se apretó las manos nerviosa. —No debes preocuparte por ella. Seguro que solo es un episodio aislado —dijo Malcom intentando ayudarla.

Le miró como si tuviera la culpa de todos los males del mundo. —No me hables. ¡Jamás!

Estaba claro que no le tragaba. Jeffrey reprimió la risa y él giró la cabeza con ganas de cargárselo.

Su hermano miró a Margaret. —Dile que se tome todo el tiempo que necesite.

¡Eso tenía que haberlo dicho él! Le dio un codazo a su hermano y Margaret entrecerró los ojos. —¿Qué pasa? No quieres que vuelva, ¿verdad?

La miró asombrado. —Claro que no.

La prima jadeó. —¡Serás cerdo!

—Creo que no le has entendido, Margaret. Quiere decir que quiere que vuelva.

Ella parecía a punto de tirarse sobre él y carraspeó. —Eso mismo quería decir. Puede volver cuando quiera.

—¿Y lo de la denuncia?

—Yo lo solucionaré todo. No debe preocuparse por eso. De todas maneras yo me pasaré mañana para hablar con ella... —Su prima negó con la cabeza. —¿No? ¡Voy a ir!

—¡Oye, si te digo que no vayas, no lo harás! ¡Quiero que esté tranquila y tú la pones de los nervios!

Malcom apretó los labios. —Pues que la seden, porque voy a ir.

—Serás gilipollas.

—Bonita, tienes una boca...

—Haya paz. Todos queremos lo mejor para Cindy —dijo Jeffrey intentando calmar los ánimos.

—¡No! ¡Yo quiero lo mejor para Cindy! Vosotros buscáis algo —dijo desconfiada—. Y me voy a enterar. ¡A mi prima no le vais a hacer más daño!

—¡Lo dices como si la torturáramos a diario y está encantada en su trabajo! —dijo Malcom perdiendo los nervios.

—¡Sí, debe estar encantada de ver cómo pasas de ella cada día mientras trabaja para ti como una esclava!

—¡No sabía su situación y creo que pago bien a mis empleados! —gritó furioso.

Margaret miró a Jeffrey como si hubiera cometido un delito. —¡A ti no te cuento nada más! ¡Has aprovechado mi debilidad para sacarme información! ¡Espía de mierda!

Jeffrey hizo una mueca. —Y yo que iba a pedirte una cita.

—Métetela por el... —gruñó levantando la barbilla—. No termino la frase porque soy muy fina.

—¡Sí, nos ha quedado claro en esta conversación lo fina que eres! Como se entere tu prima...

—¡Mi prima me conoce mejor que nadie!

—¡Y seguro que no está de acuerdo con los tacos que dices!

—Mira quien fue a hablar. El santo. Dices joder cada dos minutos.

Jeffrey reprimió la risa. —Me encanta esta mujer. ¿Seguro que no te piensas lo de la cita?

Levantó la barbilla de nuevo y le miró de reojo. —Tengo exámenes en unas semanas.

—Esperaré.

Malcom gruñó —¿Cuánto te queda para terminar la carrera?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Quieres contestar la pregunta?

—El semestre que viene si todo va bien. Después tengo el examen estatal —dijo con desconfianza.

—En cuanto termines el examen, quiero que te presentes en la empresa, ¿me has entendido?

Le miró asombrada. —¿Me estás dando trabajo?

—No me digas que vas a pedir trabajo en la fiscalía porque tienes principios y todo eso...

—No, no iba a decirte eso, aunque sí que los tengo —dijo con burla—. Tengo las notas necesarias para que cualquier bufete importante se pelee por mí. —Jeffrey sonrió satisfecho. —No os necesito.

Malcom levantó una ceja. —Si quieres trabajar en cualquier multinacional, vendrás a la empresa porque es la oportunidad de tener

contactos que no tendrías en un bufete empezando desde abajo. —El coche se detuvo. —Dile a Cindy que irá a verla mañana.

Margaret apretó los labios. —No deberías...

—Díselo. Me pasaré a las diez antes de la reunión. Jeffrey, acompaña la hasta la puerta de su apartamento.

—Sí, jefe.

Salieron del coche y antes de que cerraran la puerta Malcom dijo desde su sitio —Por cierto, nada de citas hasta que termines la carrera, Margaret. No quiero que mi hermano te descentre.

Margaret se sonrojó dándole la espalda para ir hacia el portal. Agotado se pasó la mano por los ojos antes de mirar su reloj de platino. Eran las cuatro de la mañana y aún tenía un montón de trabajo pendiente. Miró hacia el portal y apretó los labios jurando por lo bajo. Eso era lo que no quería. Tener que preocuparse por ella. Pero desde que había visto sus ojos azules cargados de dolor por sentirse traicionada por él, no se la quitaba de la cabeza.

Cindy sentada en la cama estaba discutiendo con su prima porque no había ido a clase, cuando la puerta se abrió para ver a Malcom vestido con un traje azul oscuro de los nuevos, sobre una camisa blanca y una corbata azul cobalto. —¿Qué haces tú aquí?

Malcom cerró la puerta. —Buenos días para ti también.

—¿Qué tienen de buenos? —le espetó rabiosa.

—¿Nos hemos levantado de mal humor?

—No lo sabes bien —dijo Margaret divertida—. No ha parado de echarme la bronca desde que he llegado.

Malcom sonrió. —Eso está bien.

—Vaya, gracias. —Margaret se levantó de un salto sonriendo de oreja a oreja. Al parecer estaba contenta. —Me voy a tomar un café.

En cuanto su prima salió, Cindy se cruzó de brazos mirándole fijamente. —¿Qué quieres?

—Venía a decirte que te tomes los días que necesites.

—He dimitido. No voy a volver.

—Si no quieres volver, estás en tu derecho. Pero entonces no

devolveré los cinco millones a las cuentas de la empresa. —Se cruzó de brazos imitándola. —¿Ahora qué me dices?

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Porque es cierto que en parte fue responsabilidad mía.

—¡Claro que fue responsabilidad tuya! No respondiste a mis llamadas.

—Pues eso. Y en cuanto salgas de aquí voy a cambiar la seguridad de la empresa. Y para que tú que eres mi mano derecha estés controlada no puedes vivir donde lo haces. —Atónita iba a decir algo, pero él levantó la mano interrumpiéndola. —A partir de ahora te quiero en el centro de la ciudad. Hay un apartamento en Greenwich que está vacío y que me pertenece. Vivirás allí hasta que sepamos qué es lo que ha ocurrido y quién ha hecho esto. Sobre todo porque saben que tienes acceso a información altamente delicada.

—¿Y si no se les descubre? —preguntó sin aliento.

—¿Por qué piensas que son varios?

—Escuché dos voces al teléfono. Al secuestrador y al que se hacía pasar por ti.

—Pudo ser uno que disimuló su voz, Cindy. —Se acercó y se sentó en la cama a su lado. —De todas maneras no te tienes que preocupar por eso porque he contratado a un profesional y además lo investiga la policía.

—¿Cómo no voy a preocuparme? ¡Me han engañado a mí! —Jadeó llevándose la mano al pecho y Malcom se asustó. —¡La firma del contrato es hoy!

Él bufó exasperado. —¿Quieres dejar de hacer eso?

—¿El qué?

—¡Tomártelo todo a la tremenda! ¡Casi me da un infarto pensando que te estaba dando uno a ti!

Parpadeó sin poder creérselo. —Estoy bien.

—¡Si estuvieras bien no estarías aquí!

Se sonrojó intensamente. —¡Vale, no me lo tomaré todo a la tremenda!

Malcom sonrió. —Solo es dinero.

—Pues te pusiste hecho una furia.

—Es que era mi dinero.

Cindy no pudo evitar sonreír y apoyó la cabeza en las almohadas. —Así que me obligas a volver.

—¿Y contratar a otra para empezar de nuevo? Ni hablar.

—Vaya, gracias. —Molesta se cruzó de brazos otra vez y se le cortó el aliento cuando él cogió uno de sus rizos pelirrojos acariciándolo entre sus dedos. —¿Qué haces?

—¿Tenía curiosidad?

—¿Curiosidad por qué?

—Por si era tan suave como me lo imaginaba. Y lo es. —Sonrió mirando el mechón que tenía entre sus dedos. Cindy algo incómoda con la situación porque él no lo hacía porque le atrajera ni nada por el estilo, cogió su mechón y tiró de él lentamente. Malcom levantó las cejas viendo como se le escapaba entre sus dedos y suspiró antes de mirarla a los ojos. —Cindy, no sé si ahora es un buen momento para decirte esto, pero...

—¿El qué? —preguntó preocupada.

Malcom se tensó al ver que se inquietaba de nuevo. —No, nada. No es importante.

—¿Seguro? No lo dices porque estoy aquí, ¿verdad?

—No, claro que no. Ya te lo diré cuando vayas a trabajar.

—¿Entonces es del trabajo? Dime lo que sea.

Su prima entró en la habitación con un café para él y Malcom sonrió cogiéndolo. —¿Para mí no hay?

—No —dijeron los dos a la vez.

Gruñó cruzándose de brazos de nuevo. —¿Dónde estará el médico?

—¿Ya ha pasado el psiquiatra? —preguntó Malcom.

—¡No estoy loca!

—No he dicho eso. Solo tienen que evaluar la situación. —La advirtió con la mirada. —E irás a terapia si lo necesitas.

—¿Es otra orden?

—¡Sí!

Gruñó de nuevo mirando a su prima. —Dame ese café.

—Ya, claro... —Se sentó en su silla bebiéndoselo muy a gusto.

—¿Sabes que tu prima va a trabajar para nosotros?

—Todavía no he dicho que sí. —Levantó la barbilla. —Pero tampoco he dicho que no.

—Y va a salir con Jeffrey —dijo ignorando la cara de asombro de Cindy.

—¿Qué? —Miró a su prima como si fuera a regañarla y Margaret

gimió antes de beber de su café de nuevo. —¡Ni se te ocurra! ¡Es un ligón de playa! No te puedes fiar de él. ¡Cada día sale con una distinta!

Malcom carraspeó. —Bueno, está soltero y...

—¡Cierra la boca! ¡Estoy hablando con Margaret! ¡Ya sé que todo lo ha aprendido de ti!

—No, de mí eso no lo ha aprendido. Te lo aseguro.

Cindy señaló a Margaret con el dedo. —Ni se te ocurra salir con ese salido.

—¡Cindy! ¡Qué hablas de mi hermano!

—¡Te imita en todo! ¡Así que ya sabes lo que pienso de ti!

—No voy a salir con él. Ya lo hemos hablado —dijo para que se calmara—. Esperaremos una temporada.

Entrecerró los ojos. —¿Cómo que una temporada? ¿Te ha besado?

Margaret se puso como un tomate y Malcom maldijo a su hermano interiormente por la cara de furia de Cindy. —¡Te ha besado en un momento así! ¡Lo que yo decía! ¡Es un tiburón sin escrúpulos! ¡Cómo tú!

—Yo tengo escrúpulos. —Ella se sonrojó porque al parecer solo los tenía con ella. Malcom al ver su mirada juró interiormente antes de continuar —Quiero decir que...

—¡Déjalo! ¡He pagado cientos de regalos de tus amiguitas! ¡Amiguitas de una noche o dos! ¡No me des explicaciones sobre cómo es tu vida que la conozco muy bien! Según recuerdo el último regalo fue una pulsera de esmeraldas y diamantes.

—¡Hala! —dijo Margaret impresionada—. ¿Siempre haces esos regalos?

—No, prima. Solo a las que son un diez —dijo ella con burla.

Malcom carraspeó levantándose. —Esta conversación es algo incómoda.

—¿No me digas? Incómoda yo, cuando tuve que llamar a una de tus amiguitas para decirle que tenía que irse del restaurante porque estabas con otra a punto de llegar. ¡Se te había olvidado que habías quedado con las dos a la vez!

Margaret se echó a reír por lo bajo. —Jo tío, sí que debe ser una conversación incómoda para ti.

—No sabes cuánto. —Fulminó a Cindy con la mirada. —Lo que pasa

es que estás celosa.

—¿Celosa yo? —preguntó como un tomate—. ¡Qué sepas que ahora ya te conozco del todo y ni loca tendría algo contigo! —gritó alterada.

Su jefe hizo una mueca. —¿Te estás poniendo nerviosa?

—¡No!

—Estupendo. —Se agachó y le dio un rápido beso en los labios dejándola de piedra antes de coger su abrigo e ir hacia la puerta. —Te veo luego. Si te dan el alta llámame al móvil.

Impresionada miró a su prima que retenía la risa. —Me ha besado.

—Sí. Aunque esos besos casi ni se sienten, pero lo ha hecho.

Chilló histérica —¡No me he lavado los dientes!

Margaret hizo una mueca. —Vaya.

—¿Vaya? —Gimió tumbándose en la cama y tapándose la cara con la almohada. Respiró profundamente y sonrió bajo la almohada antes de apartarla para mirar a su prima de nuevo. —¿Crees que...?

—Ese te baja las bragas en cuanto te descuides.

—¡Margaret! —Entrecerró los ojos sentándose inquieta. —¿Tú crees?

—Ajá... —Miró el móvil distraída y soltó una risita.

—¿Quién es?

—Nadie.

—Sí, seguro. Trae acá.

—Es Jeff, ¿vale?

—¡Ni se te ocurra!

—¿Tú quieres acostarte con Malcom!

Entrecerró los ojos. —Qué va.

—Claro que sí. Los ojos te hacen chiribitas.

—No voy a tener nada con mi jefe. Me ha tratado fatal después de todo lo que he hecho por él.

—Eso, tú hazte la dura que les pone mucho.

—¡Margaret!

—Has trabajado tanto toda tu vida que no sabes ligarte a un hombre. Si llevas tres años con él y no te lo has tirado cuando es evidente que le gustas.

—¿Le gusto? —preguntó con los ojos como platos.

—¡Te acaba de besar!

—Igual fue un beso fraternal.

—Prima, qué pérdida estás con los hombres.

—¿Y desde cuándo tienes tú tanta experiencia? ¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien? ¿No fue el año pasado?

—He estado muy liada. Pero te saco al menos veinte citas de ventaja porque en los tres últimos años no te has comido un rosco.

Gruñó cruzándose de brazos. —Igual tengo que ponerme al día.

Margaret sonrió maliciosa. —Sí, prima. Creo que deberías ponerte al día.

Capítulo 5

Cuando llegó a casa cogió su móvil del bolso y llamó emocionada a Malcom para decirle que le habían dado el alta. No tenía que ir a terapia ni nada por el estilo. Solo mantenerse tranquila e intentar bajar el ritmo un poco. Frunció el ceño cuando el tono sonó por quinta vez y no se lo cogió. Decepcionada colgó el teléfono porque era evidente que estaba ocupado. Era una tonta por hacerse ilusiones. Nunca sería importante para él.

Decidió darse un baño y al pasar ante la habitación de su prima la escuchó reír y vio por la rendija de la puerta que hablaba por el teléfono en voz baja. Apostaría la cabeza que hablaba con Jeffrey, así que la firma había terminado porque él estaría presente.

Llenó la bañera y echó las sales que su prima le había regalado en su cumpleaños el año anterior. Hizo una mueca porque Malcom ni se había acordado. Recordó las palabras de su doctor y se dio cuenta de que tenía razón. A veces le damos importancia a cosas que realmente no la tienen. Debía empezar a mirar más por ella misma porque su prima estaba a punto de volar del nido y más aún si empezaba a trabajar en Halifax. Igual se apuntaba a clases de pintura. Sus padres antes de morir le habían regalado todo el material y seguía metido en un armario. Eso le hizo recordar que tenía que mudarse por su seguridad. No lo entendía muy bien y tendría que hablarlo con Malcom.

Se desnudó y se metió en la bañera, suspirando del alivio cuando el agua caliente acarició su cuerpo. —¡Cindy, voy a comprar leche que se ha acabado!

—¡Vale!

Cerró los ojos y alargó la mano hacia atrás para pasar los dedos sobre la toalla que tenía en la nuca antes de alargar más el brazo y encender la radio. La música clásica inundó la estancia y sonrió con los ojos cerrados. De repente sintió un poco de frío como si hubiera dejado la puerta abierta, pero se pasó enseguida así que no abrió los ojos. Tomó aire como le había enseñado el médico y lo repitió varias veces. Frunció el ceño llegando hasta ella el

aroma del after shave de Malcom y negó con la cabeza diciéndose que estaba perdiendo la cabeza. Sin abrir los ojos estiró la mano hacia el soporte para coger la esponja y pulsó el dispensador echándole el gel. Se la pasó por el brazo antes de pasársela por debajo de los pechos. Bajó la esponja por su vientre y escuchó un carraspeo. Gritó abriendo los ojos antes de volver a gritar al ver a Malcom allí de pie con los brazos en jarras mirándola de arriba abajo. Intentó levantarse, pero resbaló y él la sujetó por la cintura intentando evitar que cayera. Pero se le resbaló entre las manos por el jabón cayendo sobre su pecho. —Cindy, creo que...

—¿Qué haces aquí! —gritó contra su oído haciéndole gemir.

—Nena, no grites. —La mano de su espalda bajó por ella haciendo que Cindy abriera los ojos como platos. —Preciosa, tienes una piel... —dijo con voz ronca.

—¿Qué haces, Malcom? —Se estremeció entre sus brazos cuando las yemas de sus dedos llegaron a su trasero.

—Comprobar que estás bien. —Cindy cerró los ojos cuando acarició la suave piel de su glúteo antes de subirla por su espalda de nuevo para llegar a su nuca, cogiéndola con cuidado para apartar su cara y mirarla. Él se acercó a sus labios y besó suavemente su labio inferior antes de apartarse. Abrió los ojos y se miraron unos segundos. —He interrumpido tu baño —dijo con voz ronca.

—¿Qué quieres de mí? No te entiendo.

Él cogió su cabello y tiró de su cuello hacia atrás mirándola como si quisiera devorarla. —¿Qué te ha dicho el médico?

—Que estoy bien —susurró sin aliento.

—¿No me mientes?

—Tengo que tomarme las cosas con más calma.

Malcom apretó los labios y asintió. —¿Y la terapia?

—No tengo que ir si no se repite.

—Y no se repetirá, ¿me oyes? —Cindy asintió casi sin poder respirar. —Como vuelvas a perder el control, me voy a cabrear. —Su corazón saltó al ver la preocupación en sus ojos y sin darse cuenta separó los labios muriéndose porque la besara. Él miró sus labios y susurró —¿Quieres que te haga el amor?

—Sí —respondió muerta de deseo.

—Está tu prima.

—Malcom...

Él miró sus ojos posesivo y su mano llegó a su trasero amasándolo. — Eres mía, ¿verdad? Dímelo, nena. Quiero oírtelo decir.

—Soy tuya. Te deseo.

Malcom atrapó su boca entrando en ella apasionadamente y Cindy pensó que no podía existir nada mejor que lo que ese hombre le hacía sentir. Su sabor la extasió y sus caricias la volvieron loca. Él la sacó de la bañera pegándola a su cuerpo y la sentó sobre el lavabo sin dejar de besarla como si la necesitara, abriéndole las piernas para colocarse entre ellas. Con la respiración agitada separaron sus bocas y él se abrió los pantalones mirándola a los ojos, excitándola aún más si eso era posible. Cindy se sujetó en sus hombros perdiendo el aliento cuando acarició su miembro erecto contra su sexo antes de entrar en ella de un solo empujón. Gritó de placer al sentirse llena y Malcom se movió una y otra vez antes de besar sus labios de nuevo ahogando sus gritos. Se aferró a su cuello sintiendo sus envites cada vez más intensos, hasta que sintió que cada fibra de su ser se tensaba para estallar con un último empujón que la llevó al éxtasis.

Malcom respirando agitadamente la besó en el cuello antes de apartarse para mirarla a los ojos. —Nos casamos en un mes. Prepáralo todo.

Asombrada vio cómo se apartaba y se subía los pantalones como si nada. —Malcom, ¿de qué hablas?

Él se miró al espejo y se pasó las manos por el cabello. —Nos casamos en un mes. —La miró de reojo. —¿O acaso no me quieres?

Se sonrojó con fuerza. —Sí, claro. Pero...

La besó en los labios rápidamente y la cogió por la cintura para bajarla al suelo. —Llámame mañana para decirme cómo estás. —La besó de nuevo antes de salir del baño y sin poder creérselo se quedó mirando esa puerta cerrada varios minutos. Dios, aquello era una locura. ¿Qué había pasado para que todo cambiara de manera tan drástica? ¿Ahora quería casarse? ¿Cuando ni siquiera confiaba en ella? Y lo había demostrado con lo de los cinco millones. Y de repente le hacía el amor y le decía que se casarían en un mes. ¿Qué hacer el amor? Eso había sido un polvo rápido en un baño. ¡Dios, si le había dicho que se casarían en un baño! Era lo menos romántico del mundo.

Aún sin salir de su asombro miró a su alrededor alucinada y así la encontró su prima minutos después. Asustada se acercó. —¿Qué ocurre?

En shock la miró a los ojos. —Ha dicho que nos casamos en un mes.

—¿Qué? Estás helada. ¿Qué tal si te metes en la bañera para quitarte el jabón? —La ayudó a meterse con cuidado. —Muy bien, ahora explícame lo que ha pasado. —Se puso como un tomate. —Bueno, esa parte no hace falta que me la expliques porque la he oído.

—¡Margaret!

—¡Estaba en el salón y esta casa es enana! —Gimió muerta de la vergüenza y su prima soltó una risita. —Al parecer es una fiera.

—No tiene gracia.

—Claro que la tiene. Así que deduzco que después te pidió matrimonio. Uy, qué romántico. Se ha dado cuenta de que te quiere —dijo emocionada.

—No.

—¿Cómo que no?

—No, no ha sido así. —Avergonzada cogió la esponja para quitarse el jabón y sin darse cuenta se quedó mirando el agua pensativa.

—¿Cindy?

—No me ha dicho ni que me quiere ni me lo ha pedido. Simplemente ha dicho nos casamos en un mes y cuando he expresado mi sorpresa me ha preguntado si le quería. Yo le he dicho que sí y se ha ido. Ya está.

—¿Cómo que ya está? —preguntó su prima indignada levantándose del suelo.

—Me ha dicho que lo prepare todo. Y que le llame mañana para saber cómo estoy. —Se encogió de hombros. —Siempre he sabido que no es muy dado a mostrar sus sentimientos, pero esto no es lo que yo quiero.

Su prima la miró con pena. —¿Y qué es lo que quieres, Cindy? Porque ya va siendo hora de que hagas con tu vida lo que te dé la gana.

—Quiero que me ame más que a nada y sobre todo quiero que me lo demuestre. —Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —¿Soy tonta?

—No, prima. No eres tonta en absoluto. Tienes derecho a ser feliz y si no quieres casarte así no lo hagas. Tiene que ser el día más feliz de tu vida y debe ser exactamente como tú deseas.

Cindy asintió. —A ver cómo se lo digo a él.

—Yo que tú de momento no le llamaba mañana. Para que lo pille.

Sentadas en el sofá viendo la tele la noche siguiente, ambas miraron el teléfono para ver otra llamada de Malcom.

—¡Número diecisiete! Esto hay que celebrarlo. Un helado de chocolate —dijo su prima levantándose del sofá.

—¡Con nata montada! —Sonrió encantada y subió el volumen de la tele.

Golpearon la puerta sobresaltándolas y ambas se miraron con los ojos como platos.

—¡Sé que estáis ahí! ¡Cindy, abre de una vez!

Estaba furioso y gimió levantándose del sofá. —No abras —susurró su prima.

—Déjanos solos.

—Ni hablar, que te convence echándote un polvo. —Se cruzó de brazos viendo como su prima iba hacia la puerta.

—Serás bruta. —Se encogió de hombros como si le diera igual su opinión y Cindy abrió la puerta poniendo una sonrisa en su cara. —Malcom, qué sorpresa.

—¿Sorpresa? —Entró en el apartamento cerrando con fuerza. —¡No creo que sea una sorpresa cuando acabáis de celebrar que he llamado diecisiete veces!

Vaya, aquellas paredes eran de papel. Eso y que él había puesto la oreja. —¿De veras? —Fue hasta el teléfono y abrió los ojos como platos. — ¡Anda, es verdad!

—¡Cindy, mientes fatal!

Se puso como un tomate y levantó la barbilla. —No te lo quería coger, ¿vale?

—¡Ya me había dado cuenta en la tercera llamada!

—Es que eres muy listo.

—No tanto —dijo su prima por lo bajo ganándose una mirada de odio de Malcom—. ¿Una cervecita?

Ignorándola le dijo a Cindy —Muy bien. Ahora vas a decirme por qué

no me has llamado, aunque veo que estás perfectamente.

Se sonrojó de gusto. —Pues ya que lo dices...

—¡Déjate de rollos! ¿Por qué no me has llamado? —La miró fijamente con sus ojos negros y ella desvió la mirada tímidamente. ¿Se lo decía? No parecía estar de buen humor. ¿Pero qué esperaba? ¿Que llegara con rosas disculpándose? Él no era así. —Cindy... estoy perdiendo la paciencia.

Ahí lo dejaba claro, así que se sentó en el sofá y simplemente dijo — No quiero casarme contigo.

Si le hubiera dicho que era de marte, no se hubiera sorprendido tanto. —Perdona, ¿qué has dicho?

—No quiero ...

—¡Ya lo he oído! —gritó furibundo—. ¿Me estás rechazando?

—Es que en realidad no me lo has pedido.

Él entrecerró los ojos y se quitó el abrigo de malos modos tirándolo sobre la butaca antes de apartar la mesa de centro para arrodillar una pierna ante ella. Le cogió una mano con delicadeza y forzó una sonrisa. —Claro. Falta esto, ¿verdad? No pasa nada. Puedo hacerlo. —Parecía que le estaban sacando una muela y Cindy suspiró mirando a su prima que puso los ojos en blanco. Malcom la cogió por la barbilla para que le mirara. —Cindy, preciosa... —Gruñó como si aquello fuera una auténtica molestia. —¿Quieres casarte conmigo?

—No.

Se levantó de golpe. —¿Qué has dicho?

—¡No quiero casarme con un hombre que ni me ha dicho que me quiere! ¡Así que no!

—¡Quiero casarme contigo! ¿No es suficiente? —La señaló con el dedo. —Jamás se lo he pedido a nadie.

—Se lo has pedido ahora, porque ayer...

—Margaret, bonita... ¿No tienes que estudiar o algo así? —preguntó él como si quisiera cargársela.

—Pues no. Hoy nos hemos tomado el día libre. Para que se relajara, ya sabes. —Se cruzó de brazos como si de allí no la moviera nadie.

—Malcom... —Él la miró furioso. —Tú no me quieres.

—Nena... te aseguro que no me casaría contigo si no sintiera algo por ti.

El corazón de Cindy saltó en su pecho y sonrió. —¿De verdad? ¿Y qué sientes?

Se pasó una mano por el cabello lo que demostraba que se estaba poniendo nervioso y Cindy esperó impaciente. Él carraspeó. —Bueno... te aprecio mucho... te deseo mucho... —Ella fue perdiendo la sonrisa poco a poco. —¿Y quiero que nos casemos! ¿No es suficiente?

—No —susurró decepcionada mirándose las manos—. No es suficiente para un matrimonio.

Él suspiró y se sentó a su lado. —Nena, dime lo que quieres y yo te lo daré.

—Eso sale solo. Si no eres capaz de entenderlo, es que no me amas.

De repente Malcom la abrazó sentándola en sus rodillas como si fuera una niña y Cindy le miró sorprendida. —¿Qué haces?

—Abrazarte. Me apetecía. —Gruñó molesto. —¿No lo hago bien? Preciosa, me conoces muy bien. Vas a tener que armarte de paciencia conmigo.

Cindy sin poder evitarlo sonrió y apoyó la mejilla sobre su hombro. — Lo haces muy bien.

Margaret sonrió y salió del salón discretamente. Malcom se sintió como si hubiera escalado el Everest y le acarició la espalda. Se quedaron así varios minutos y él susurró —¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos así?

—Lo que nos apetezca.

—Es que a mí ahora me apetece otra cosa.

Se apartó para mirarle. —¿Si? ¿El qué?

—Pues me gustaría hacerte el amor, pero no quiero parecer un insensible. —Se sonrojó ligeramente. —Esto empieza a ser incómodo. No suelo decir lo que quiero. Lo hago y ya está.

Acarició su nuca embriagada por el deseo que vio en sus ojos y él gimió mirando sus labios antes de atrapar su boca besándola apasionadamente. Sus manos subieron por el interior de su sudadera y llegaron a sus pechos acariciándolos con pasión. Él apartó su boca mirándola a los ojos sin dejar de acariciarla. —Nena, me quiero casar contigo porque quiero tener esto el resto de mi vida. Quiero tenerte a mi lado y quiero sentirte. Y te puedo asegurar que en este momento no hay nada que desee más.

Ella sentía lo mismo, pero no podía evitar pensar que lo quería todo de él. La miró asombrado. —¿No es suficiente?

—Si no me amas, no.

—¿Por qué?

—Porque el amor tiene que ser la base de un matrimonio, Malcom. ¡No el sexo!

—¡Un sexo estupendo!

Se sonrojó con fuerza porque no podía negarlo. —¡Pues yo lo quiero todo!

—La madre que me... —La sentó de nuevo sobre el sofá y se levantó frustrado. Cindy se sonrojó al ver su excitación a través de los pantalones. Estaba claro que la deseaba y eso la hizo muy feliz. —Cindy, ¿qué quieres?

—¿Qué? —Le miró sorprendida. —¿Cómo que qué quiero?

—Dime que es lo que quieres porque no sé muy bien lo que necesitas para sentirte segura a mi lado. Y no me digas que te ame, porque aunque te lo dijera no me creerías, ¿verdad?

—Que me lo demuestres. —Pareció sorprendido. —Que me demuestres que me quieres. Así la otra persona sabe que la amas, pero si no lo sientes...

—¡Voy a pagar cinco millones para que no vayas a la cárcel! ¿No es suficiente?

Se puso como un tomate. —Eso es solo dinero.

Él gruñó y entrecerró los ojos. —¡Oh, joder! ¿Quieres que te compre flores y todas esas tonterías?

—¡No! —Se sonrojó aún más. —Bueno...

—¿Es que todos los que regalan flores demuestran que aman a la otra persona? ¿Pues la mayoría de las veces se regalan para ocultar cuernos!

—¡No es cierto!

—¿Es que he amado a alguna de las mujeres con las que he tenido un detalle? No, ¿verdad? ¡A ti te he pedido matrimonio!

En eso tenía razón y sonrió sintiéndose especial. Malcom suspiró del alivio y se acuclilló a su lado. —Nena, quiero que seas mi esposa y la madre de mis hijos. Y sobre todo quiero que seamos compañeros lo que nos quede de vida. Somos un equipo y no puedo dejar escapar a una mujer que es capaz de robar cinco millones con tal de salvarme la vida. —Cindy soltó una risita. —Dime que te casarás conmigo.

—¿Intentarás demostrarme de vez en cuando que te importo?

¿Intentarás cambiar y harás que sienta que soy importante en tu vida?

—Si se me olvida, me lo recuerdas. Eres mi socia. —Malcom sonrió.

—Prometo que no me enfadaré.

—¿Lo prometes? ¿Y no dirás que soy una pesada?

—Lo prometo. Ahora dime que sí —dijo ansioso.

—No.

—¡Cindy!

—Cariño, ¿dónde está mi anillo de compromiso? —Él se sonrojó con fuerza y ella levantó sus cejas pelirrojas. —Mañana inténtalo de nuevo.

Él gruñó cogiéndola en brazos haciéndola reír y le abrazó por el cuello. —Mañana te voy a dejar con la boca abierta.

—¿De veras? —Le miró con amor. —Lo estoy deseando. ¿Y ahora qué haces?

—Vamos a dormir. Acabo de decidir que debemos dormir juntos. Por si roncas y me arrepiento.

—¿Y si roncas tú? —preguntó divertida.

—Algo se me ocurrirá —dijo con voz ronca antes de besarla haciendo que se olvidara de todo.

Capítulo 6

Cindy se despertó con una sonrisa en la cara y se giró levantando la cabeza cuando se dio cuenta de que estaba sola en la cama. Suspiró dejándola caer sobre la almohada y miró su reloj para ver que eran las ocho de la mañana. Dios, qué noche... Acarició las sábanas donde él había dormido y su dedo tocó algo que la hizo levantar la cabeza para ver una hoja de papel. Impaciente se sentó cogiéndola.

“Buenos días preciosa:

He decidido que lo mejor, ya que vamos a casarnos, es que te vengas a vivir a mi casa. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Así sabemos lo que es la convivencia antes de decir sí quiero. Que lo dirás. —Soltó una risita nerviosa. —Así que prepáralo todo y no te agotes. Esta noche salimos a cenar.

Posdata. ¿Tu prima se quedará mucho con nosotros? Por cierto, mi madre llega mañana. Prepárate mentalmente para darle la noticia.”

Chilló de la alegría y dio saltos sobre la cama. Su prima llegó corriendo y la miró asombrada. —¡Es que te has vuelto loca! ¡Estaba dormida!

—¡Me caso!

—Ya me había dado cuenta con los gritos que has pegado toda la noche. Chica, vaya escandalosa que eres. ¡No te han enseñado a disfrutar en silencio!

—¡Me caso! —Margaret gruñó dándose la vuelta. —¡Prepárate que nos mudamos!

Margaret regresó con los ojos como platos. —¿A Greenwich?

—No, cambio de planes. ¡Nos vamos a la Quinta Avenida!

—¿Nos vamos a vivir con él?

—Claro, va a ser mi marido. —Saltó al suelo. —¿Qué pasa?

—No sé...

—Él sabe que vendrás. Lo entiende.

—Ya, pero seréis un matrimonio y...

—¡No me vas a dejar sola con su madre! —La señaló con el dedo. —
¡Haz la maleta!

—¿Vive con su madre?

—No, su madre vive con una hermana en Maine, pero cuando viene a la ciudad se queda con Malcom en la casa familiar. Tiene un ático en la Quinta de siete habitaciones.

—Guau.

—Por eso no estorbas. Además, también va a ser mi casa y te necesito. Es como la dama de hierro. No mueve un gesto.

—O sea, como su hijo.

Hizo una mueca antes de sonreír radiante. —Hoy me va a llevar a cenar. Seguro que hace una pedida por todo lo alto. Ummm... tengo que llamarle para saber qué debo ponerme. No sé a dónde me llevará. —Se puso nerviosa. —Empieza a recoger.

—Sí, pero tú tranquilita, ¿eh? Lo primero a desayunar y después ya hablaremos.

—Estoy bien. No seas pesada. Uff, necesitamos cajas.

Al medio día tenían gran parte de sus enseres metidos en cajas. Al ser dos, cada una se había encargado de su habitación y habían decidido meter en un guardamuebles lo que no se llevarían a la casa de Malcom. Así que casi todo eran enseres personales y recuerdos de sus padres. Había hablado con Malcom y enviaría un camión por la tarde con varios operarios para cargarlo todo. Comieron pizza mirando a su alrededor.

—¿Sabes? No lo voy a echar de menos —dijo Margaret divertida.

—Yo tampoco. Pero ha cumplido su función. ¿Recuerdas la primera noche?

—Sí, dormimos en el sofá con un bate de béisbol por miedo a que nos asaltaran, pero no ha resultado un mal sitio para vivir cuando conoces a los vecinos.

—No, no lo ha sido.

Su prima la miró a los ojos. —¿Estás asustada?

—Un poco, pero es normal, ¿no? Empezamos una nueva vida.

—Al lado del hombre que amas. ¿Crees que aprenderá a ser como tú

quieres?

—Yo voy a intentarlo. Le quiero.

Margaret sonrió. —Es increíble, hace dos días pensábamos que ibas al trullo y ahora te vas a casar con él y nos vamos a vivir a su casa.

—¿Crees que me he precipitado?

—Déjate llevar. Pero no le pases ni una.

Se echó a reír asintiendo. —Entendido. —La miró maliciosa. —¿Se lo has dicho a Jeffrey?

Se sonrojó. —Sí. Sobre la cita...

—Ahora va a ser más difícil resistirse.

—He quedado para esta noche.

—¡Margaret!

—¡Si tú no te has resistido, yo tampoco tengo por qué hacerlo! ¡No es justo!

Hizo una mueca porque tenía razón. —Vale, pero no te cases antes de terminar la carrera. Y toma precauciones.

—Mira quien fue a hablar.

La miró asombrada. —Dios mío.

—A buenas horas te acuerdas.

Chilló levantándose. —¡No!

—Tranquila, tampoco es para tanto. Malcom puede mantenerlo, si aparece, claro.

—¡No!

—Deja de decir eso. Si ya está, ya está.

—Pero no está.

—Puede que no. No te agobies. A partir de ahora toma la píldora y no hay problema.

Se mordió el labio inferior. —Yo no quiero ser madre ahora. Quiero que nos adaptemos y un bebé lo va a liar todo.

—No lo liaría todo. Él quiere estar contigo. Te lo ha demostrado, ¿no? Un bebé solo os uniría más.

—¿Tú crees? Él quiere hijos.

—Y tú también. Aunque entiendo que es pronto. Pero no te agobies, ¿vale?

Asintió tomando aire y miró el trozo de pizza que tenía en la mano. Había perdido el apetito del todo. —Lo que tenga que ser...

—Exacto —dijo su prima—. Voy a por las cosas del baño. El camión no tardará en llegar.

Se quedó allí de pie y su mirada cayó en la caja de las fotos que aún no había cerrado. Toda su familia sonreía a la cámara el cuatro de julio y sonrió sin poder evitarlo al ver como su padre la besaba en la mejilla mientras reía. Sí, sería un buen padre. No tenía que preocuparse por eso. Decidida a olvidarlo dejó la pizza en su caja y siguió recogiendo.

Cuando llegaron al piso en la Quinta Avenida estaba algo cansada, pero Sue, el ama de llaves, le dijo que ella se encargaba de todo y que fuera a prepararse porque el señor había llamado y en una hora estaría allí. Margaret se presentó ella misma a la mujer que llevaba con Malcom casi toda su vida. Sue tomó el mando y les dijo a los hombres a qué sitio había que llevar cada caja mientras ella subía las escaleras con la funda del vestido que se pondría esa noche.

—Sue, ¿cuál es la habitación de Malcom?

—¡La del fondo a la derecha! —respondió desde abajo sonriendo antes de guiñarle un ojo.

Sonrió yendo hacia allí y al entrar se quedó con la boca abierta. ¡La habitación era más grande que su apartamento! Y qué cama. Allí cabían seis. Emocionada miró a su alrededor y vio el vestidor. Por supuesto lleno de trajes de hombre. Pasó por él hasta llegar a un baño de ensueño que tenía un jacuzzi redondo que prometía que se lo iban a pasar muy bien allí. Colgó el vestido en un gancho del vestidor y fue hasta la ducha abriendo el agua caliente. No tenía todavía sus cosas, pero allí había gel y champú. Se quitó los vaqueros a toda prisa y se duchó lo más rápido que pudo. Estaba cogiendo la toalla para cubrirse cuando la puerta del baño se abrió y Malcom apoyó un hombro en el marco de la puerta mirándola con una sonrisa satisfecha en la cara. —Hola, preciosa.

—Llegas temprano. —Se acercó a él caminando por el suelo de mármol y se puso de puntillas para besarle en los labios. Malcom la cogió por la cintura elevándola y Cindy rodeó su cuello con las manos profundizando el beso. Sonrió radiante cuando la miró a los ojos. —¿A dónde me vas a llevar?

—¿Recuerdas qué día es hoy?

—Sí, jueves. —Abrió los ojos como platos. —¡No, es viernes!

—Exacto. ¿Y recuerdas lo que iba a hacer hoy?

—Ibas a pasar el fin de semana en París. —Sus ojos brillaron de ilusión. —¿Nos vamos a París?

—Cenaremos en el avión. Ponte cómoda. Ese vestido lo usaremos mañana, te lo prometo. —La besó en la punta de la nariz antes de apartarse y darle una palmada en el trasero.

Chilló de la alegría dando saltitos haciéndole reír, antes de que se detuviera en seco para mirarle con los ojos como platos. —Una maleta. Tengo que hacer la maleta.

—Seguro que Sue puede encontrarte una. Tenemos dos horas. —Tiró de su corbata divertido. —¿Crees que te dará tiempo?

—Para ir a París estoy preparada en diez minutos. —Iba hacia la habitación cuando se detuvo en seco. —¿Pero tu madre no llega mañana?

Malcom juró por lo bajo dejando caer los hombros. —Se me ha olvidado mi madre.

Le miró desilusionada. —Cuando te llamó no te acordaste de que tenías el viaje.

—Llamó cuando estaba en México y no, no lo recordé hasta ayer. Joder, si incluso he hablado con ella por la mañana.

Puso los brazos en jarras mirando la moqueta como si estuviera buscando la solución y ella forzó una sonrisa. —Es que no me tienes a mí para recordarte estas cosas.

—No pasa nada, nena. Haz la maleta. Nos vamos.

—¿Y tu madre?

—La veremos el martes. Hablaré con ella.

—¿Seguro? Si lo haces por mí...

Él se acercó sujetándola por las caderas para pegarla a su cuerpo. —Claro que lo hago por ti. Este fin de semana va a ser especial.

Le acarició los hombros. —¿De veras? —Sonrió maliciosa. —¿Cómo de especial?

—Si no te das prisa, al final nos quedamos.

—Ah, no. —Se apartó haciéndole reír y corrió hasta la puerta para gritar —¡Margaret tráeme mi ropa! ¡Me voy a París!

Su prima sacó la cabeza de la habitación del fondo. —¿A París? Leche, éste sí que sabe organizar citas.

—¿A que sí? Mira cómo va aprendiendo.

Sentados en el avión en primera vio que Malcom estaba algo inquieto. Frunció el ceño. —Cariño, ¿te ocurre algo?

—No. —Su pierna no dejaba de ir de arriba abajo y puso la mano en su rodilla deteniéndole.

Le miró asombrada. —¿Tienes miedo a volar?

—No es miedo a volar. Es que mi cuerpo se tensa un poco al despegar. Eso es todo.

Soltó una risita. —Miedo a volar.

—No, nena. Miedo a volar sería durante todo el trayecto y eso no me pasa a mí. Solo al subir.

—¿Y al bajar?

—Bueno...

—¿Y si hay turbulencias?

—Cindy, cielo... ¿Te estás pitorreando de mí?

Ella se echó a reír a carcajadas y él la miró con deseo. —Ah, no. Aquí no.

Malcom se acercó cortándole el aliento. —¿Lo has hecho alguna vez en un avión? —preguntó con voz ronca.

—Cielo, es la primera vez que me subo a un avión.

—Uhhh... pues va a ser un viaje de lo más interesante. —Besó suavemente su labio inferior y ella acarició con la lengua el suyo haciéndole gemir.

Alguien carraspeó a su lado y ambos miraron hacia la azafata que sonreía falsamente. —Los cinturones, por favor. Vamos a despegar. —Fulminó a Malcom con la mirada antes de ir hacia los pasajeros de detrás.

Le miró asombrada. —¿La conoces?

—No... lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Nena, me subo a muchos aviones. Demasiados para mi gusto — Gruñó abrochándose el cinturón. —Ya va siendo hora de que compre un avión.

Sí, creo que va a ser lo mejor.

—Sobre todo si viajas conmigo, ¿no?

—Exacto. Va a ser lo más seguro.

—¿Te la has tirado?

Él miró a su alrededor. —¿Quieres hablar más bajo?

—¿Lo has hecho?

—No la recuerdo, ¿vale?

—Hace tres meses fuiste a Europa.

—No, hace tres meses no porque... —Se detuvo antes de decir algo que le complicara más las cosas y ella se dio cuenta de inmediato.

—¿Por qué, cielo? ¿Porque la de hace tres meses era rubia?

—Eso es pasado. Tú eres el futuro. —Cogió su mano y se la besó antes de mirar al frente de nuevo.

Le miró como si quisiera matarle. —Más te vale.

La azafata pasó a su lado para ir hacia la cabina y ella entrecerró los ojos viendo su trasero perfecto bajo su faldita azul. Gruñó antes de mirar a su prometido que volvía a mover la pierna arriba y abajo. —¡Malcom! —La miró sorprendido. —En París...

—Estaremos solos. Mejor no quedamos con mis amigos.

—¿Ibas a quedar con otra?

—No, ¿cómo puedes pensar eso? —Disimulando miró por la ventanilla. —Nos movemos.

—¿Con quién ibas a ir a París?

—Ya te he dicho que tengo amigos allí. Pierre fue conmigo a la universidad y cuando voy, suelo verle.

Entrecerró los ojos. —¿Y no me lo vas a presentar?

—No, mejor que no. Ya le conocerás en la boda.

Uy, debía ser un calavera peor que él todavía. —Como nos quedamos hasta el lunes, el domingo podemos quedar con él —dijo dulcemente. La miró sorprendido—. Tengo que conocer a tus amigos del otro lado del charco.

Malcom pareció pensarlo. —No, mejor que no.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que me dejes antes de la boda, por eso. Este fin de semana lo pasaremos solos. Para conocernos mejor. Joder, ¿es que esto no

sube de una vez?

—Cariño, ¿cuántos de tus amigos están casados y tienen hijos?

—Ninguno.

Gruñó mirando al frente. —Estupendo.

—Pero del trabajo muchos están casados.

—Pero no son tus amigos de juerga.

—No, claro que no. Las mujeres suelen molestarse con... —Le fulminó con la mirada. —Pero esa vida de soltero ya se ha acabado. Me voy a casar contigo.

—Más te vale.

Él sonrió acercándose. —¿Sabes que te estás volviendo muy posesiva?

Se derritió con su mirada. —¿Tú crees? Es que te quiero mucho. Antes no podía decirte estas cosas, pero ahora no voy a cortarme.

—Y haces muy bien.

Se acercó y la besó en el lóbulo de la oreja haciéndola soltar una risita, pero la azafata sacó el chaleco salvavidas mirándoles como si estuvieran cometiendo un delito.

—Pongan atención, por favor —dijo antes de empezar con las instrucciones de salvamento.

Malcom suspiró sentándose en su asiento, pero no le soltó la mano. Acarició sus dedos durante el despegue y su pierna se mantuvo tranquila en todo momento. Sonrió sin poder evitarlo mirando su perfil durante el despegue. Parecía que tenía un problema que intentaba solucionar. Había visto esa mirada mil veces en el trabajo y se preguntó que estaría pensando. —Eh. Déjalo para el martes.

Malcom sonrió mirándola. —No es del trabajo.

—¿No? ¿Y que puede preocuparte que no sea del trabajo?

Se miraron a los ojos. —Lo que ha pasado antes...

Ella entendió lo que quería decir. Un hombre tan activo como él debía tener exantantes en muchos sitios y con alguna coincidirían. —Como has dicho, eso es pasado. Y tu futuro soy yo, ¿no?

Malcom sonrió. —No lo dudes, preciosa.

Cindy sonrió encantada y apartó el brazo del asiento para abrazarle. Él pasó el brazo por sus hombros y miraron por la ventanilla hasta que alguien carraspeó a su lado. Exasperada miró a la azafata que tenía una bandeja con

dos copas de champán en la mano. —Uy, sí. —Cogió las copas y le tendió una a Malcom. —Por la boda, mi amor.

La azafata les miró asombrada antes de apretar los labios y alejarse. Malcom rió divertido. —¿Esto lo vas a hacer mucho?

—Todo lo que pueda —dijo con satisfacción.

Capítulo 7

Malcom cerró la puerta de la suite de un portazo. —¡Eso ha sido totalmente innecesario!

—¿No me digas? ¡Esa lagarta te ha pasado las tetas ante la cara toda la noche y se merecía las cuatro frescas que le he dicho!

—Sabía que era un error que quedáramos con mis amigos. ¡Es evidente que son mucho más liberales que tú!

—Si llamas ser liberal a acostarse con todo lo que se mueve, pues no. ¡Yo no soy así! —Le miró con desconfianza. —¿O acaso quieres que sea así?

Malcom se detuvo en seco. —¿Qué has dicho? —siseó furioso.

—¿Quieres que me acueste con Pierre? Porque lo ha insinuado.

—¿Que ha hecho qué? —Tiró la chaqueta al suelo. —Repíte eso.

—Cuando fui al lavabo allí estaba cuando salí. —Levantó la barbilla. —¡Y me dijo que vosotros lo compartís todo con ese acento francés tan seductor! ¡Ese es tu amigo!

Malcom apretó los puños. —Nena, dime que eso no es cierto.

Tomó aire y se pasó la mano por sus rizos pelirrojos. —No estás preparado para esto, cielo.

—¡No, no estoy preparado para que uno de mis mejores amigos se le insinúe a mi mujer! —Puso los brazos en jarras y ella vio su decepción.

Se acercó y le abrazó por la cintura pegándose a él. —Vas a tener que renunciar a muchas cosas por mí. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y tú por mí?

—Cariño, tú ya centras mi vida desde hace tres años. Yo estoy preparada. Eres tú el que tienes que hacerme un hueco en tu vida.

Él acarició su nuca. —Ya estás en mi vida. Y si tengo que renunciar a ciertos amigos que en realidad no lo son, no es una gran pérdida por tu amor.

Cindy sonrió radiante. —¿De verdad?

—Creo que te quiero, preciosa.

A Cindy se le cortó el aliento. —No te vas a arrepentir, te lo prometo. Lo daré todo por ti.

—Lo sé, nena. —Besó suavemente sus labios. —Y por eso merece tanto la pena.

—Ya estamos en casa —dijo perdiendo la sonrisa al ver a Margaret en el sofá llorando mientras Sue se apretaba las manos nerviosa—. ¿Qué ha ocurrido? —Dejó el bolso sobre el sillón de piel antes de acercarse a su prima y sentarse a su lado para abrazarla.

—Nada, que te echaba de menos. ¿Qué tal en París?

Sintió a Malcom tras ella y miró sobre su hombro para ver que tenía el ceño fruncido. Éste miró a Sue. —¿Qué ha ocurrido?

—Jeff...

Juró por lo bajo abrazando a su prima que lloró más fuerte. —Eh, no puede ser tan grave. —La apartó sujetando sus mejillas y forzó una sonrisa. —¿Habéis discutido?

—Fui a su casa para darle una sorpresa y la sorpresa me la llevé yo.

Malcom juró por lo bajo volviéndose y yendo hacia el despacho. —Dile que no le eche la bronca. No éramos novios ni nada.

—¿Y qué erais? ¿Amigos con derecho a roce?

Su prima se sonrojó sorbiendo por la nariz. —Ahora está con su madre. La ha llevado a cenar. Dile que no le llame.

—¡Jeff, te quiero en mi casa de inmediato!

Margaret gimió avergonzada y se levantó corriendo escaleras arriba. Cindy suspiró al escuchar el portazo y miró a Sue. —¿Cuándo ha ocurrido esto?

—Por la tarde. Llegó sobre las cinco y ya había estado llorando.

—¡Lo sabía! —Se levantó y vio que Malcom salía del despacho. —¿Va a venir?

—Nena, sube a nuestra habitación. Hablaré a solas con él.

—¡Se lo advertí!

—¡Y yo también se lo advertí! Pero al parecer ninguno de los dos nos han hecho caso y son adultos, Cindy.

—¡Le lleva diez años!

—¡Y yo a ti seis!

Tomó aire preocupada. —Eso solo va a enturbiar la relación de la familia.

—Opino lo mismo, así que voy a hablar con él para controlar los daños. Nena, déjame hablar a solas con mi hermano. Joder, encima está mi madre y se pondrá de su parte.

—Entonces me quedo. —Se cruzó de brazos.

Malcom la miró divertido. —¿Crees que van a poder conmigo?

—Grace Halifax puede hasta con un tren de mercancías.

Sue soltó una risita. —¿Qué tal el viaje?

Emocionada alargó la mano y su ama de llaves jadeó llevándose una mano al pecho mientras Malcom sonreía. —Me lo pidió ayer en una azotea de París viendo la Torre Eiffel al fondo. Fue tan bonito...

—Estabas helada de frío.

—¡Cariño! Sue me entiende.

—Claro que sí. Seguro que fue muy romántico.

Sonrió encantada mirándose el diamante en talla baguette que Malcom le había regalado. Se sintió tan especial... —Sí que lo fue.

—¿Y cuándo es la boda?

—En un mes —respondió Malcom—. Así tomaremos vacaciones con las Navidades. Nena, ¿sabes esquiar?

Se sonrojó porque no había visto un esquí en su vida. —¿Esquiar? Dan clases de eso, ¿verdad?

Malcom sonrió. —Sí, dan clases de eso.

—¿En Nueva York?

—Pues no lo sé. Pero puedes darlas en Aspen.

—Sí claro, y quedar en ridículo ante tus amigos. —Entrecerró los ojos. —Algo encontraré.

Malcom se echó a reír y se sentó a su lado. —Será nuestra luna de miel. No va a haber amigos.

—Oh, pero Margaret... No puedo dejarla sola. Son Navidades.

—Algo se me ocurrirá.

—¿De verdad? —Acarició su mejilla. —¿Sabes que no lo haces nada mal?

—Hasta yo mismo me sorprendo. —Las dos se echaron a reír y él la besó en los labios antes de levantarse. —Tengo trabajo.

—¿Quieres que te ayude?

—Vete a hablar con tu prima. Te necesita más que yo.

Asintió viendo que cerraba la puerta del despacho y suspiró levantándose. —No esperaba esta llegada, la verdad.

—Pobrecita. Creo que se ha enamorado.

—Cualquiera no se enamoraría de los hermanos Halifax.

Sue sonrió. —Cierto. —La vio subir las escaleras y sonrió encantada. Aquello iba viento en popa.

Entró sin llamar en la habitación de su prima y apretó los labios al ver que estaba tumbada en la cama abrazando su almohada sin dejar de llorar. Se sentó a su lado y le acarició el cabello. —Siento que te haya hecho daño.

—Me lo advertiste.

—Pero eso no significa que no te duela.

Margaret asintió. —Me había hecho ilusiones. Soy idiota.

—No eres idiota. Eres una de las personas más inteligentes que conozco. Pero Jeff está en otra onda.

—¿Y Malcom?

—Malcom ahora está en mi onda.

—Por ti.

—Sí, lo ha hecho por mí. Pero tiene que hacerlo porque quiera, cielo. No se le puede obligar a cambiar su vida.

La miró a los ojos. —¿Eres feliz a su lado?

—Nunca creí que se pudiera ser más feliz que como lo soy ahora. Solo siento que tú no lo seas.

—Va, no es importante. Se me pasará.

—No digas eso. Te ha hecho daño.

—Me repondré —dijo con orgullo—. Y vendrá otro, y otro. Hasta que encuentre un amor como el tuyo.

Sonrió con dulzura. —Así me gusta. Somos las Lawson. Somos fuertes.

—Somos duras.

—Somos las mejores.

Se echaron a reír y Margaret la abrazó para susurrar a su oído —Tú sí que eres la mejor. Gracias por cuidarme todos estos años. No tenías por qué hacerlo y...

Emocionada se apartó para acariciar sus mejillas. —Shussss... Volvería a hacerlo mil veces porque ver en la mujer que te has convertido, es la mejor satisfacción del mundo. —La besó en la mejilla y la abrazó de nuevo. —Solo quiero que seas feliz.

—Lo seré. Tendré que ver a ese idiota, pero seré feliz.

—Así me gusta. —Escucharon que se cerraba la puerta de abajo y Margaret entrecerró los ojos. —Pórtate bien. —Se levantó mirándola con recelo. —¿Puedes quedarte sola mientras voy a que mi suegra me fustigue con la mirada?

—Menuda bruja. No hemos hablado mucho, pero a veces me observa como un halcón

Sonrió yendo hacia la puerta. —Te lo advertí. Mira, de eso te librarás al no tener nada con Jeff.

—Una alegría. Eso es lo que me llevo.

—Bien dicho.

Salió de su habitación y al llegar a la escalera vio a los tres en el salón hablando en voz baja. Malcom hablaba muy serio con Jeff que se mantenía en silencio mientras su madre sentada en el sofá miró hacia arriba. —Vaya, si está aquí la novia —dijo con ironía mirándola fríamente con sus ojos verdes.

—Grace, qué alegría volver a verte —dijo con la misma ironía bajando las escaleras.

—Menuda mentira.

—Madre...

—Déjalo, hijo. Son cosas entre suegras y nueras que tú no entenderías.

Grace se levantó del sofá mirando a su nuera, que se acercó a ella pasando ante Jeff que estaba muy tenso. Se dieron dos besos y la miró a los ojos. —¿Qué opinas de lo que ha hecho tu hijo?

—Lo del mayor no me parece mal, pero lo de Jeff una metedura de pata monumental.

—Opino lo mismo. —Se volvieron hacia Jeffrey que se sonrojó con fuerza.

—¡Por Dios, si ni me he acostado con ella!

—¿Qué? —preguntó asombrada—. ¡Quedasteis el otro día!

—Y la llevé a cenar, pero no pasó nada más que un par de besos. ¡También quedamos el sábado para ir a dar una vuelta en bici por el parque y el domingo para comer! ¡Pero no me he acostado con ella!

—¿No me digas que tú también la ves como a tu hermana?

—Nena... sabía que eso se te había quedado dentro.

—¿De veras? —Miró a Jeff y se cruzó de brazos. —¿Y qué piensas hacer para solucionarlo?

—¿Pero qué tengo que solucionar? —preguntó con asombro.

—Jeff, Margaret forma parte de la familia. Te advertí...

—¡Lo sé! ¡Y no me he acostado con ella! Nos llevamos bien y hemos salido un par de veces. Tampoco es para tanto.

—Sí que es para tanto, porque le has hecho daño. Lo que implica que creía que ibais a tener algo más.

Él se sonrojó. —Bueno, igual dentro de un par de años....

Asombrada miró a su prometido. —¡Éste quiere seguir tus pasos a rajatabla!

Malcom hizo una mueca. —Vamos a ver, Jeff... ¿A ti te gusta?

—¡Claro que me gusta!

—¿Es que he tenido un hijo idiota? —preguntó Grace sonrojándole aún más—. ¡Si te gusta la chica por qué te acuestas con otra!

—Madre... es que dicho así.

—¿Cómo es, imbécil?

—Me lo tomé como algo que no iba en serio. Yo hasta dentro de un par de años... ¡Por Dios, si ella no ha terminado la carrera! Quería conocerla un poco para más adelante...

—¡Más adelante nada, idiota! —gritó Margaret desde arriba con lágrimas en los ojos—. ¡A mí no me tocas un pelo más!

Malcom gimió viendo que Jeff corría escaleras arriba. —Margi escúchame.

—¡Déjame en paz! —Cerró de un portazo—. ¡Tengo que estudiar!

Grace levantó una ceja. —Vaya, al parecer los Halifax terminarán con las Lawson.

—¿Y qué opina, suegra?

—Bueno, podía haber sido peor.

—Muy graciosa, madre. —Malcom cogió a Cindy por la cintura y la besó en la sien. —Si estás encantada con ella.

Grace sonrió sorprendiéndola. —La verdad es que sí. Cuando la vi, me dije que sería una nuera perfecta.

—¿De verdad?

—Sí, a Malcom siempre le gustaron las pelirrojas.

Miró a su prometido. —¿No me digas?

—Claro, por eso te di el trabajo.

Abrió los ojos como platos. —¿De verdad?

—No cielo, en aquel momento solo pensaba que me recordabas mucho a Pipi.

Gruñó haciéndoles reír y Sue salió en ese momento con una bandeja de bebidas. Se sentaron en el salón y su suegra se pasó un mechón de su cabello rubio tras la oreja. —¿Será una boda por todo lo alto o algo íntimo?

Se miraron a los ojos. —Cien —dijo ella.

—Nena, ahí no cabe nadie. Doscientos.

—Ciento diez.

Malcom se echó a reír. —¿Ese es tu margen?

—Tengo que ser dura o me llenarás la boda de desconocidos.

—¿Ciento cincuenta?

Sonrió besándole en los labios antes de volverse hacia su suegra. —Ciento cincuenta invitados.

—¿Lo negociaréis todo así?

—Mientras funcione. —Se encogió de hombros y Jeff bajó las escaleras mosqueado. —¿No te abre?

—Tiene un carácter...

—No te digo lo que le haría yo a Malcom si le pillara con otra. Has tenido suerte, chaval.

De repente se abrió la puerta y Margaret llegó a las escaleras vestida con un ceñido vestido negro y unos tacones de quince centímetros, con el cabello suelto y los labios pintados de rojo. Jeff dejó caer la mandíbula. —¿A dónde vas?

—He quedado. —Le lanzó un beso a Cindy y salió de casa.

Jeff impotente apretó los labios y Malcom le miró divertido. —¿A que ahora te arrepientes de la de esta tarde?

—¿No tiene gracia! ¿No pensará en acostarse con otro para vengarse?

—Yo lo haría —dijeron su suegra y Cindy a la vez.

Jeff fue hacia la puerta corriendo tras ella. Divertida miró a su prometido. —¿Te has dado cuenta de lo que acaba de ocurrir?

—Tomo nota, cielo.

—Más te vale, mi amor.

Su suegra se echó a reír. —Sabía que eras perfecta para él.

—Eso lo dices ahora que ha caído.

—Exacto. Si lo hubiera dicho antes, hubiera salido espantado en dirección contraria. Nunca he visto a dos hombres más negados para el compromiso.

Malcom carraspeó. —Hora de ir a trabajar.

—No, cielo. Seguro que te interesa el punto de vista de tu madre —dijo haciendo reír a Grace.

—Lo conozco de sobra. Lleva años queriendo que siente la cabeza.

—Vaya, pues he tenido suerte. —Malcom la besó en los labios, incorporándose después para ir hacia el despacho. —Vale, te despellejaremos a gusto.

—Sed buenas. Tener piedad de mí.

Sonriendo miró a su suegra. —¿Me ayudarás con la boda? Mi madre ha fallecido y...

—Nada me gustaría más, cielo —dijo emocionada.

Capítulo 8

Muy seria le hizo un gesto a su sustituta, que se levantó de inmediato recogiendo sus cosas. Demasiado mona para su gusto la rubita. —¿Qué hay pendiente?

—Contestar el correo.

—Bien. ¿La agenda está al día?

—Y coordinada con las tres secretarias de dirección.

—Puedes irte.

La chica se detuvo cuando se iba y sonrió. —¿Es cierto?

—¿El qué?

—Que os vais a casar. Es un rumor que corre por la empresa y al ver tu anillo...

—Sí, es cierto. —Se miró la mano ilusionada.

—¿No es increíble que una broma os haya unido tanto? Porque fue eso, ¿verdad? Antes no...

—¿El qué? ¿Qué broma? —preguntó sentándose en su sitio.

—La broma de las secretarias de dirección —dijo ilusionada.

—No te entiendo. ¿De qué broma hablas? —preguntó confundida.

La chica se sonrojó con fuerza. —Ah, que no lo sabes... Bueno, me tengo que ir. Mi jefe estará desesperadito por verme.

—Lisa, no des un paso más. —Se volvió a regañadientes y Cindy tuvo un mal presentimiento. —¿Te refieres al secuestro?

Gimió asintiendo. —Querían gastarte una broma y... se les fue de las manos.

—¡Y tanto que se les fue de las manos! —gritó furiosa. Miró asombrada a la puerta de Malcom—. ¿Lo sabe él?

—Yo no sé nada más. —Salió de allí casi corriendo y gruñó mirando la puerta de Malcom. No, él no podría saberlo porque sino se lo hubiera dicho. Pero después repasó cada minuto de ese día y se dio cuenta de que la

policía no había aparecido en esas cuatro horas que esperó al lado del teléfono. Solo aparecieron cuando Malcom llegó. No, ahí no lo sabía. Se debió enterar después y por eso fue a su casa. Pero se encontró con ella desmayada y simplemente le dijo que él repondría el dinero. Malcom debió darse cuenta de que le importaba y no quería disgustarla de nuevo. Sonrió sin poder evitarlo. La quería. Le había costado darse cuenta, pero la quería. Bueno, ¿pero debía hacerse la tonta o debía ponerle algo nervioso con su supuesto enfado?

Fue hasta la puerta de su despacho y la abrió lentamente para meter la cabeza. Estaba sentado en su sillón hablando por teléfono de espaldas a ella. —Sí, está bien. En cuanto tengas los papeles envíamelos. Quiero que Cindy los firme antes de la boda.

Levantó las cejas entrando y cerrando la puerta tras ella escuchando atentamente. —¿Hijos? No, por Dios. Claro que quiero hijos, pero de momento no. En un futuro...

Puso los brazos en jarras tomando aire y le miró a través del cristal de la ventana con el ceño fruncido. Estaba muy relajado mirando el bolígrafo de oro que tenía en la mano. —Ya, que hay que ponerlo ahora. Sí, claro. Pensión para ella y para los niños en caso de divorcio. ¿Veinte mil y diez mil por niño? De acuerdo. —Se quedó en silencio unos segundos escuchando tan distraído que ni la veía por el cristal. —Claro, la empresa blindada. —Se echó a reír. —No vaya a ser que se cabree y saque más dinero de la cuenta.

—¡Malcom! —gritó sobresaltándole.

Se volvió en su sillón a toda prisa y siseó al teléfono —Phillip te llamo luego. —Colgó lo más rápidamente que pudo levantándose. —Nena, ya estás aquí...

Entrecerró los ojos dando un paso hacia él. —¿Qué acabas de decir?

—¡Era una broma!

Apretó los puños furiosa. —¿De veras?

—Sé que nunca harías eso.

—¿Lo sabes?

Malcom la miró como si fuera una bomba de relojería. —Cindy, no era en serio. Estábamos hablando del contrato prematrimonial y...

—Lo he oído. No soy tonta.

Él rodeó la mesa acercándose y la cogió por la cintura. —Tú no me harías algo así. Porque me quieres. —Le miró a los ojos mosqueada y ahora

más aún porque en un momento así debería haber dicho que él la quería. —No te enfades. —La besó suavemente en los labios. —Acabamos de comprometernos. ¿Qué tal la cita en la tienda de trajes de novia? ¿Has encontrado lo que querías?

—No sé. No sé si he encontrado lo que quería. —Salió del despacho dando un portazo y se sentó en su silla furiosa.

La puerta se abrió de golpe. —¿Esa frase iba con segundas?

—¿Qué frase? —preguntó abriendo las cartas con mala leche.

Él levantó una ceja viendo como empuñaba el abrecartas. —¿Necesitas calmarte?

—¿Sabes lo que me ha fastidiado?

—Seguro que me lo vas a decir en un segundo. Eso o vas a apuñalarme.

—No tiene gracia.

—¡Ha sido una broma, Cindy! —dijo enfadándose.

Le miró a los ojos dolida. —¿Sabes lo que pasé ese día?

Él suspiró acercándose y acuclillándose ante ella. —Claro que lo sé.

—No, no tienes ni idea. ¡Pensaba que ibas a morir! ¡Me pasé más de cuatro horas pensando que no te iba a ver nunca más, Malcom! ¿Y tú te burlas de ello?

—No me burlaba de eso, si no de que sacaras el dinero de la cuenta. —Parpadeó viendo que no lo entendía. Él sabía que había sido una broma y no le daba importancia a lo que había pasado, incluso viendo el resultado que había sido ella en el hospital. Malcom sonrió cogiendo su mano. —¿Me perdonas? Ha sido una broma de mal gusto.

—No quiero que lo digas para que me sienta mejor. Quiero que lo digas porque lo sientes, Malcom.

—Siento haberte hecho daño. Eso es lo que siento. —Se tensó levantándose y fue hasta la puerta. —¡Al parecer no hago nada bien, joder! —Se volvió furioso. —¡Ponme con Phillip! —Cerró de un portazo y Cindy miró la puerta durante varios segundos muy preocupada. Tomó aire varias veces y él abrió la puerta viéndola respirar. Apretó los labios y caminó hacia ella cogiéndola en brazos para meterla en el despacho y sentarla en el sofá sobre sus rodillas. La besó por toda la cara y sin poder evitarlo las lágrimas recorrieron sus mejillas. —Nena, no llores. Siento ser tan insensible. Sé que

lo pasaste muy mal.

—Pero era una broma y no te lo tomaste en serio.

La miró sorprendido. —¿Quién te lo ha dicho?

—¿Y eso qué importa? —Se miraron a los ojos y él la besó. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo habías pasado muy mal y no quería que te sintieras peor porque se habían burlado de ti. El dinero estaba en una cuenta de una compañía anexa y se recuperó en unas horas. Te dije que repondría el dinero porque temía perderte. Me dijiste que no regresarías y fue lo único que se me ocurrió para que volvieras a mi lado. —Él suspiró. —Lo siento. Te presioné con el dinero porque no veía una salida. Me di cuenta de lo que estaba haciendo en el hospital y apunto estuve de decirte la verdad, pero no me atreví al ver que te preocupabas de nuevo. Temí que volvieras a recaer y me callé. Después no sabía cómo decirte la verdad sin estropearlo todo. —Le acarició los rizos mirándola a los ojos. —¿No te parecía raro que la policía no volviera a interrogarte?

—Sí, pero creía que tú lo llevabas todo y como yo no había vuelto por aquí...

—Se han llevado una buena bronca. No va a volver a pasar algo parecido, te lo aseguro.

—Puede que para los demás fuera una broma, pero...

—Tú creías que era real y te asustaste. —Acarició su cabello y sonrió. —Pero ha salido algo bueno de esto, ¿no crees? Me di cuenta de lo importante que eres para mí.

Ella le abrazó con fuerza. —Ya no sabría qué hacer si te pasa algo.

—Lo mismo digo, preciosa. Tenemos algo bueno, ¿verdad?

Que le preguntara eso precisamente en ese momento no era exactamente lo que necesitaba, pero sonrió apartándose y asintiendo. —Muy bueno. —Besó suavemente sus labios disfrutando de lo que le hacía sentir y él la apretó tomando el control y haciéndola suspirar de placer.

Llamaron a la puerta y él se apartó haciendo una mueca. —Se acabó el recreo.

Se levantaron y ella se pasó la mano por el cabello antes de abrir para ver allí a Jeffrey. Gruñó pasando a su lado y él se volvió para verla sentarse tras su mesa. —¿A qué hora llegó a casa?

—¿Y a ti qué te importa?

—¡La estuve buscando por toda la ciudad!

Malcom apoyó el hombro en el marco de la puerta y sonrió con ironía.

—No tienes nada con Margaret. Puede hacer lo que le venga en gana.

—Sí, ríete. ¿A qué hora llegó a casa?

—Cuando yo estaba desayunando —dijo su hermano a punto de reírse.

—Me cago en la... —Furioso salió empujando las puertas de cristal con ganas de arrancarlas.

Se quedó mirando las puertas pensando en su reacción. Estaba realmente celoso y eso demostraba que le importaba Margaret. ¿Cómo se comportaría Malcom en un caso así?

—¿Nena? ¿Llamas a Phillip?

—Oh, sí. Enseguida —dijo levantando el teléfono.

Malcom frunció el ceño observándola antes de entrar en su despacho.

Se pasaron todo el día muy ocupados porque había mil cosas que hacer después de los días que habían faltado al trabajo. Comieron juntos en el despacho y a las cinco se acercó a él con el bolso en la mano. —Cielo, ¿vienes a casa?

Él levantó la vista del contrato que tenía en la mano y negó con la cabeza. —Me quedaré un par de horas más para ponerme al día.

Sonrió divertida. —Tú nunca te pones al día.

—Eso es cierto. —Apoyó la espalda en el respaldo de su sillón mirándola de arriba abajo. —Ven a darme un adelanto de lo que haremos esta noche.

Sonrió acercándose y le dio un rápido beso en los labios. Él levantó una ceja. —¿Solo eso?

Le abrazó por los hombros sentándose sobre él y susurró —¿Sabes que hace tiempo que tengo una fantasía?

Malcom sonrió acariciándole el trasero. —¿No me digas? Cuéntame, a ver si puedo cumplirla.

—Me pones de cara contra el escritorio... —A Malcom se le cortó el aliento. —Y me arrancas las bragas...

—Joder, nena...

—Entras en mí de un solo golpe y grito de placer. —Besó su cuello. —
¿Crees que podrás cumplirla?

—¿Qué tal si cierras la puerta? —Se echó a reír levantándose y él
gimió. —No me hagas esto.

—He quedado con tu madre en casa para la lista de invitados.

—Mañana...

—Puede.

Malcom sonrió viéndola ir hacia la puerta. —Nena... —Se volvió
para mirarle maliciosa. —Yo también tengo una fantasía. Puede que algún día
te la cuente.

—Lo estoy deseando.

Se puso la correa del bolso al hombro y fue hasta el ascensor
encontrándose con Ruth que también salía. —Al parecer hay noticias
explosivas por aquí y alguien se ha mantenido muy callada.

—¡Tú sí que te has mantenido callada! —dijo molesta—. Vaya
bromita. ¿Fue idea tuya?

Soltó una risita. —Vamos, no te lo tomes así. Ya se cabreó bastante el
jefe. Casi nos echa.

—Y no me extraña.

—¿Quién iba a pensar que llegarías tan lejos? En cuanto saliste del
despacho se lo dijimos a Jeffrey que se echó a reír a carcajadas, pero
decidimos callarnos un poco más a ver qué hacías. Se acojonaron un poco
cuando llegó Malcom y llamó a la policía, así que dijeron lo que había
ocurrido para seguirte la corriente. En cuanto te fuiste se lo contaron todo y
estaba furioso. Nunca le había visto así. El jefe tuvo que decirle al detective
que había recibido un anónimo diciendo que todo había sido una broma y que
había encontrado el dinero para no perjudicarnos. ¿Sabías que simular un
delito, es delito?

—¡Sí!

—Vaya, pues yo no. ¿Vamos a tomar un café y me perdonas?

—No puedo. He quedado con mi suegra —dijo molesta.

—Vamos, no seas así. Veinte minutos como mucho. —La miró
arrepentida. —Por favor.

Salieron del ascensor y ella miró sus ojos verdes sabiendo que si
quería que todo fuera bien a partir de ahora, debía hacer la vista gorda. Sonrió

asintiendo. —Pero veinte minutos. No quiero llegar muy tarde.

—Perfecto. Vamos al café de la esquina. Tienen un capuchino que es para morirse.

—No puedo tomar café, pero me tomaré otra cosa.

Gimió llevándose una mano a la sien porque le dolía muchísimo la cabeza. Abrió los ojos para ver que estaba a oscuras y que olía muy mal. Como a podredumbre. Se asustó intentando levantarse y se dio cuenta de que estaba sobre una plancha de acero. Palpó a su alrededor y al tocar algo viscoso chilló de miedo arrastrándose hacia atrás para tocar más de esos restos repartidos por el suelo. Muerta de miedo lo tocó lentamente y cerró los ojos asqueada al darse cuenta de que eran restos de pescado. Retuvo las náuseas respirando hondo y al tocar la pared notó su ondulación. Se levantó lentamente y caminó siguiendo la pared hasta que después de tres pasos llegó a una esquina. Dos pasos más y otra esquina. Cinco pasos y otra esquina. Se le cortó el aliento al tocar lo que parecía el cierre de una puerta y al palpar la palanca supo dónde estaba. ¡Era un contenedor como los del puerto!

—¡Socorro! —gritó golpeando la puerta y tirando de la palanca que no se movía—. ¡Socorro! ¿Hay alguien ahí? —gritó tan alto como pudo, pero en el exterior no se oía nada y angustiada se echó a llorar. ¿Qué estaba pasando?

Empezó a hiperventilar. —Recuerda Cindy —dijo antes de respirar hondo sintiendo que su corazón se le salía del pecho—. No te desmayes. Piensa.

Entonces recordó que había ido a la cafetería con Ruth. Que había recibido una llamada de Margaret diciendo que iba a ir a estudiar a la biblioteca y que había charlado con Ruth sobre lo que había ocurrido. Frunció el ceño porque no recordaba más y juró por lo bajo por ser tan idiota. Había caído en la trampa totalmente. ¿Qué mejor manera de ocultar un crimen que simular ese crimen antes y que la policía creyera que era una broma? ¡La segunda vez no les tomarían en cuenta! Volvió a golpear la puerta con fuerza y entonces se dio cuenta de algo. Se tocó las manos y gritó de rabia porque se habían quedado con su anillo de compromiso. Una lágrima corrió por su mejilla. Aunque Malcom le regalara otro no sería lo mismo.

—¡Deja de pensar tonterías, Cindy! ¡Te han secuestrado!

Una risa al otro lado la tensó y agudizó el oído lo que podía. —Se ha

despertado, Rodrigo. Abre a nuestra invitada.

Asustada dio un paso atrás cuando la puerta se abrió lentamente mostrando una débil bombilla en el techo. —Te aconsejo que no grites —dijo Ruth sentada en una silla ante una mesa con un portátil encendido delante.

—¿Qué estás haciendo?

—Eres muy lista, creo que ya has llegado a tus propias conclusiones. —Miró su reloj. —Has desaparecido hace unas siete horas. La policía oficialmente no puede empezar a investigar hasta que hayan pasado mínimo veinticuatro horas y teniendo en cuenta lo que pasó hace unos días, dudo que tu prometido dé la voz de alarma antes de que se cumpla el plazo y si lo hace no le harán ni caso. —Una sombra la asustó y se giró para ver a un hombre moreno que la observaba muy serio. Su expresión le puso los pelos de punta porque se notaba que era una persona que no se detenía ante nada. Ruth se echó a reír. —Él es Rodrigo. Ya le conoces.

—El de la llamada.

—Exacto. Y lo hizo muy bien. Cuando te pusiste tonta con lo de la pregunta para asegurarte de que era Malcom se asustó, pero el WhatsApp funciona muy bien para estos casos y todos en la oficina sabíamos cómo te llamaba el jefe. Aunque ahora ya no te debe llamar así, ¿verdad? ¿Qué apelativo usa? ¿Preciosa? Los auriculares que usas son muy útiles para escuchar todo lo que decís.

—Hija de puta.

—Transfiere veinte millones a este número de cuenta. —Movió un papel sobre la superficie de la mesa.

—No pienso hacerlo.

—¿Ah, no? —Le hizo un gesto a Rodrigo que le pegó una patada en la espalda tirándola al suelo. —¿Seguro? Ni siquiera es tu dinero. ¿Quieres morir?

—Me vas a matar igual —susurró asustada.

—¿Qué va! Porque en diez horas nosotros estaremos destino a Brasil y aunque me delates, me dará igual. —Se echó a reír levantándose. —Venga, haz la transferencia y déjate de tonterías. Para Malcom veinte millones no son nada.

Se arrodilló en el suelo de cemento y siseó —No.

Ruth la cogió por el cabello levantando su cara. —Te juro que cada vez que me digas que no, vas a recibir un buen golpe. No me provoques. Haz

la transferencia.

—No —dijo mirándola con odio.

—Te lo advertí. Me caes bien, pero no tanto como para perder veinte millones o ir a la cárcel por ti. Si tengo que matarte, lo haré. Rodrigo...

Le dio una patada en el estómago que la volvió y gimió intentando recuperar el aliento por el dolor que la traspasó. El tipo la cogió por el cuello y tiró de ella levantándola hasta sentarla en la silla ante el ordenador. —Haz la transferencia, pendeja.

—Rodrigo... —Angustiada miró la pantalla viendo que ya estaban en la página de acceso al banco. —Solo necesito la clave de acceso.

—¿Por qué veinte? ¿Por qué no cincuenta?

—Porque en este momento solo hay veinte en líquido pues se acaban de pagar las nóminas, estúpida. Haz la transferencia.

—¿Sabes? Tu pequeña broma me ha enseñado una cosa. A no hacer transferencias.

Rodrigo la golpeó en el pómulo tirándola de la silla y Ruth se echó a reír. —Claro que la harás. Cariño, demuéstrole que lo hará. Cuando ya no soporte el dolor, introducirá la clave. No le golpees la cabeza. Que no pierda el sentido. La necesito despejada.

—Tranquila. —Vio sus botas a su lado y cerró los ojos cuando llevó sus manos a su cinturón. Gritó de dolor cuando la golpeó en la espalda una y otra vez hasta que se quedó sin voz y solo podía emitir sollozos. Sabía que no saldría viva de esa y las caras de Margaret y de Malcom acudieron una y otra vez a su memoria. La volvieron a sentar en la silla y ella no se movió para acercarse al teclado. Ruth rabiosa la abofeteó varias veces y como no consiguió nada le dijo a Rodrigo —Rómpele el brazo izquierdo. Es diestra.

Cindy chilló del horror cuando colocó su brazo sobre la mesa y se lo golpeó con el puño varias veces con saña hasta que sintieron el crujido. Dios, la iban a destrozarse. Una lágrima cayó por su mejilla mirando la pantalla del ordenador antes de que la tortura continuara.

Capítulo 9

Malcom entró en el hospital seguido de Margaret y Grace. Los policías se acercaron a él. —¿Está aquí? Quiero verla.

—No pueden verla en este momento. Está crítica. La están atendiendo —dijo el detective Harris mirándole muy serio—. Está muy mal. —Margaret se echó a llorar mientras Malcom palidecía. —La hemos encontrado en el río Hudson y pensaban que era un cadáver. Fue un milagro que el forense llegara tan rápido y se diera cuenta de que estaba viva. Ha sido torturada, señor Halifax. Brutalmente torturada.

Malcom pálido se llevó las manos a la cabeza y se volvió sin poder creérselo.

—¿Pero se repondrá? —escuchó preguntar a Margaret entre lágrimas—. Es muy fuerte.

—Enseguida saldrá un médico para hablarnos de su estado.

—¿Se sabe algo de quién ha hecho esto? —preguntó Grace con los ojos cuajados en lágrimas—. ¿Ha podido decir algo?

El detective negó con la cabeza mirando a Malcom que parecía torturado. —Si lo hubiera denunciado antes...

Margaret gritó tirándose sobre Malcom golpeándole con rabia. — ¡Maldito cerdo! ¡Creías que era todo mentira! ¡Nunca la has querido! ¡Creías que lo había hecho a propósito para que supieras lo que Cindy había sentido! ¡Te dije que ella no era así! —gritó desgarrada mientras el detective Harris la cogía por la cintura apartándola mientras que Malcom no se defendía—. ¡Ella te quería! ¡Confió en ti!

—Oh, Dios —susurró Grace llorando al ver su dolor. Se acercó a ella y la abrazó por los hombros pegándola a su pecho—. Tranquila. Se pondrá bien, ya verás.

—Ella le quería. Confiaba en él.

—Lo sé, pequeña. —Miró a su hijo sobre su cabeza que la observaba con los ojos llenos de un dolor desgarrador. Sin poder soportar su sufrimiento,

se alejó con Margaret hasta una de las sillas y la sentó.

El detective Harris se acercó a Malcom. —No es culpa de nadie. Ella ha tenido mala suerte.

—Tenía que haberlo denunciado cuando ocurrió. Les llamé por cinco millones, pero no les he llamado por la mujer que iba a compartir mi vida.

—Venga conmigo afuera. Hablemos del anterior secuestro.

—¿Cree que está relacionado? Era una broma.

—No, no era una broma. Hablemos.

Jeffrey llegó al hospital diez minutos después y vio a Malcom al lado de la puerta mientras que Margaret destrozada estaba sentada en una silla con su madre consolándola. —¿Qué ha ocurrido? —preguntó acercándose a su hermano que con la mirada perdida ni se movió—. ¿Malcom? —Le miró como si no le viera. —Joder Malcom, ¿qué ha pasado?

—La han torturado —dijo sin voz antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Jeff palideció dando un paso atrás. —¿Qué dices? ¿Por qué?

—La policía cree que era para que sacara dinero de las cuentas como la otra vez.

—Pero era una broma.

—¡Fue un cebo, Jeff! ¡Para comprobar que todo salía bien y que ella podía sacar el dinero! ¡Y para que no nos creyeran si volvía a ocurrir!

—Dios mío. Pero no falta el dinero, ¿verdad? Así que no les dio la clave. —Malcom volvió a mirar la puerta en silencio y Jeff vio su dolor. —La torturaron por eso, ¿verdad?

—La han tirado al río. Pensaron que estaba muerta.

Jeff cerró los ojos y se volvió hacia Margaret. Se acercó a ella y en cuanto le vio se levantó abrazándole. —Lo siento, cielo.

—Se va a poner bien. Es muy fuerte.

—Claro que sí —dijo emocionado sintiendo su dolor—. Ven, siéntate.

—No ha comido nada en todo el día preocupada por Cindy —dijo su madre angustiada.

La sentó en la silla y se acuclilló ante ella. —Cielo, tienes que comer algo.

Se apretó las manos nerviosa y saltó de la silla cuando la puerta se abrió mostrando un médico. —¿Está aquí por Cindy? —preguntó angustiada acercándose.

—¿Cindy...?

—Sí, es mi prima.

El doctor que debía tener la edad de su padre cuando murió la miró a los ojos muy serio. —Su estado es crítico. La acaban de subir a quirófano. —Margaret gimoteó pero siguió escuchando. —Tiene un brazo roto y una pierna rota por varios sitios. Le han dado una auténtica paliza. Todo su cuerpo está amoratado y afortunadamente lo que está mejor es la cabeza. Solo tiene varios golpes. Pero eso no es lo que nos preocupa. Le hemos realizado un escáner y tiene varias hemorragias internas. Hasta que no abramos no sabemos todo lo que nos vamos a encontrar, pero con sus heridas... —Margaret se echó a llorar.

—¿Nos está diciendo que no tiene posibilidades? —preguntó Malcom pálido como la nieve.

—Es un milagro que aún esté viva. Lo que demuestra que es muy fuerte. Les informaremos en unas horas si todo va bien.

—No se puede morir —susurró Margaret muerta de miedo—. Ella me ha cuidado siempre. ¡No va a dejarme sola!

—No, cielo —susurró Jeffrey abrazándola—. Se va a poner bien, ya verás.

Malcom vio la mirada del médico antes de irse y una lágrima cayó por su mejilla porque él no lo creía. —Hijo... —susurró su madre cogiéndole del brazo—. Ven, siéntate.

—La he perdido.

—No. Todavía está viva.

—Si sobrevive nunca me lo perdonará. No confié en ella.

—Te ama. Seguro que...

Miró a su madre a los ojos. —Déjalo, madre. Ambos sabemos que no querrá verme nunca más cuando se entere de que no hice nada mientras a ella la molían a palos casi hasta matarla.

—Puede que...

Malcom fue hasta las sillas y se sentó alejado de los demás como si quisiera pasar por eso solo porque se lo merecía. Grace rezó con todas sus

fuerzas pidiendo que Cindy saliera adelante porque si no su hijo jamás lo superaría.

Cerró los ojos porque los dolores eran horribles, pero escuchó como se abría la puerta. Miró hacia allí para ver a Mildred, su enfermera, con una bolsa en la mano. —Por favor, dime que es un analgésico.

La enfermera soltó una risita. —¿Necesitas otro chute?

—No sé qué me han puesto en la pierna, pero es horrible.

—Clavos. Eso te han puesto para arreglar ese desastre. ¿Te duele la cicatriz del vientre?

—Comparado con la pierna, es un juego de niños. —Cerró los ojos agotada.

Mildred hizo una mueca. —Ahora te pongo algo.

—Gracias.

Movió los dedos del brazo escayolado sintiéndolos hinchados, pero no podía mirar hacia abajo. Así que simplemente abrió y cerró la mano varias veces mirando el techo y el enganche de donde tenía colgada la pierna. La puerta se abrió de nuevo y su prima entró sonriendo con un osito en las manos. —Hola...

Correspondió a su sonrisa. —Hola, cielo. ¿Cómo estás?

—¿Y me lo preguntas tú que estás hecha un cromo?

Soltó una risita. —No me hagas reír, por favor.

—Uy, lo siento. —Se miraron a los ojos. —Me ha preguntado por ti.

Sonrió con pena. —¿Cómo está?

—Hecho polvo. —Su prima se emocionó. —Como todos. Casi no puedo creer que en una semana estés tan bien.

—Si te alivia, te aseguro que no estoy tan bien como aparento. —Margaret rió limpiándose las lágrimas. —¿Me lo vas a contar ahora?

—¿Ahora?

—Quiero saber por qué mi prometido no ha venido a verme. ¿No crees que es lógico?

—Sí que ha venido a verte. Pero estabas inconsciente y entubada. Ha sido un shock. —Apartó la mirada.

—Margaret...

—Se echa la culpa.

La miró sorprendida. —¿Por qué?

—Porque...

Mildred entró en ese momento y le inyectó algo en la bolsa del gotero.
—Esto te hará sentir mejor.

Asintió y Mildred sonrió a Margaret antes de salir de la habitación.

—Mejor espero un poco a que eso te haga efecto.

—Creo que nada va a aliviar lo que me digas, así que cuanto antes me lo digas, mejor.

—No avisó a la policía cuando desapareciste.

La miró sorprendida sintiendo que su corazón se retorció de dolor. —
¿Por qué? ¿Por la broma?

—Creyó que...

—¡Dios, dilo de una vez!

—Creyó que habías simulado tu desaparición para que él sintiera lo que sentiste tú cuando el falso secuestro. Como lo habíais hablado esa mañana...

La miró sin poder creérselo. —¿No hizo nada?

Margaret negó con la cabeza. —Yo quise llamar a tus conocidos, pero no tenía sus números. Le pedí que llamara a tus amigas de la oficina y...

—No hizo nada.

—Dijo que aparecerías en cualquier momento preguntándole cómo se había sentido. Creía que le estabas dando una lección.

Sin poder creérselo miró el techo y reprimió las lágrimas. —No me quiere. Si me hubiera querido, hubiera llamado a la policía de inmediato.

—Lo siento —susurró su prima angustiada—. Yo...

—No pasa nada. —Sorbió por la nariz. —Da igual. Fue un espejismo durante unos días. Había que ser estúpida para creer que el hombre que me ha ignorado durante tres años, de repente me amaba con locura. —Rió sin ganas. —Es increíble lo estúpida que soy, lo más cerca que estuvo de decir que me quería fue esta frase: “Creo que te quiero, preciosa.”—Las lágrimas fluyeron sin poder evitarlo. —¿No soy estúpida? Yo enamorada de un espejismo.

—No eres estúpida. Le quieres.

La miró fijamente. —No. Nunca más vuelvas a decir eso. Como si me muero en el intento, pero voy a desterrar a Malcom de mi vida de una vez por

todas. No vuelvas a hablarme de él. Jamás.

Margaret asintió viendo el dolor en los ojos de su prima que hasta ese momento pensaba que Malcom no había ido a visitarla porque no soportaba verla así.

Un año después

—Estás preciosa —dijo mirando a su prima con el impresionante vestido de novia en corte princesa con escote en forma de corazón que había elegido. Se parecía mucho al que ella hubiera elegido para casarse con Malcom y esa terrible coincidencia le retorció el alma, sintiéndose culpable por no alegrarse por ella.

—¿De veras te gusta?

—Me encanta y te queda como un guante.

Margaret soltó una risita ilusionada y se levantó el cabello que ahora tenía más largo, para simular el recogido. —¿Quedará bien así?

—Sí, así queda perfecto. —Se levantó porque le dolía la cadera y dio una vuelta a su alrededor disimulando su cojera porque estaba agotada después de todo el día siguiendo a Margaret. —Jeffrey se va a quedar sin palabras.

—Eso espero —dijo ilusionada—. Dios, solo queda una semana. ¿Te lo puedes creer?

Y realmente temía ese día, pero sonrió. —Todo llega.

Su prima perdió la sonrisa poco a poco. —¿Estás bien?

—Claro que sí.

—Lo siento, soy una insensible con todo lo que has pasado.

—Shusss... —La cogió por las mejillas. —Es tu día. El día más feliz de tu vida y yo soy muy feliz por ti. Que nada te quite este momento, ¿me lo prometes?

Margaret asintió. —Pero solo si tú me prometes que estarás bien.

—Claro que estaré bien. Me lo voy a pasar estupendamente. Incluso puede que baile. —Le guiñó un ojo haciendo que sonriera.

—Sobre... —La miró a los ojos levantando una ceja. —No podrás evitarle. Estará allí.

—Por supuesto que estará. Es el hermano del novio. —Sonrió divertida. —Al final le cazaste.

—Lo sentí, ¿sabes?

—¿El qué, cielo?

—Cuando le conocí sentí que era el hombre de mi vida. Aunque no lo demostré porque estaba enfadada, pero me miró de una manera que me dio un vuelco el corazón y lo supe.

—¿Ves? Algo bueno va a salir de todo esto.

—Sí. —En ese momento le sonó el teléfono a Cindy y fue hasta el bolso a cogerlo. —¡No lo cojas! ¡Hoy eres mía!

—Lo sé. Seguro que será la llamada por las flores. —Divertida descolgó. —¿Diga?

—Hola, nena.

Perdió la sonrisa de golpe y se quedó en silencio sin poder creérselo. Una llamada un año después. Pero la boda era en unos días y estarían obligados de por vida a mantener una mínima relación. —¿Qué quieres?

—¿Cómo estás?

Después de haber esperado esa pregunta tanto tiempo, se sintió desgarrada y colgó el teléfono antes de decir algo irreparable. Miró a su prima disimulando que su corazón se había alterado simplemente por su voz. Tomó aire sonriendo. —¿Te cambias o te lo llevas puesto?

—¿Eran las flores?

—No. Se habían equivocado. ¿Qué tenemos ahora?

Después de quedar durante dos horas con la organizadora de la boda, que estaba más histérica que ellas porque no les habían confirmado que las violetas llegarían a tiempo, llegó a su minúsculo apartamento del Village y lo primero que hizo fue quitarse los zapatos. Ya no soportaba los zapatos de tacón y tenía que llevarlos bajos. No sabía cómo iba a soportar la boda porque por no disgustar a Margaret y ser distinta a las demás había dicho que podía llevarlos unas horas. Se sentó en el sofá y se quedó mirando la televisión apagada sintiéndose muy sola. Margaret había vivido con ella seis meses, pero Cindy se dio cuenta de que quería estar con Jeffrey y le dijo que se fuera a vivir con él porque allí estaban muy apretadas. Al principio se había negado,

pero como ya era independiente económicamente porque había empezado a trabajar en Halifax, ella no quería retenerla. Tenía que vivir su vida.

Lo malo es que la vida de Cindy estaba destrozada y ni sabía por dónde empezar a recomponerla. El traumatólogo todavía no le había dado el alta y el psiquiatra se negaba a que empezara a buscar trabajo de nuevo. Afortunadamente su seguro cubría sus gastos hasta que eso sucediera y como le pagaban bien, podía permitirse ese apartamento. Pero las horas de soledad eran eternas y los días cada vez se le hacían más largos, porque de la noche a la mañana se había encontrado sola en una situación muy dolorosa. Margaret pasaba con ella todo el tiempo que podía, pero ya se veía como una carga. Intentaba entretenerse y había empezado a ir todos los días a clases de arte, pero todos los alumnos eran mucho más jóvenes que ella y nunca la invitaban a ir a tomar algo porque suponían que tenía su vida. Su médico le había dicho que saliera de casa todo lo que pudiera para evitar los pensamientos negativos y se pasaba horas paseando por el parque para fortalecer la pierna. La semana pasada había sido su cumpleaños y con veintiocho años ya se sentía una anciana.

Suspiró porque tenía que hacerse la cena y sin ganas se tumbó en el sofá mirando la foto de su familia que estaba sobre la mesa de centro. Lo que no sabía era como iba a superar los próximos días porque al día siguiente era el ensayo de la ceremonia en la iglesia e iba a ver a Malcom que era el padrino. Se mordió el labio inferior pensando en la llamada y preguntándose qué querría. Seguramente hablar de la boda y que debían comportarse, pero ella no pensaba hacer otra cosa. Quería demasiado a Margaret como para fastidiarle el día más importante de su vida.

Sonó el timbre de la puerta y suspiró porque seguramente era el repartidor de pizza que se había equivocado de nuevo de piso. Su vecina siempre le daba erróneo el número de la puerta. Caminó descalza hacia allí y abrió con desgana. —No es... —Se quedó de piedra al ver a Malcom ante ella vestido con un pantalón de vestir negro y un jersey de cuello vuelto del mismo color. Su corazón gritó de dolor al ver sus ojos negros, pero no movió un gesto.

—Hola Cindy —dijo suavemente haciéndola temblar de necesidad.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? Quería hablarte de la boda.

Lo que se temía. Se apartó en silencio mirando el suelo porque odiaba

sentir algo por él y cuando pasó ante ella el olor de su after shave le hizo recordar mil cosas. Se odió a sí misma por ser tan débil después de todo lo que había pasado. Cerró la puerta y él se volvió. —Siéntate si quieres.

—No quiero molestarte.

Qué amable. ¿Entonces por qué estaba allí? Levantó la barbilla mirándole como si ya lo estuviera haciendo. Él apretó los labios y para su sorpresa se sentó apoyando los codos sobre las rodillas. —Venía porque durante estos días va a haber muchos momentos en los que nos veamos y todos están muy preocupados por tu reacción al encontrarnos.

—Así que me estás tanteando —dijo molesta—. No tenías por qué molestarte. Yo tengo educación.

Malcom se tensó por lo que era una pulla directa. —Ese tipo de comentarios son los que pueden enturbiar su alegría y...

—No tienes que preocuparte. No pienso dirigirte la palabra. ¿Ya estás contento? —Abrió la puerta para que se fuera, pero él no se movió. —Nada, que no te vas. —Cerró de golpe y se cruzó de brazos.

Él la miró fijamente de arriba abajo. —Nunca he querido hacerte daño, Cindy. Me equivoqué.

—Y ahora quieres sacar la mierda. ¿Qué es esto? ¿Una terapia? —preguntó con burla.

—Cindy, tu prima y mi hermano se casan el sábado y nos veremos muy a menudo.

—No creas.

—Cumpleaños, Navidades...

—No, Navidades no. —Sonrió sin ganas. —Era lo que me faltaba.

—¿Y vas a poner a Margaret en un compromiso en esas fechas?

—¡Ahora no quieras que me sienta culpable! ¡No soporto ni mirarte! ¡Asumiré que en ciertos momentos tenga que soportar tu presencia, pero mi prima me comprende perfectamente! ¡Y Jeffrey también! Así que no vengas a mi casa a intentar sentirte mejor cuando todo lo que está ocurriendo es culpa tuya.

Malcom vio como abría la puerta de nuevo. —Sé de sobra que todo lo que ha ocurrido es culpa mía, nena. —Se levantó del sofá y a ella se le cortó el aliento porque durante un segundo le pareció ver dolor en sus ojos. —Solo quería intentar suavizar las cosas y que nuestro primer encuentro no fuera tan

incómodo. Y creo que tenía razón. —Se acercó a la salida y se detuvo ante ella mirándola a la cara. —Me alegra muchísimo ver que estás mucho mejor. No sabes cuánto.

Ella apartó la mirada y Malcom susurró —Daría todo lo que tengo por poder cambiar ese día. Por haber hecho las cosas de mil maneras distintas. Por no haberlas despedido y no haberte puesto seguridad. Por tomármelo a la ligera y creer que eras tan egoísta como para hacerme sentir lo que tú habías sentido. Siento todo eso y miles de cosas más como haber desperdiciado esos tres años en que pudimos estar juntos. Pero lo que jamás sentiré es haber compartido esos días contigo, preciosa. Fueron los mejores días de mi vida y me hiciste muy feliz, aunque yo no fui capaz de corresponderte. Si pudiera te ahorraría tener que verme más, pero Jeffrey es mi hermano y no puedo faltar a su boda. Intentaré que en el futuro coincidamos lo menos posible.

Salió del apartamento y Cindy reteniendo las lágrimas cerró la puerta lentamente. Se apoyó en ella cerrando los ojos con fuerza y angustiada sollozó sintiendo su presencia. Sus palabras diciendo que los días que había compartido con ella habían sido los más felices de su vida la torturaron porque ella había sentido lo mismo. Estaba claro que se sentía culpable por lo que le había ocurrido, pero si la quería debería haber estado a su lado. Si la quería tenía que haber llamado a la policía. Si la quería... Se echó a llorar desgarrada por torturarse de esa manera.

Capítulo 10

—¿Y cómo te sentiste?

Desde su diván miró a su doctora. La había enviado allí su aseguradora y le había agradado que fuera una mujer de la edad de su madre. Pero a veces era muy pesada. —Volvemos a lo mismo. ¡Estoy harta de hablar siempre de lo mismo!

—¿Crees que ya estás preparada para que te dé el alta?

—¡Y yo que sé! ¡La psiquiatra eres tú, Nancy!

Su terapeuta reprimió la risa. —Estás furiosa.

—¡Sí, estoy furiosa porque estoy harta!

—¿De qué estás harta?

—Uff, ya empezamos de nuevo. Esas preguntitas...

—Si las contestaras no tendría que hacerlas tantas veces.

—¡Eres muy cansina!

Nancy se quedó en silencio y Cindy la fulminó con la mirada. — ¡Repíteme la pregunta! ¡Se me ha olvidado!

—¿Qué sentiste?

—¿Qué voy a sentir? ¡Me sentí mal!

—¿Por ti?

—Hombre, estaría bueno que me sintiera mal por él cuando se lavó las manos.

—Como Poncio Pilatos.

—Más o menos.

—¿Te traicionó?

Miró sus ojos castaños. —¡Claro que sí! ¡Qué pregunta más tonta! Si me hubiera querido...

—Ya estamos otra vez. —La miró asombrada y Nancy sonrió. —¿Tú no has tomado nunca una mala decisión?

—¡Sí, líame con él!

—¿Alguna otra mala decisión en tu vida?

—¡Ir a trabajar para él!

—¿Alguna mala decisión que no haya tenido que ver con él?

Miró el techo y se emocionó. —Tenía que haber vuelto a ayudarles.

—Hablas de tus padres.

—Sí —susurró—. Tenía que haber ido a ayudarles. Vi cómo se hundía la caravana. Sabía que estaban sin sentido. Tenía que haber vuelto.

—¿Y por qué te quedaste?

—Estaba agotada de cargar con Margaret hasta la orilla.

—Creías que no lo conseguirías.

—Tenía que haber sacado fuerzas, tenía que...

—No podías haber hecho más. Salvaste a tu prima. Te flagelas sin razón. Pero la culpa sigue ahí, ¿no es cierto?

—Sí. —Una lágrima cayó por su sien y se la limpió furiosa.

—Es lo que tiene la culpa, que a veces nos nubla el juicio.

La miró de reojo. —¿Qué quieres decir?

—¿Te has preguntado cómo se ha tenido que sentir Malcom cuando te pasó esto?

—Se sintió culpable. Eso ya lo sé.

—¿Y te parece bien que él se sienta culpable? Él no te secuestró. Él no te pegó hasta dejarte medio muerta. Él no fue responsable de lo que hicieron otras personas. ¿Por qué le tienes más rencor a él por una equivocación cuando esa misma mañana hablasteis de la broma? Le dijiste que no te entendía. Es lógico que si desaparecías, Malcom pensara que lo habías hecho a propósito cuando a tu alrededor ninguno de los dos considerabais que hubiera ningún peligro. ¿Por qué él es el responsable de tu dolor?

Atónita se sentó en el diván. —¡Me dejó sola! —gritó desgarrada—. ¡Ni siquiera me acompañó en el hospital! No cogió mi mano. No estuvo en todas esas horas de dolorosa rehabilitación. ¡No me quería!

—No te amaba como tú deseabas, Cindy. Pero es que cada persona ama a su manera.

—No te entiendo.

—Hemos hablado muchas horas de Malcom y me has dicho muchas veces que le costaba demostrar sus sentimientos. Su hermano y su madre son

iguales. No son dados a demostrar lo que sienten y para muchos pueden ser malhumorados y tener mala leche. Pero eso no significa que no tengan sentimientos, Cindy. No significa que no se preocupen o no les duela lo mismo que a ti. Y para alguien tan exigente consigo mismo... alguien tan controlado, dar el paso de estar contigo tuvo que ser muy difícil para él. Sobre todo porque le exigías que te demostrara una parte de su personalidad que no solía exponer. Y cuando ocurrió el secuestro, sintió que te había fallado de nuevo. Se apartó para no hacerte más daño, no porque no te quisiera. Apartándose de ti, te demostró que te quería más que a nada, porque se privó de tu compañía creyendo que era lo mejor para ti.

Sin darse cuenta de que lloraba se tumbó de nuevo mirando el techo y Nancy suspiró. —¿No estás harta de sufrir? Desde que has llegado a mi consulta he visto como sufrías más por no estar con Malcom que por lo que te había ocurrido.

—Le echo de menos —susurró sin saber qué hacer.

—Y él a ti. Ahora solo tienes que aprender a confiar en él, porque no lo has hecho nunca. —La miró sorprendida. —Desde que le conoces has desconfiado de lo que sentía por ti. Al principio pensabas que te ignoraba y cuando mostró interés en ti nunca te creíste del todo que ese hombre pudiera amarte, así que cuando te falló fue el motivo que necesitabas para echarle la culpa de todo. Malcom ha demostrado que te quería a su manera y tú no te dabas cuenta porque no cumplía tus expectativas.

Las palabras “Nunca hago nada bien” volvieron a su memoria y se sentó mirándola fijamente. —¿Y si no puedo confiar en él? ¿Y si vuelve a hacerme daño de nuevo?

—No puedes vivir pensando en el daño que alguien que amas pueda hacerte, Cindy. Porque los que amamos son los que más nos hacen sufrir. Sufrimos por sus desplantes, por sus enfermedades, por sus preocupaciones y es así precisamente porque nos importan. Tienes que pensar que los buenos momentos compensan los malos.

Asintió mirando el suelo. —No sé si seré capaz.

—¿Por qué no te relajas un poco? Tienes la boda de tu prima. Te receto diversión toda la semana. Quiero que te emborraches en su despedida de soltera. Quiero que bailes en su boda, pero ahí no te emborraches que queda muy cutre. Quiero que disfrutes de cada momento como si fueras tú la que te vas a casar. —Cindy la miró incrédula. —Al menos inténtalo.

—Está bien.

Nancy miró su reloj de pulsera y jadeó. —¿No tenías el ensayo de la ceremonia? ¡Son las cuatro!

—¡Mierda! —Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. —El bolso. —Regresó cogiéndolo del suelo al lado del diván. —Es que te enrollas...

Nancy sonrió viéndola salir corriendo de nuevo. —¡Pásalo bien!

—¡Te traeré un pedazo de tarta!

—¡No, que eso engorda!

Cindy metió la cabeza sorprendiéndola. —¿Me dejo llevar?

—Sí, déjate llevar. Disfruta de estos días y no pienses en nada mas allá del lunes. Es una orden.

—Vale, a ver si puedo.

—Vete de una vez. Llegas tarde y esto no puedes evitarlo.

Se sonrojó gruñendo antes de salir de nuevo haciéndola reír.

Cuando llegó a la acera estaba lloviendo. —Mierda, mierda. ¿A quién se le ocurre casarse en noviembre? —Por supuesto no encontró taxi y tuvo que correr de nuevo hacia el metro. Mierda de cadera. Empapada llegó a las escaleras de la iglesia y las subió lo más rápido que pudo. Empujó las puertas de madera y corrió por el pasillo. Todos se volvieron y gruñó por dentro al ver a Malcom al lado del sacerdote. Caminó rápido por el pasillo agachando la mirada de la vergüenza y le guiñó un ojo a Grace que sonrió ampliamente al verla. —Perdón. Llego tarde. No encontraba taxi.

Margaret la besó antes de mirar al sacerdote. —Padre Stevens, ella es mi prima Cindy. La dama de honor principal.

—Oh, te veo muy bien —dijo el anciano cogiéndola de las manos y dejándola con la boca abierta—. Yo iba a casarte hace un año, niña. Sentí muchísimo lo que te ocurrió y recé mucho por ti.

Todos se tensaron y ella perdió parte del color de la cara mirando a Malcom de reojo, que muy tenso esperó su respuesta. Sonrió al sacerdote dándose cuenta de que iba a tener que responder a muchas preguntas en esa boda. —Me encuentro mucho mejor, gracias.

—¿Continuamos? —preguntó Malcom molesto.

—Oh, sí padre. Vamos justos de tiempo —dijo la organizadora con los cascos puestos.

Margaret hizo una mueca y le susurró —¿Estás bien?

—Claro.

—Pues parece que te ha pasado un tren por encima. Tienes el rímel corrido.

Jadeó llevándose las manos a la cara. —¿Por qué no me has avisado antes? —Abrió su bolso mientras todos se colocaban en sus sitios y sacó el espejito. Juró por lo bajo y buscó un pañuelo de papel cuando apareció ante su cara un immaculado pañuelo blanco. Lo cogió sin mirar quien se lo daba, dejándose guiar por el pasillo por una mano a la espalda hasta colocarla tras las damas de honor. Miró hacia atrás para ver a Margaret del brazo de un hombre que no conocía. Sorprendida miró a su lado y se sobresaltó al ver a Malcom. —¿Qué haces aquí?

—Soy tu acompañante —dijo disimulando una sonrisa.

—¿No eres su padrino?

—Lo es el hermano de mi padre.

—Ah...

Se empezó a escuchar la marcha nupcial y gruñó al ver que todas las damas de honor pasaban el brazo bajo el de su acompañante. Le miró de reajo y él hizo un gesto. Bufó cogiendo su brazo colgándose el bolso del otro.

Él cogió su bolso y se lo tendió a la organizadora que lo sujetó de inmediato antes de decir —Preparados... listos... Ahora.

Los primeros empezaron a caminar mientras los demás esperaban a que llegaran al altar. Miró de reajo a Malcom incómoda y éste hizo lo mismo. Miró al frente de golpe sonrojándose. La culpa era de la psiquiatra. Ella tenía las ideas muy claras hasta unos minutos antes. Le miró de reajo de nuevo observando su serio perfil. Chasqueó la lengua y todos se giraron hacia ella porque sonó muchísimo. Se puso como un tomate y Malcom reprimió una sonrisa. Le fulminó con la mirada y él levantó una ceja. Era un provocador. La pareja que tenía delante empezó a caminar al compás de la música hacia el altar. Tomó aire varias veces y él llevó su otra mano hasta la que tenía en su brazo acariciándola. Ese gesto le removió el alma porque quería calmarla. Le miró de nuevo, pero él estaba atento a la organizadora que les hizo un gesto. Ella sin ser consciente empezó con el pie izquierdo y la organizadora negó — ¡No! Con el pie derecho, Cindy. Otra vez.

Se puso como un tomate y Malcom siseó —¿La próxima vez puedes decirlo con educación, bonita?

La organizadora se sonrojó y Cindy apretó su brazo. —Ahora lo haré bien.

—¿Lista? —preguntó aquella borde que se debía creer la leche. —Derecho, izquierdo.

Malcom gruñó empezando a caminar y sin poder evitarlo Cindy soltó una risita por su cabreo. La miró sorprendido y cuando llegaron al altar se separaron, pero sintió su mirada mientras subía los escalones para colocarse la primera en la fila al lado de donde estarían los novios. Al volverse hacia el altar Malcom estaba justo en frente. La miraba fijamente y se le cortó el aliento porque durante ese instante sintió que solo le importaba ella. Cuando su prima llegó hasta ellos, encantada cogió la mano de Jeff que la miró con amor y Cindy emocionada vio cómo se volvían hacia el sacerdote que estaba de lo más satisfecho. —Vaya, no ha ido mal del todo. A veces tengo parejas que se pasan aquí tres horas para hacer el paseíto.

Las risas les rodearon y Cindy se sonrojó porque era la única que había fallado. Bah, tampoco era para tanto. Sin poder evitarlo miró a Malcom que entrecerró los ojos como si le estuviera dando vueltas a algo en su cabeza. Al ver en sus ojos negros el deseo, jadeó del asombro haciendo que todos la miraran de nuevo. —¿Si, querida? ¿Quieres añadir algo?

—¿Hemos terminado?

—Pues sí —dijo la organizadora.

—Uy, pues tengo que irme. Me encargo de la despedida de soltera de esta noche y... —Bajó los escalones tan atropelladamente que casi se cae y le arrebató el bolso a la organizadora. —Ya sabéis. Tengo que llamar al stripper. —El cura carraspeó. —Lo siento. Uy, sí. Aquí no se habla de estas cosas. —Casi se lleva por delante a la borde mientras las chicas se reían por lo bajo. —¡Chicas, esta noche a las seis! Listas para un buen pe... —Miró al cura y gimió. —¡Para pasarlo bien! —Margaret se tapó la boca para disimular la risa. —Bueno, adiós.

Gimió caminando por el pasillo. Dios, ¿se podía hacer más el ridículo? Vio a alguien a su lado y se sobresaltó al encontrarse a Malcom. —Puedes huir, pero lo he visto.

—¿Qué? —Aceleró el paso, pero él era mucho más alto y su zancada más grande. Como no corriera no le perdería de vista.

Abrió las puertas y salió al exterior, pero él la cogió por el brazo deteniéndola e hizo que le mirara. —Nena, dime que me has perdonado.

Agachó la mirada confusa con lo que sentía a su lado. —Tengo que irme.

—Por un momento he sentido que todo lo que ha ocurrido entre nosotros había quedado atrás. Dime si tengo una oportunidad.

No sabía qué decirle, así que se soltó bajando los escalones casi corriendo. Levantó el brazo para llamar a un taxi y casi como un milagro uno se detuvo ante ella. Entró a toda prisa y le dio su dirección al chófer. Al mirar hacia la iglesia, allí estaba Malcom mojándose con las manos metidas en los bolsillos del pantalón mirándola fijamente. Sintió que se le cortaba el aliento porque su mirada indicaba que no se detendría ante nada y por primera vez en meses se sintió viva de nuevo.

Levantó el chupito. —¡Por los hombres! —gritó con la voz gangosa de la borrachera que tenía.

—¡Por los hombres! —gritaron las demás antes de bebérselo, golpeando el vaso vacío contra la mesa antes de chillar haciendo que medio bar las miraran divertidos. Y eran todo un espectáculo porque todas iban vestidas de animadoras y llevaban unas diademas con unos penes de plástico enormes que decían: “No tocar”. Margaret, que llevaba el uniforme en rosa mientras todas iban de blanco y azul, echó un eructo haciéndolas reír de nuevo y dijo cogiendo otro chupito —Por mi prima. La mejor que se puede tener.

—¡Por mí! —Levantó los brazos y eso la desequilibró haciéndola caer de la banqueta. Entre risas la ayudaron a levantarse y se encaramó a la banqueta riendo. —Estoy bien. —Rió a carcajadas. —Me lo estoy pasando como nunca. ¡Camarero, otra ronda!

—Uff, yo no puedo más —dijo una de las mejores amigas de su prima de la universidad.

—Clare nunca ha sabido beber —dijo Margaret antes de hipar—. ¿Recuerdas la vez que te emborrachaste y te enrollaste con aquel que tenía cuatro dientes?

Todas se echaron a reír, pero su amiga no se ofendió levantando la barbilla. —Le faltaban dos y todo lo demás lo tenía perfecto.

—Uff, yo solo me he acostado con dos tíos en mi vida. —Todas miraron a Cindy como si fuera una extraterrestre. Todas menos su prima que sonrió. —Son pocos, ¿verdad? ¡Mierda, lo sabía!

—¿Solo con dos? Ya podían ser buenos...

—El primero ni fu ni fa, pero el segundo...

—Habla de Malcom —apostilló su prima.

—¿De veras? Parece un estirado —dijo otra de las chicas cogiendo otro chupito.

—Es capaz de hacer que vea las estrellas solo acariciándome la nuca.

Todas suspiraron. —Yo me he acostado con veinte al menos y ninguno ha hecho que me corra. —Se echaron a reír por la cara que puso Anne al decir eso. —Si encontrara uno como ese, no se me escapaba. Me colgaba de su cuello como un chimpancé. —Varias asintieron.

—Sí, cielo. Mi Duncan, cuando no estábamos casados, se esforzaba y se esforzaba. No lo hacía mal, ¿pero ahora? Me despacha dejándome a medias diciendo que al día siguiente tiene mucho trabajo.

—¿Me estás diciendo que Jeff va a dejar de esforzarse?

—Seguramente.

Margaret y Cindy se miraron antes de echarse a reír negando con la cabeza.

—¿Cómo estáis tan seguras? —preguntó Anne.

—Son Halifax —dijeron a la vez antes de echarse a reír de nuevo.

—¡Oh, mirad! —Anne señaló una máquina de juegos de baile. —
¿Quién se anima?

Diez minutos después medio bar estaba animando a Cindy que movía el esqueleto igual que la imagen que salía en la pantalla mientras su prima la miraba con los ojos como platos por el espectáculo que estaba dando. Como ganaba una partida tras otra, seguía jugando mientras varios hombres la invitaban a chupitos para animarla. Se abanicó con la mano y se levantó su larga melena pelirroja haciéndoles silbar mientras movía el trasero de un lado a otro. Se volvió para decirle algo a Margaret, pero lo olvidó de inmediato al ver a Malcom tras ella con los brazos en jarras mirándola como si quisiera matarla. Parpadeó sorprendida parándose en seco y la máquina hizo sonar la alarma porque se había detenido, haciendo que los que estaban a su alrededor protestaran. —Nena, baja de ahí.

Miró a un lado y al otro. —¿Dónde están las demás?

—¡Han salido huyendo en cuanto me han visto! —Se acercó a ella y la cogió por la cintura bajándola de la plataforma.

—No, no pueden haberse ido. Lo estamos pasando muy bien —dijo con esfuerzo porque le costaba hasta hablar. —Uff qué calor. Otro chupito.

—¡No, otro chupito no! —La sujetó por el brazo pasando entre la gente que la felicitaba.

—¡Ahora vuelvo!

—No vas a volver, preciosa.

Salieron al exterior y juró por lo bajo al darse cuenta de que no tenía abrigo. Se quitó el suyo poniéndoselo por los hombros. —¡Lo que faltaba es que te pusieras enferma! —le dijo molesto.

Sonrió como una tonta mientras cerraba su abrigo y le miró a los ojos. —¿Malcom?

—¿Si, nena? —Él acarició sus mejillas y la miró como si la adorara. —Dios, cómo te he echado de menos.

Ella se apartó apoyándose en una farola y vomitó con fuerza. Malcom sonrió antes de suspirar cogiéndola por la cintura y apartándole el cabello. Una patrulla se detuvo ante ellos. Bajaron la ventanilla mirando a Cindy y él dijo —No pasa nada. Se encuentra bien.

—¿La conoce? —El agente bajó del coche. —Apártese de ella.

—¿Por qué?

Medio mareada y con los ojos rojos del esfuerzo por vomitar, miró al agente y sonrió. —¿Tú también eres estríper?

—Está muy borracha. Aléjese de ella.

—¿Pero qué pasa? Es mi mujer.

—¿Y su mujer acostumbra a emborracharse vestida de animadora? Señorita. ¡Señorita! —Cindy le miró tambaleándose de un lado a otro. —¿Conoce a este hombre?

Se pasó la mano por la boca mirando a su alrededor. —¿A cuál? Hay muchos.

—Deje que me la lleve a casa. Está muy borracha. ¡Estaba de despedida por la boda de su prima!

—¿Margaret? —preguntó Cindy mirando a su alrededor.

—¿Ve?

—¿Está casada? ¿Este es su marido?

—¿Yo casada? No. —Se echó a reír poniéndole dos dedos delante separándolos ligeramente. —Pero a punto estuve una vez. Me faltó tan poco.

Cachis.

El policía miró a Malcom que se señaló a sí mismo antes de cruzarse de brazos. La miró de nuevo. —¿Cómo se llamaba su novio?

—Malcom —dijo con voz soñadora—. Pero eso fue antes de que me pasara esto. —Se levantó el jersey de animadora y los policías vieron la cicatriz que cruzaba su barriga. —Mierda de vida.

—Nena, cúbrete. Vas a coger frío —dijo Malcom preocupado—. Agentes, yo les explico... A mi novia la secuestraron el año pasado a un mes de la boda.

—Joder, ¿usted es Halifax? —preguntó uno de ellos sorprendido.

—¿Malcom? —Cindy miró a su alrededor y empezó a caminar por la acera. Se acercó a ella a toda prisa y la abrazó.

—Estoy aquí, nena. —De repente ella se echó a llorar sobre su pecho y Malcom la besó en la coronilla. —Estoy aquí.

Los policías asintieron y se llevaron la mano a la gorra en señal de despedida. —Llévesela a casa.

Asintió cogiéndola en brazos y llevándola hasta su coche. —Nena, puede que no te des cuenta, pero me necesitas.

Capítulo 11

Inquieta se giró gimiendo mientras el dolor la perseguía. Todo estaba oscuro y húmedo. Angustiada llamó a Malcom y a Margaret, pero estaba sola. Entonces sintió como su cuerpo caía al agua helada y abrió los ojos mientras se hundía e intentó gritar alargando la mano.

—¿Cindy! —Sobresaltada abrió los ojos y con la respiración agitada vio a Malcom sobre ella. La abrazó con fuerza y le susurró —Era una pesadilla. No pueden hacerte daño.

Le costó entenderle mientras su respiración se normalizaba y entonces se dio cuenta de que no estaba en su casa. Él la apartó lentamente al notar que se tensaba. —¿Estás mejor?

Miró a un lado y al otro. —¿Estoy en tu casa?

—Sí.

—¿Por qué? —Consciente de que estaba desnuda bajo las sábanas tiró de ellas hasta la barbilla.

—Porque no estabas en condiciones de ir a la tuya. Y no pensaba dejarte sola en ese estado.

Llamaron a la puerta y Malcom dijo —Todo está bien, madre. Cindy ha tenido una pesadilla.

—¿Pero está bien? —Cindy se puso como un tomate por lo que Grace estaría pensando porque hubiera dormido allí. —¿Llamo al doctor?

Él la miró a los ojos y negó con la cabeza. —Déjalo. Ahora está bien. Solo ha sido un sueño. —Se levantó de la cama mostrando que llevaba puesto un pantalón del pijama, lo que la hizo suspirar del alivio porque si se hubieran acostado estaría desnudo. Fue al baño y le llevó un vaso de agua. —¿Te pasa mucho?

—No. —Cogió el vaso y bebió sedienta. —Es porque no me he tomado la pastilla para dormir. Con ellas no sueño.

Malcom asintió poniendo el vaso sobre la mesilla de noche antes de sentarse a su lado. Incómoda levantó la sábana para ver que solo llevaba

puestas las braguitas de la falda de animadora. Bajó la sábana lentamente cubriéndose de nuevo porque había visto sus cicatrices y se sonrojó por lo que debía haber pensado. —Tengo que irme.

—¿Por qué?

—Esto no está bien.

—Pues a mí me parece que estás en el sitio adecuado. —Cogió un mechón de su cabello pensativo. —Te echo de menos. ¿A ti te pasa lo mismo, Cindy? Porque si es así...

—Tengo que irme. —Se levantó de un salto y se tambaleó cuando su pierna falló porque su musculatura estaba rígida.

Malcom la sujetó por el brazo y ella le miró a los ojos sintiéndose avergonzada. —Nena, no pasa nada.

—Sí que pasa. —Vio su ropa sobre la butaca y se puso el jersey a toda prisa sacándose la melena. Sintió que era imposible. Que olvidarlo todo era superior a sus fuerzas. Se sintió traicionada, dolida y rota. Sintió que ya no tenía arreglo y frustrada se tapó la cara no queriendo llorar. Estaba harta de llorar. Sintió que sus brazos la rodeaban por la espalda y se sobresaltó. —Shusss. Estás alterada por la pesadilla y sensible por la boda. —La besó en la sien. —¿Lo has pensado, cielo? Porque yo he pensado mil veces que teníamos que haber sido nosotros los que recorriéramos ese pasillo. Estarías preciosa de novia y yo te esperaría impaciente. —Ella sonrió con tristeza mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. —Te diría alguna pulla al llegar como que habías tardado demasiado y después cogería tu mano para no soltarla jamás. Después vendría el banquete y el baile. Nunca hemos bailado juntos. ¿Te habías dado cuenta? Es que es algo muy íntimo cuando lo haces con la persona que quieres. Por eso no te saqué a bailar en aquella cena, mi vida. No quería sentir... Pero al ver el dolor en tus ojos el día de mi secuestro, quise quitar del mundo todo lo malo que te rodeaba —dijo emocionado—. Y no fui capaz por mi propia estupidez. Eso no me lo perdonaré nunca. Pero si tú me perdonas, intentaré hacerte feliz y te demostraré cada día que tengamos juntos, que eres lo primero para mí, cielo. Te lo juro —susurró desesperado—. Déjame ayudarte.

Esa frase la tensó y el miedo la recorrió porque el sentimiento de culpa le hiciera querer volver a su lado. Apartó sus brazos cogiendo la falda y siseó —No necesito ayuda.

La cogió por los brazos volviéndola. —¡Sí que la necesitas! Y yo te

necesito a ti porque no hay un maldito día en que no estés en mis pensamientos. —Besó sus labios apasionadamente y Cindy gimió queriendo apartarse en su necesidad de huir. Necesitaba huir de lo que le hacía sentir. Él se apartó mirándola sorprendido al darse cuenta de su rechazo y soltó sus brazos lentamente. —Lo siento, yo...

Asustada porque a ambos se les había ido de las manos, se puso las botas a toda prisa y corrió hacia la puerta. —¡Cindy no corras! —Trozó con la alfombra y cayó de rodillas sobre el suelo del pasillo sollozando sin poder evitarlo. La puerta se abrió y vio a Grace salir en bata de su habitación mientras Malcom se agachaba a su lado y la cogía por los hombros con cuidado antes de cogerla en brazos.

—Hijo, llévala a mi habitación.

Malcom apretó los labios, pero hizo lo que le decía tumbándola sobre la cama. Avergonzada se volvió tapándose la cara con la almohada. Grace se sentó a su lado y acarició su espalda. Impotente Malcom quiso tocarla, pero su madre le hizo un gesto para que saliera de su habitación. —Hazme caso, por favor. ¿Por qué no vas haciendo el desayuno? Después tendremos hambre.

Su hijo salió lentamente de la habitación y Grace la acarició como hacía su madre cuando era pequeña. Al cabo de un rato en el que no dijo una palabra, Cindy se calmó y la miró sobre su hombro. Grace sonrió con ternura. —¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—No tienes que darlas. —La miró a los ojos. —Recuerdo el primer día que te vi, saliendo del despacho de mi hijo cargada de expedientes. ¿Quieres saber cuál fue mi primer pensamiento?

—¿Qué hace esta muchacha trabajando para mi hijo?

Grace se echó a reír. —Sí, algo así. Te veía demasiado tierna para trabajar para él.

—¿Tierna? —Se volvió tumbándose boca arriba para mirarla.

—Sí, creía que no tenías la fuerza de carácter necesario para trabajar con él. Ese día comimos juntos y le pregunté por ti con algo de mala leche, debo reconocerlo. —Cindy sonrió porque no esperaba menos. —Y lo que me sorprendió fue como te defendió diciendo que eras la secretaria perfecta para él. En la siguiente visita tuve que reconocer que si habías aguantado un año, era que sí debías ser especial. Y cómo lo has demostrado, cielo. Eres más fuerte que nadie que conozca, por eso me defrauda un poco esta actitud que

estás tomando ahora. —Perdió la sonrisa al ver la pena en su rostro. —Y no porque llores, porque todo el mundo tiene derecho a llorar, a gritar y a patear hasta la histeria por lo que te ha ocurrido, sino porque parece que te has dado por vencida cuando tienes el mundo a tus pies.

—No me he dado por vencida. Sigo viva.

—No, cielo. Te mantienes viva, pero no vives. He escuchado a Margaret describir tu vida y eso no es vivir. He visto como mi hijo se tortura por lo que hizo y entiendo tu postura, de verdad. Pero si le amas, si le amas tan profundamente como creo, ¿cómo puedes consentirlo? ¿Por qué estáis destrozando vuestras vidas?

—No lo sé.

—Pues tienes que descubrirlo antes de que sea demasiado tarde porque esta boda se acaba el sábado. Y temo que después ya no haya marcha atrás. Si debes hablar con él durante horas para intentar solucionarlo, deberías hacerlo porque lo que os jugáis es demasiado grande como para no hacer nada. No es momento de huir. Es momento de dar un paso adelante y descubrir si vuestro amor es de verdad o hay que dejarlo aquí para que ambos sigáis con vuestras vidas. ¿No es hora de que ambos dejéis de sufrir? ¿No estás harta de sufrir?

—Sí —susurró asustada.

—Pues ha llegado el momento de hacer algo, cielo. Seguramente le tienes en el pasillo. Estoy convencida de que no se ha separado de la puerta por si le necesitabas.

Se sentó en la cama sabiendo que tenía razón y se quitó las botas antes de levantarse caminando hacia la puerta descalza sobre el suelo de madera. Abrió la puerta y Malcom se levantó del suelo mirándola de arriba abajo. — ¿Estás bien?

—¿Podemos hablar?

—Si es por lo de antes...

Cindy caminó hacia su habitación y él la siguió cerrando la puerta. — Nena, lo siento. Sentí que te perdía y quise besarte para que recordaras lo que teníamos. —Se pasó las manos por el cabello con desesperación. — ¡Es que ya no sé qué hacer! —Cindy se sentó en la cama viendo su frustración. — Sé que no tengo derecho a pedirte nada. Sé que la fastidié y te dejé sola, pero creí que en la iglesia... —Se volvió para no mirarla. —Lo siento. Solo quería disculparme. Cuando fui a tu casa, te dije que me mantendría alejado y no lo

he hecho.

—¿Sabes que en estos meses he ido a terapia?

Se volvió sorprendido y asintió. —Me lo dijo Margaret.

—Nancy opina que no acepto tu amor como es. ¿Crees que tiene razón?

Se quedó tan sorprendido que no supo qué decir. Ella forzó una sonrisa. —Igual sí tiene razón porque nunca he aceptado como eras conmigo. Tenías que esforzarte para complacerme, ¿no es cierto? Como el viaje a París.

—No, preciosa. El viaje a París lo hice con gusto.

—Pero no era algo que habías planeado hacer conmigo. Cambié tus planes.

—A veces los planes cambian y no es para peor. Los momentos que pasé contigo en París fueron los mejores de mi vida.

—¿Te sentiste obligado a complacerme?

Él apretó los labios. —No es eso.

—¿Y qué es?

—Quería demostrarte que te quería. —Se acercó y se acuclilló ante ella cogiendo sus manos. —Me sentía estúpido porque habías visto como me había comportado con otras y no quería que pensaras que te trataba igual que a ellas.

—Por eso no me regalabas nada.

Asintió. —Ahora parece estúpido con todo lo que ha pasado, pero quería hacer las cosas distintas contigo y por eso te llevé a París. ¿A qué mujer no le gusta París? Te pediría matrimonio y te darías cuenta de que eras especial para mí.

—Como dijiste, a mí me pediste matrimonio.

—Sí. Pero aquel día en el despacho noté que no te había convencido mi explicación sobre mi postura del secuestro. Creías que me lo había tomado a la ligera y te juro que no fue así, sobre todo después de ver lo que te había afectado, pero no quería profundizar en el asunto para que te lo tomaras a la tremenda o para que te sintieras avergonzada por lo que había ocurrido. Solo quería que lo olvidaras. —La miró a los ojos. —Y lo hiciste, ¿verdad? Lo olvidaste, solo que yo no lo sabía, ¿no es cierto?

—Intenté ignorarlo por nosotros. Porque era feliz a tu lado.

—Esa noche cuando llegué a casa y mi madre me preguntó por qué la habías dejado plantada me sorprendí porque me habías dicho que venías a

casa. Una hora después estaba de los nervios porque te había llamado veinte veces y no me lo cogías. Pasó otra maldita hora y el teléfono ya no daba tono. No me lo podía creer. Entonces empecé a darle vueltas al asunto y estaba convencido que lo hacías para vengarte porque no te había entendido. —Apreté sus manos. —Creí que querías darme una lección como si fuera un niño. Eso me enfureció y aunque estaba muerto de preocupación no llamé a la policía.

—Tú no tuviste la culpa. Ruth lo había planeado todo y daba igual que estuviéramos juntos o no. Lo hubiera hecho de todas maneras.

Apreté los labios como si lo pensara antes de mirarla sorprendido. —Cielo, ¿me has perdonado?

—No estamos separados por eso, Malcom. Estamos separados porque no fuiste a verme. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me he pasado un año sin saber de ti en el peor momento de mi vida.

Le miró arrepentido. —Lo siento. Creí que era mejor así... Me sentía responsable. Creí que no querías verme después de fallarte. Si hubiera llamado a la policía...

—No me hubieran encontrado. —Soltó su mano para acariciar su mejilla. —No hubieran podido hacer nada por mí. Si ni siquiera les han encontrado en un año. Lo tenían bien planeado. Se habían ido antes de que apareciera en el río. De lo único que me alegro es que no se llevaran un centavo.

—Eso no era importante.

—Me habrían matado si les hubiera dado la clave. Lo supe desde el principio.

—Eres muy valiente. —Se miraron a los ojos. —Te quiero, nena. Puede que no sepa demostrártelo o que no te lo demuestre como tú quieres, pero te quiero. Si me alejé de ti... Joder creía que era lo mejor para ti, te lo juro.

—¿Hubieras estado conmigo si te hubiera perdonado?

—Entiendo que lo dudes. No sirve de nada que ahora diga que sí.

—¿Estarás conmigo a partir de ahora?

Sus ojos negros brillaron. —Tendré que demostrártelo.

—Solo quiero olvidarme de este último año. ¿Crees que podremos hacerlo? —preguntó emocionada.

Él se incorporó abrazándola con fuerza y Cindy le correspondió cerrando los ojos disfrutando de su contacto. —Nunca lo olvidaremos mi vida, pero prometo que habrá tantos recuerdos buenos que ese dolor se difuminará con el tiempo. —Se apartó lo suficiente para besar sus labios con ternura y Cindy sintió que había vuelto a casa.

—No puedo pedir más.

Mirando a Malcom en la escalinata al altar sonrió porque siempre le había quedado muy bien el esmoquin. Él la miró y le guiñó un ojo mientras Jeffrey decía sus votos mirando a los ojos a su futura mujer. Se emocionó por sus palabras y más aún cuando su prima le correspondió. —Te amaré el resto de mi vida y este viaje que iniciamos juntos, no solo será emocionante, porque seguramente habrá momentos difíciles, pero estoy segura de que a tu lado los superaremos como hemos demostrado hasta ahora.

Malcom agachó la mirada y sin poder evitarlo Cindy se sintió mal por él porque se sentía culpable. Habían hablado horas, pero al parecer tendrían que aprender a convivir con ciertas espinas que tenían clavadas en el corazón.

Vio cómo se ponían los anillos y el sacerdote anunciaba que eran marido y mujer. Aplaudieron mientras se besaban y sonrió porque era evidente que estaban muy enamorados.

Margaret se volvió hacia ella y se acercó para abrazarla. — ¡Felicidades! —La besó en la mejilla. —Te deseo toda la felicidad del mundo.

—Y yo a ti.

Jeffrey la cogió de la mano y bajaron los escalones mientras sus invitados les felicitaban. Malcom se acercó cogiéndola por la cintura y la besó en la sien. —¿Lista para la fiesta?

—Claro que sí. —Cogió su mano y salieron de la iglesia. Los novios estaban entrando en el coche mientras sus amigos les seguían tirándoles arroz.

—Tu madre...

—Va con su hermana y su marido en su coche.

Malcom saludó a varios conocidos de la que salían y ella hizo lo mismo pues muchos eran del trabajo. Se le cortó el aliento al ver a Allison con su marido, que forzó una sonrisa al verla. Ella inclinó la cabeza pasando ante ella y apretó la mano de Malcom que la miró de inmediato. —¿Qué ocurre, cielo?

—¿Habéis invitado a Allison?

Su chófer les abrió la puerta y él la ayudó a entrar cogiéndole el bajo del vestido violeta que llevaba para meterlo en el coche antes de sentarse a su lado. En cuanto cerró la puerta la miró a los ojos. —Trabaja con nosotros. Estrechamente.

—Ya, pero...

—Fue idea de Ruth. Allison se dejó llevar y cargó con las culpas. Te aseguro que está muy arrepentida de todo lo ocurrido. La utilizaron, cielo.

Suspiró mirando hacia la ventanilla. —Supongo que no quería que eso me afectara precisamente hoy.

—No te diré nada. Puede que se acerque a preguntarte cómo estás, pero lo harán muchos porque te aprecian y se preocupan por ti. —La besó en la mejilla. —Pero todo va a ir bien y disfrutaremos del día.

Sonrió mirándole. —¿Seguro?

—Claro que sí y para eso... —Cogió una caja que tenía en el asiento de enfrente y se la puso en el regazo.

—¿Qué es?

—Algo que vas a necesitar porque voy a bailar mucho esta noche.

Rasgó el papel y abrió la caja para echarse a reír a carcajadas al ver unas zapatillas de andar por casa en violeta con cristallitos. —No puedo ponerme esto.

—Claro que sí. Iniciarás una moda. —Cogió su tobillo y divertida dejó que le quitara los tacones acariciándole los pies antes de ponerle las zapatillas. —Con lo largo que es el vestido ni se notará. —Pasó su brazo por sus hombros pegándola a él. —¿Te he dicho que estás preciosa?

—Me lo has enviado por WhatsApp antes de la boda por si se te olvidaba.

Él gruñó mirándole el escote en forma de corazón. —No se me ha olvidado. —Sus ojos prometieron mil cosas. —¿Y sabes que esta noche vamos a dormir en una suite muy romántica para celebrarlo?

—¿Y qué vamos a celebrar? —preguntó maliciosa.

—Pues... la boda, que hemos vuelto... —La besó lentamente. —Que esta noche vamos a hacer el amor de nuevo después de tanto tiempo...

Gimió contra sus labios. —¿Lo vamos a hacer? Porque te me has resistido estos días.

—Esta vez es muy especial y tiene que ser en un sitio especial. Habrá velas. —Pasó la lengua por el labio haciéndola suspirar. —Habrá champán... fresas con chocolate...

—Vaya, sí que va a ser especial. ¿Habrá condones?

Él se echó a reír apartándose. —¿Qué?

—Cielo... No puedo. Ahora no. Quiero encauzar mi vida de nuevo antes de un paso así.

Malcom sonrió. —Pues habrá condones. No daremos un paso así hasta que no estés preparada. ¿Qué te parece si de momento no hablamos del futuro? Solo nos dedicamos a disfrutar de lo que tenemos ahora.

—Me parece perfecto.

La celebración fue maravillosa y muy divertida porque los amigos del novio la animaron mucho con sus discursos, éstos no se cortaban en contar anécdotas de lo más entretenidas y a Jeffrey le sacaron los colores varias veces mientras su mujer se partía de la risa. Le pasaron el micro a ella y Margaret sonrió.

—¿Me toca? Bueno, yo no puedo hablar de los antiguos novios de mi Margie porque ha sido una santa. —Los invitados empezaron a silbar mientras sus amigas se reían con fuerza. —¡Eh, que hablo en serio! Solo recuerdo un par de veces que me haya puesto como un tomate con sus ocurrencias. La primera fue en el instituto....

Margie chilló —¡No cuentes eso!

—Lo siento, pero ha llegado el momento de confesarlo.

—Cuenta, cuenta —dijo Jeffrey divertido.

—Pues me llamó el director. Tiene que venir de inmediato, señorita Lawson. Tenemos que hablar del comportamiento de su tutelada. Cuando llego allí casi sin aire, me la encuentro en pelotas de cintura para arriba tapándose como podía con el brazo con una pintada en la espalda que ponía “Nosotras parimos, nosotras decidimos.” —Margaret se puso como un tomate. —Tenía trece años y en ese momento me di cuenta de que era una mujer comprometida con lo que creía, que en el futuro iba a luchar por lo que sentía. —La miró con cariño. —Y lo ha conseguido. Has seguido tus principios desde entonces y no puedo estar más orgullosa, porque quiero pensar que parte de eso lo has aprendido de mí. —Se emocionaron mirándose. —Pero sobre todo estoy

orgullosa porque has luchado por el amor de tu vida, logrando ser muy feliz. Tus padres desde donde estén, deben estar viendo este momento y estoy segura de que te envían un beso, gratamente sorprendidos por el pedazo de novio que has logrado. —Margaret rió mientras lloraba. —¿Quién nos lo iba a decir de la pequeña Margie? Felicidades, chicos. Os quiero muchísimo y os deseo lo mejor.

—Lo sabemos, Cindy —dijo Jeffrey emocionado también antes de besar a su mujer en la sien. Margaret se levantó y la abrazó con fuerza mientras toda la sala se levantaba aplaudiendo.

—Gracias por todo —susurró su prima—. No hubiera llegado hasta aquí sin ti.

—Claro que sí. Somos Lawson, somos fuertes.

—Somos duras.

—Somos las mejores. —Ambas rieron alejándose y se apretaron las manos antes de que Margaret limpiándose las lágrimas volviera a su sitio.

Malcom le acercó la silla para que se sentara y se acercó para susurrarle —Ha sido perfecto, cielo.

—Uff, menos mal que se ha acabado. Estaba de los nervios por el discurso.

Malcom se echó a reír. —Nena, vas a tener que cambiar el apellido en eso que os decís. —Cogió la copa de champán y levantó una ceja.

—Uy, es verdad que ahora es una Halifax.

—Exacto.

—Pero sigue siendo una Lawson. Creo que voy a dejarlo así porque como yo tengo ese apellido... De esa manera recordará sus raíces.

Malcom rió sin poder beber. —No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—¿No habíamos quedado en no hablar del futuro?

La miró intensamente. —Sabes que cuando quiero algo...

—Sí, eres muy impaciente y todas esas cosas, pero de momento piensa en esta noche. Puede que en este último año hayas caducado y ya no me valgas.

—¿Me estás retando?

Le miró maliciosa. —Puede. —En ese momento la orquesta tocó la batería anunciando una sorpresa. Miró al Malcom emocionada como una niña.

—¿Es cosa tuya?

—Puede.

Les pusieron a los novios un gran paquete delante y se levantaron cogiendo la tarjeta. Jeff la leyó en alto. —Para Jeffrey Halifax Segundo que estoy seguro de que no tardará en llegar. Muy gracioso, hermano.

Abrieron la caja riendo para ver un caballito de cuento hecho de madera. —Qué bonito. ¿Pero por qué les regalas eso ahora?

La miró a los ojos. —¿Tú qué crees?

Se le cortó el aliento y se levantó de golpe. —Margaret Lawson, ¿qué no me has contado?

Todos se echaron a reír mientras su prima se ponía como un tomate. —Bueno, yo... ¡Prima, que ya estoy casada!

—Anda, es verdad. —Sonrió del alivio. —Felicidades.

Las risas continuaron e ilusionada se sentó al lado de Malcom que pasó su brazo por el respaldo de su silla. La batería volvió a retumbar. —No me digas que son gemelos.

Malcom se echó a reír negando con la cabeza mientras un pony entraba en la pista de baile. —Ya verás como se cague, la que se va a liar. —Malcom no podía dejar de reír mientras los novios abrían el sobre que el pony tenía en el lateral.

Jeffrey se echó a reír leyendo. —El de madera no me valía para mi sobrino. Este es mucho mejor, pero como vivís en la ciudad debe tener una casa adecuada. —Apareció una imagen en el escenario de una casa preciosa del siglo diecinueve con terreno, pintada en azul pálido. —Felicidades. Bienvenidos a vuestro nuevo hogar.

Margaret chilló con los ojos como platos. —¡Mi casa! ¡Es mi casa!

Jeffrey la miraba sin comprender intentando calmarla y Cindy con los ojos cuajados en lágrimas miró a Malcom. —Les has comprado la casa de sus padres en State Island.

—Me dijo que era la casa más hermosa del mundo y tuve curiosidad. Ha merecido la pena, ¿no crees?

Asintió viendo la alegría de su prima que lloraba mirando la foto antes de acercarse. Malcom se levantó y Margaret le abrazó con fuerza. —Gracias, gracias.

—Ha sido un placer. Espero que la disfrutéis muchísimo.

—Gracias, hermano. ¿Van a venir más paquetes?

Rió sentándose de nuevo. —Puedes regresar a tu sitio.

Grace se acercó a los novios y le dio un pañuelo a Margaret que no hacía más que llorar de la emoción. Cindy cogió la mano de Malcom. —Te quiero.

La miró y se acercó para besarla en los labios. —Y yo a ti, preciosa. Por eso...

El tambor volvió a resonar y Cindy abrió los ojos como platos. —¿Qué has hecho? —preguntó sin aliento.

—Ya lo verás.

Una cajita plateada bajó del techo para colocarse ante Cindy que la miró como si fuera punto de explotar. —¿Ya?

Malcom se echó a reír. —¡Si no sabes lo que es!

Entrecerró los ojos mientras todos la miraban expectantes. Tiró del lacito rojo que la sujetaba y con las manos temblorosas la abrió para ver una esmeralda montada en platino. —Cásate conmigo, mi amor. Si algo me ha quedado claro después de todo lo que nos ha ocurrido es que no puedo vivir sin ti.

Emocionada le miró a los ojos. —¿No podías esperar?

—Ni un segundo más. —Cogió la esmeralda de la caja y preguntó —¿Serás mi esposa?

Sonrió mirándole a los ojos porque hasta que no había visto ese anillo no sabía cuánto había deseado que se lo volviera a pedir. —Sí, seré tu esposa.

Todos aplaudieron mientras le ponía el anillo y la cogió por la nuca besándola apasionadamente. —Gracias, mi amor —susurró antes de apartarse.

—¿La boda no será mañana?

Malcom se echó a reír negando con la cabeza. —Esperaremos un poco.

—Déjame pensar... ¿Para Navidades?

—Qué lista eres.

Sus familiares les felicitaron y enseguida empezó la fiesta. Sentados a la mesa vieron bailar a los novios y Malcom se levantó extendiendo su mano. —¿Ya? No cielo, espera un poco que bailo fatal.

Malcom rió. —Tú no haces nada mal Y el otro día no bailabas mal en absoluto, te lo aseguro. Los cincuenta tíos que te miraban, darán fe de ello.

Se puso como un tomate haciéndole reír y se levantó cogiendo su mano. —Me refería a canciones lentas. —Levantó la barbilla. —Para las modernas soy la leche.

—Ya me he dado cuenta. —Entraron en la pista y la cogió por la cintura pegándola a él. —¿Contenta?

Sus ojos azules brillaron. —Mucho. ¿Y tú?

—Creo que esta es la mejor boda a la que he asistido.

—Claro, porque estoy yo.

—Uhhh, eso tiene mucho que ver.

—Gracias por las zapatillas. —Él levantó una ceja. —Bueno, y por la pedida también, claro.

—Claro.

Soltó una risita. —Nuestro primer baile juntos. Y lo haces muy bien.

—Igual que tú, Ginger.

—Fred porque me pillas en zapatillas que sino...

Malcom se echó a reír levantándola por la cintura para besarla y todos les observaron alegrándose por ellos. A nadie les extrañó que no tardaran en desaparecer.

Capítulo 12

Escuchó el sonido del móvil y dejó el rollo de pintura para coger el teléfono, sonriendo cuando vio que era su marido. —Hola...

—Nena, como me entere de que tienes un rodillo en la mano, me voy a cabrear. Para eso están los pintores.

—No tengo un rodillo en la mano. —Se la miró e hizo una mueca al ver la pintura en las uñas. —Solo estoy aquí porque les llegan los sofás y los dos tenían ecografía. Solo por eso.

—¿Te habrás abrigado? Está nevando con fuerza. No quiero que cojas el ferry cuando oscurezca. Si no que los lleven otro día.

—Están al llegar. Vienes a cenar esta noche, ¿no?

—Sí, al final se ha suspendido la cena. Debe ser que mi mujer se encargó de llamar a la persona con la que iba a reunirme para decirle que hoy hacemos un mes de casados y que era una noche muy importante como para que me fuera a cenar con él —dijo divertido.

—¿Te ha llamado? —preguntó indignada—. ¡No sabe guardar un secreto! A éste ponle en la lista negra.

—Lo que tú digas. ¿Qué tal la terapia?

Sabía que llamaba por eso. Sonrió sin poder evitarlo. —Pues me ha dicho...

—¡Me tienes en ascuas, no me hagas esperar más!

Rió sin poder evitarlo. —Me ha dicho que estoy preparada y yo creo que también lo estoy.

Él suspiró del alivio. —¿De verdad? No lo hagas por mí. Puede que no lo parezca, pero puedo esperar.

—Sí, claro.

Su marido rió al otro lado de la línea. —Hablo en serio.

—Cariño, desde que sabes que serás tío, te mueres por tener uno.

—Pero solo contigo, mi vida.

—Más te vale.

—Estoy deseando llegar a casa. Envíame un mensaje cuando estés en el ferry.

Apretó los labios porque ahora se inquietaba si no la localizaba, pero Nancy le había dicho que se le pasaría con el tiempo. —Te lo enviaré. Te quiero.

—Y yo a ti.

En ese momento llamaron a la puerta y salió de la habitación del bebé para bajar las escaleras. Al mirar por la ventana vio que eran los de la tienda de muebles y les dejó pasar. Los colocó como los quería su prima y en cuanto se fueron, volvió a subir para terminar la pared.

Hizo una mueca mirando el reloj porque se le había hecho tarde. Corrió hacia el ferry y lo cogió por los pelos. Al meter la mano en la cazadora se dio cuenta de que se había dejado el móvil en casa de Margaret y gimió porque ya la había liado.

Al entrar en casa vio a su marido en mangas de camisa sentado en el sofá mirando el móvil que estaba sobre la mesa de centro. —Lo siento. Se me ha olvidado el teléfono en casa de Margaret.

Él muy serio se levantó y se acercó para abrazarla. —Yo también lo siento.

—¿Por qué?

—Porque ahora te estoy agobiando, ¿verdad? Te has preocupado por mí.

—No quiero que te pongas así —susurró—. Estoy bien.

—Lo sé. —La besó y ella gimió en su boca abrazándole por el cuello, respondiendo con todo su ser. Malcom tiró de su cazadora hacia atrás y ella apartó los brazos para que se la quitara dejándola caer al suelo. Sin dejar de besarla como si la necesitara, agarró su jersey por la cintura levantándolo para pasarlo por su cabeza y la sujetó por las caderas pegándola a él, acariciando su espalda hasta el cierre de su sujetador mientras ella, sintiendo que su deseo la abrasaba, enterró sus dedos en su cabello negro. Entonces recordó algo y se apartó para mirarle a los ojos radiante. —¿Vamos a hacer un niño?

—¿Ahora recuerdas eso? —preguntó divertido—. Debo estar

perdiendo técnica.

—Tu técnica es perfecta. —Le besó ansiosa bajando los brazos para dejar caer el sujetador y desesperada por sentirle, se abrió los vaqueros mientras se quitaba las botas empujándolas con los talones. Malcom tampoco perdió el tiempo, porque se abrió la camisa de un tirón haciendo que los botones salieran disparados. Acarició sus hombros pegándose a su torso y sus pezones se endurecieron por su contacto, haciendo que todo su cuerpo temblara antes de que la cogiera en brazos llevándola hasta el sofá. Besó su cuello y Cindy lo arqueó hacia atrás mientras su lengua acariciaba su piel hasta su seno. Gritó de placer cuando la pasó ligeramente por su pezón antes de metérselo en la boca y chuparlo ansioso mientras sus manos bajaban sus braguitas lentamente. Se retorció de placer cuando sus manos volvieron a subir y acariciaron su sexo de arriba abajo. Malcom acarició con la mejilla la cicatriz de su vientre antes de besar su piel como si la adorara. Nunca se sintió más amada y deseada que en ese momento gritando de placer cuando un dedo entró en su interior. Muerta de deseo le agarró por el cabello y gritó —¡Te necesito!

—Aquí me tienes, mi vida. —Se colocó entre sus piernas y mirándola a los ojos entró en ella de un solo empujón haciendo que gimiera de placer. Él besó sus labios suavemente y se movió en su interior tal lentamente que pensó que moriría de necesidad, sintiendo que su interior se tensaba con fuerza queriendo retenerle. Malcom con la respiración agitada la miró a los ojos entrando en ella de nuevo y Cindy gimoteó aferrándose a sus hombros, provocando que él acelerara el ritmo con fuerza llevándola al borde del éxtasis hasta que con un último empujón la hizo estallar de placer.

Malcom cayó sobre ella con la respiración agitada y se quedaron así unos minutos recuperándose. Cindy no quería regresar del placer que aún la recorría de arriba abajo y rodeó su cadera con la pierna para que no la abandonara. Él levantó la cabeza y apoyándose en los codos y apartó un rizo de su frente humedecida. —Bueno, ¿qué opinas?

Cindy se echó a reír. —No va a ser a la primera. Ya lo habíamos hecho antes sin protección y no pasó nada.

—Pues yo creo que de esta...

—Vamos a tener que hacerlo de nuevo.

—¿Tú crees? Yo estoy dispuesto a repetir. —Se movió en su interior robándole el aliento.

—¿Y a qué estás esperando? —preguntó antes de atrapar sus labios.

Tumbada sobre su marido durmiendo a pierna suelta se sobresaltó al escuchar el timbre de la puerta. Parpadeó mirando a Malcom y él susurró — Ya voy yo. Sigue durmiendo.

Gimió mientras se levantaba y se tapó con las sábanas observando como Malcom se ponía el albornoz. Cerró los ojos, pero se preguntó qué hora sería y levantó la cabeza para ver en el reloj de la mesilla que eran las siete de la mañana. Era sábado. ¿Quién les molestaba a esas horas? Preocupada por si era Margaret se levantó de la cama y se puso la bata de seda verde que su marido le había regalado por su aniversario la noche anterior después de una sesión de sexo salvaje. Atándose el cinturón salió de la habitación y fue hasta la escalera quedándose helada al ver al detective Harris y a su compañero hablando con Malcom. —¿Qué ocurre?

Los tres miraron hacia arriba y Malcom apretó los labios. —Cielo, vuelve a la cama. Yo me encargo.

Bajó los escalones descalza y el detective Harris sonrió. —Me alegro de verla tan bien, señora Halifax. Por cierto, felicidades por su matrimonio.

—Gracias. —Se acercó a su marido que la cogió por la cintura. — ¿Les han encontrado?

—De eso estábamos hablando precisamente. El cadáver de Ruth Spencer está siendo trasladado a los Estados Unidos en este momento. — Cindy palideció y Malcom la pegó más a él como si quisiera protegerla. —Lo han encontrado en un piso cochambroso de Sao Paulo y llevaba semanas allí. Al parecer debió matarla su pareja porque estaba llena de golpes. La embajada se puso en contacto con la familia cuando la identificaron. Y llevó su tiempo, porque su documentación estaba falsificada.

—¿Y él?

—De él no sabemos nada de momento, pero ahora ha cometido un delito allí y las autoridades investigan el asesinato. Esperemos que esas investigaciones den sus frutos. Pero debe estar tranquila, en el piso se encontró gran cantidad de sangre de él, lo que significa que estaba mal herido. Si sigue vivo, no regresará a los Estados Unidos. No es estúpido y sabe que aquí se le busca.

—Pero, ¿y si se va a México desde Brasil? —preguntó Malcom muy

tenso—. ¿Acaso no es de allí?

—Eso es lo que nos confunde desde el principio. Creo que él imitó que era de México porque el primer secuestro se suponía que se producía allí, pero en realidad yo creo que era brasileño porque se encontró en el piso distinta documentación a su nombre. Ellos le han identificado como brasileño, así que seguramente será de allí.

—¿Cree que le encontrarán? —preguntó asustada.

—Tarde o temprano darán con él o con su cadáver. No debe preocuparse, de verdad. No podrá tocarla. Si pone un pie en los Estados Unidos le cogemos, pero como le digo no es estúpido. Además, por el estado del piso, era evidente que no les sobraban los recursos. Haciéndome un favor el policía que lleva el asunto, me ha dejado ver las fotos del crimen. De hecho, vivían como las ratas que eran.

Ella asintió y miró a su marido. —Voy a ducharme.

Malcom la besó en la sien y los tres la observaron subir sujetándose el bajo de la bata. No podía negar que le preocupaba que no hubieran cogido a Rodrigo. Se metió en la ducha y se quedó bajo el agua varios minutos. Su marido la abrazó sobresaltándola antes de pegarla a él. —Shusss, ese hombre jamás volverá a tocarte. Te lo juro.

—Ya están otra vez en nuestra vida.

—No, nena. Olvídate de ellos porque nunca se acercará a ti de nuevo.

Le miró a los ojos y vio tal seguridad en ellos que susurró —Malcom, ¿cómo estás tan seguro? ¿Y si busca dinero y te hace algo? Debe estar desesperado.

—Shusss. —Sonrió acariciando su cuello. —Estoy seguro de que como ha dicho el detective no volveremos a saber de él. Piensa que estás muerta, ¿recuerdas? No sabe nada de ti. Ni se le ocurriría regresar por aquí para enfrentarse a mí que puedo tener seguridad. —Suspiró del alivio pegándose a su pecho y cerró los ojos escuchando el sonido de su corazón. La abrazó a él. —No quiero que pienses más en ello. ¿Qué te parece si salimos a desayunar y pasamos el día fuera? Te vendrá bien tomar el aire.

—Si te apetece...

Él levantó su barbilla y la miró a los ojos. —Nena, olvídate de ellos. Los hemos dejado atrás, ¿recuerdas? Solo importamos nosotros y nuestra nueva vida.

Cindy sonrió. —Tienes razón. Me estoy preocupando por nada. Es una

buena noticia. Ayer podían haber aparecido los dos en cualquier momento y ahora hay uno menos.

—Elimina el otro de tu mente también, porque no volverás a verle jamás. Te lo prometo.

Sonrió y se puso de puntillas para besar sus labios. —Te quiero.

—Y yo a ti, nena. ¿Me frotas la espalda? —Cindy se echó a reír apretando su pelvis contra él. —Mejor te la froto yo —dijo con voz ronca antes de besar su cuello y hacer que se olvidara de todo.

Juró por lo bajo entrando en casa porque se había hecho daño en la cadera en clase de yoga. Iba a relajarse y salía lesionada. Aquello era estupendo. Parpadeó al ver a su suegra sentada en el sofá bebiendo de una taza de café. —Pero bueno, ¿qué haces aquí? —Se acercó tirando la colchoneta de yoga al sillón mientras Grace se levantaba para darle un abrazo.

—Bueno, mi hermana y su marido se han ido de crucero, ¿y qué iba a hacer yo sola en casa? —Cogiéndola por los hombros la apartó para mirarla. —¿Estás más gordita?

Hizo una mueca. —No, no estoy embarazada. —Bufó sentándose en el sofá. —Ya han pasado cuatro meses.

—No te obsesiones con el tema. Llegará, estoy segura.

—Mañana me hago la prueba de nuevo. Me toca el periodo hoy pero ya no puedo hacerle caso a los ciclos desde que ocurrió... ya sabes.

—Lo entiendo. Así que me las hago una vez a la semana por si acaso.

—No te preocupes. Llegará. Malcom tardó en llegar tres años y después Jeffrey llegó enseguida. Esto va así. Hay que tener paciencia. ¿Ahora vas a comer con mi hijo?

—No, hoy tiene una comida de negocios.

—Estupendo. Pues entonces vamos a comer juntas por ahí y después vamos a ver cositas para mi nieta.

—Margaret ha dicho que no nos pasemos.

—Va, soy la abuela. Puedo regalarle a mi nieta lo que me dé la gana. —Sonrió ilusionada. —¡Una niña!

—Sí, a mí también me encanta. —Rieron emocionadas y Sue salió de la cocina con la escoba. —No comemos en casa.

—Uy, fenomenal —dijo encantada—. Recuerdas que esta tarde no estaré, ¿verdad?

—Sí, tienes médico.

—Nada grave, espero —dijo su suegra mirando al ama de llaves.

—¡Qué va! Que se han empeñado en hacerme unos análisis porque ya tengo sesenta años. ¿Se lo puede creer, señora? —preguntó indignada—. Yo que siempre he tenido una salud de hierro.

—Bueno, pues con más razón pasaremos la tarde fuera.

—Me voy a duchar. Estoy contigo en nada de tiempo.

—No te des prisa. Ponte bien guapa que quiero presumir de nuera.

Rió yendo hacia la escalera y subió los escalones lo más aprisa que pudo. Sue hizo una mueca. —Le duele la cadera.

Su suegra suspiró sentándose. —Y no me dirá nada para no defraudarme. Esta niña... —La miró a los ojos preocupada. —¿Son felices?

—Oh, señora. Nunca había visto a Malcom así —dijo emocionada—. Son muy felices.

—Se lo merecen, ¿verdad?

—Después del año que pasaron separados nadie lo merece más. Durante ese año ni recuerdo las veces en que cuando llegaba al trabajo, me encontraba a Malcom mirando esa ventana y me daba cuenta de que casi no había dormido pensando en ella. Se aman tanto... Espero que tengan mucha suerte.

—Creo que han agotado la mala suerte ya, Sue. O al menos eso espero.

Cindy salió de la ducha y miró sus vestidos nuevos intentando decidir qué elegir. Sacó uno verde y al darse la vuelta empujó con el codo el montón de jerséis de Malcom. Juró por lo bajo colgando el vestido en un gancho en la pared y se volvió para recogerlos porque Sue ya tenía bastante trabajo. Agachada en el suelo estaba doblando uno de ellos cuando vio que tenía un bulto dentro. Pasó la mano por el pecho del jersey y se dio cuenta de que era algo duro. Sonrió porque parecía una cajita. Metió la mano por el cuello para sacarlo, pero se lo pensó. ¿Y si era una sorpresa? Tampoco quería fastidiársela. —Bah, me haré la sorprendida.

Sacó la cajita negra de terciopelo y soltó una risita abriéndola. Perdió

la sonrisa poco a poco al ver su primer anillo de compromiso. Palideció mirando el diamante en forma de baguette y lo sacó de la caja poniéndoselo en el dedo para comprobar que era el mismo como si lo necesitara. Tembló dejándose caer en el suelo de moqueta mientras su corazón latía como loco en su pecho mirando su mano. ¡Era su anillo! ¿Por qué lo tenía Malcom?

Miles de preguntas agolparon su mente y la seguridad con la que le había dicho meses atrás que Rodrigo no la molestaría más, le puso un nudo en la garganta. Se tapó la boca aterrorizada por lo que había hecho, oyendo las palabras del detective Harris diciendo que a Ruth la habían matado a golpes. Como a ella.

—Cindy, acuérdate de coger una chaqueta porque por la tarde refresca.

Asustada miró hacia la puerta del vestidor y se quitó el anillo a toda prisa guardándolo en la cajita. Recogió los jerséis y metió el anillo entre ellos justo a tiempo para cuando llegó su suegra. —¿Me has oído?

—Perdona, estaba distraída. ¿Crees que este vestido es adecuado para salir? ¿No es demasiado elegante?

—Cindy, ¿estás bien? —Se acercó levantándole la barbilla. —Estás muy pálida. ¿Te duele mucho la cadera?

—¡No! Estoy bien. —Disimulando sacó un vestido rosa, porque si le decía que no se encontraba bien llamaría a Malcom. —¿Y este?

—Si no te encuentras bien...

—Estoy perfecta. Me pondré el verde. —Se quitó la toalla y su suegra sin ningún disimulo miró sus cicatrices. Apretó los labios al ver las marcas en su pierna y la gran cicatriz en su vientre. —Es horrible ¿verdad?

—No, cielo. No es horrible. Es la marca que demuestra lo fuerte que eres. —Le guiñó un ojo. —Acuérdate de la chaqueta.

—Sí, Grace.

Salió del vestidor y suspiró del alivio apoyándose en una de las baldas respirando profundamente. Ahora no podía pensar en eso. Cuando volviera ya le daría vueltas al asunto.

Pero el puñetero anillo no dejó de rondar por su cabeza desde que lo había visto. Disimuló lo que pudo e intentó disfrutar de la tarde, pero su suegra era muy lista. Estaban mirando unos cochecitos de bebé y distraída

miró uno rojo. —Este es bonito.

—Muy bien, ¿qué pasa? Si dices que ese es bonito, es que lo has dicho por decir. ¡Desde la comida me he dado cuenta de que tienes la cabeza en otro sitio y no hay nada que más me fastidie que no tener toda la atención de mi nuera ya que le he dado un hijo!

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Me has dado un hijo?

—Bueno, te lo presto. Pero a cambio de nietos, claro. ¿Es eso? ¿Te preocupa no tener hijos?

—No, no es eso. —Dejó la etiqueta del carricoche después de mirarla sin ningún interés. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho se sonrojó. —Bueno, un poco, pero no estoy así por eso.

—¿Y por qué es?

—¿Sabías que la mujer que me secuestró ha aparecido muerta?

—Cariño, no te va a volver a pasar nada.

—¿Cómo estás tan segura? —Entrecerró los ojos mirándola fijamente. —¿Sabes algo?

—¿Cómo que si sé algo? Sé lo que me ha dicho Malcom. Su detective está seguro de que ese salvaje no volverá por aquí. Igual también está muerto. Vete tú a saber.

Se le cortó el aliento. —¿Detective?

—Claro, cuando ocurrió todo contrató a uno buenísimo para que les siguiera la pista. ¿No lo sabías? Bueno, es lógico que no quisiera decirte nada para no sacar a relucir el tema de nuevo. —La mano de Cindy tembló llevándosela a la frente. Grace se acercó preocupada. —¿Estás bien, cielo?

—Estoy algo mareada. —Y era verdad. Tenía que salir de allí cuanto antes pero no se sentía capaz.

—¿Puedes llegar al taxi?

—Déjame sentarme.

Se sentó en el altillo donde estaban colocados los cochecitos y tomó aire varias veces sin darse cuenta de que su suegra sacaba el móvil. Cerró los ojos concentrándose en un lugar seguro no dejándose llevar por el pánico. Su suegra empezó a darle aire con un catálogo. —¿Te encuentras mejor?

—Sí —susurró dejando que el aire fresco la relajara—. Mucho mejor, gracias.

—¿Niña! ¡Trae un vaso de agua!

Sonrió por su voz de sargento. —Estoy bien, Grace.

—Respira. Que mueva ese culito tan prieto que tiene.

—Envidiosa.

—Pues sí.

Abrió los ojos sintiéndose mejor notando como su latido se normalizaba. —Ya está.

—No, no está. —Cogió el vaso que traía la chica y le hizo un gesto para que se alejara como si le quitara el aire. —Bebe, cielo. Ya verás cómo te encuentras mejor. —Lo hizo por darle el gusto y sonrió a su suegra que pareció aliviada. —Ya tienes mejor color.

—No ha sido nada. Podemos irnos.

—No, espera unos minutos. Más vale asegurarse. Por favor hazlo por mí.

Apoyó las manos en las rodillas y sonrió. —Bueno, ¿entonces qué coche te gusta?

Minutos después en los que su suegra se lió a comprar media tienda mientras ella estaba allí sentada sin moverse, vio una cabeza oscura sobre las cunas y miró a su suegra como si quisiera matarla. —¿Has llamado a Malcom?

Sorprendida miró hacia atrás. —Vaya, ha llegado pronto. Voy a darme prisa —dijo alejándose y señalando unos peluches.

Gruñó antes de mirar a su marido que se acercaba dando grandes zancadas como si fuera a una batalla. Sonrió sin moverse de allí. —Cariño, estoy bien. Te ha asustado para nada.

Se acuclilló ante ella y apartó sus rizos de la cara para mirarla bien. —¿Qué ha ocurrido?

—Nada, que me he mareado un poco. —Sonrió para no darle importancia, pero Malcom no creyó una palabra.

—¿Se te ha quitado con las respiraciones? —Se sonrojó porque la había pillado. —Muy bien. A casa.

—Vale yo me voy, pero tú vete a la oficina.

—Ni hablar. Os llevo a casa. ¡Madre!

Le cogió por la muñeca mientras se incorporaba. —Por favor, estoy bien. Vete a la oficina.

Se agachó de nuevo. —Te voy a llevar a casa. No hay más que hablar.

Bufó viendo que iba a hablar con su madre y se levantó cogiendo su

bolsa del suelo. Bueno, tenía que asumir que Malcom no se quedaría de brazos cruzados si dañaban a alguien que quería. Ahora tenía que intentar protegerle lo máximo posible porque nada se lo quitaría de nuevo.

Al día siguiente estaba en el despacho de su casa mirando por internet cómo deshacerse de un diamante cuando su marido entró mirándola sorprendido. —Nena, ¿no tenías terapia?

Le dio a Escape para ocultar la página y sonrió mientras rodeaba el escritorio para besarla. —He cambiado la cita para mañana. No tenía ganas de salir.

—Pues hace un día estupendo. —Miró la pantalla del ordenador para ver una página de una agencia de viajes. —¿Es una indirecta?

—Era por entretenerme un rato. ¿Qué te parecen las Maldivas para las vacaciones de verano?

—¿Y separarte de la niña? —preguntó divertido—. En esa fecha nadie te sacará de Nueva York.

Abrió los ojos como platos. —¿Y si alquilamos una casa cerca del mar para todos?

Malcom se echó a reír asintiendo. —Ya me parecía. —La cogió por las manos levantándola y abrazándola por la cintura. —Bueno, ¿no tienes nada que decirme?

Le miró sin entender, pero luego se le pasó por la cabeza que él se había dado cuenta de que había encontrado el anillo. —¿Nada que decirte?

—Sí. —Frunció el ceño dando un paso atrás. —Nena, ¿te has hecho la prueba?

Suspiró del alivio, pero luego se sonrojó porque se le había olvidado. —Todavía no.

Eso sí que le extrañó. —Cindy, ¿qué ocurre? Estábamos muy bien y desde ayer estás muy rara. ¿Es mi madre? ¿Te ha dicho algo...?

—No, claro que no. Me alegra tenerla en casa.

Él se sentó en la esquina del escritorio. —Cuéntame qué te ocurre, cielo. Sino no puedo ayudarte.

—No pasa nada. ¿Sabes que los resultados de los análisis de Sue dicen que está como un roble?

—¿Quieres cambiar de tema? —Se sonrojó porque cuando se empeñaba en algo era imposible hacerle cambiar de idea. —Es por el bebé, ¿verdad? Estás decepcionada porque no llega. Cielo, acabamos de empezar.

—No, no es eso.

—Entonces qué te preocupa.

—Nada, de verdad. Tengo una vida perfecta.

Asintió mirándola fijamente. —¿Quieres volver a trabajar?

—¿Y dejar mis clases de yoga y pintura para escuchar tus gritos?

Malcom se echó a reír abrazándola. —¿No me echas de menos?

—No tanto. —Abrazó su cuello mirándole con amor antes de besar sus labios. —¿Nos hacemos la prueba?

—¿Ahora?

—Si es que sí, es que sí. —Le cogió de la mano y tiró de él fuera del despacho. —Si es que sí lo celebraremos y si es que no lo intentaremos de nuevo. —Le guiñó un ojo subiendo las escaleras mientras el reía. —Así que gano de todas maneras.

—Ganamos los dos.

Entró en la habitación y de repente se sintió emocionada. Le miró con sus preciosos ojos azules. —Tengo un buen presentimiento.

—Pero si no sale positivo no pasa nada. —Se quitó la corbata dándole una palmadita en el trasero.

Entró corriendo en el baño. —Vete desvistiéndote.

Escuchó su risa mientras cogía la prueba y se sentaba en el wáter. Cuando salió del baño totalmente desnuda y con la prueba en la mano se detuvo en seco al ver que Malcom miraba los jerséis con los labios apretados pasándose la mano por su pelo negro. La miró a los ojos. —Cariño no estás desnudo —dijo disimulando sonriendo radiante—. El resultado estará enseguida.

—Lo has visto, ¿verdad? Por eso estás nerviosa desde ayer.

—¿El qué?

—¡El anillo, Cindy! ¡No disimules porque lo haces muy mal!

Hizo una mueca dejando caer los hombros. —Tú no te preocupes, que yo lo soluciono.

—¡No has ido a terapia hoy y nunca fallas! Esto te ha alterado, reconócelo.

—Bueno, sí... pero es que enterarte de que tu marido es un asesino vengador descoloca a cualquiera. —Malcom parpadeó. —Pero tú no te preocupes que nos desharemos de él y asunto solucionado. —Sonrió radiante. —Y ya sé cómo lo vamos a hacer.

—¿No me digas?

—¡Sí! Voy a por un martillo. Lo machacamos a golpes y después lo tiramos al wáter. Tenemos que asegurarnos de que nos deshacemos de todos los restos, porque los de criminalística son muy listos.

—Cielo... —Preocupado la cogió por los hombros llevándola hasta la cama y sentándola suavemente. —No vamos a deshacernos de él.

—Claro que sí. La verdad es que no sé cómo se te ha ocurrido traerlo a casa. Si nos registran, lo encontrarán. Ya te he dicho que son muy listos. —Entrecerró los ojos. —Mejor tiramos los restos en una alcantarilla. No vaya a ser que abran los desagües.

Su marido cogió su mano con delicadeza y le quitó la prueba poniéndola a su lado para apretarle la mano entre las suyas. —¿Por qué piensas que yo los he asesinado? —preguntó preocupado.

—No disimules, Malcom. Dijiste que no vendría más por aquí. Me encuentro el anillo que solo podían tenerlo ellos y tu madre me dice que después del secuestro contrataste a un detective buenísimo para que diera con ellos en Brasil. ¡Unido a que han encontrado el cadáver de Ruth, no hay que ser muy lista! —Le regañó con la mirada. —No debiste hacerlo. Esto nos pone en peligro de nuevo, pero yo estaré a tu lado. Vaya que sí.

Él besó su mano antes de acariciarla con la mejilla. —Tengo una suerte enorme al tenerte en mi vida.

—Cariño, ese detective que contrataste, cerrará la boca, ¿verdad? —Le acarició el cabello. —Deberíamos hacerle una visita. —Malcom tembló y preocupada le acarició la nuca. —No debes preocuparte. Todo va bien. Hasta ahora no sospechan de ti. Y no pisaremos Brasil para nada. El delito es allí y aquí no pueden tocarte. Además, nadie te culparía por algo así. Pero mejor nos deshacemos de las pruebas.

La risa de su marido hizo que frunciera el ceño. —¿Tienes un ataque de nervios? ¿Necesitas una de las pastillas que me recetó la doctora? Espera que voy a por ella y...

Su marido levantó el rostro riendo con ganas y Cindy le miró con desconfianza. —Malcom... si llamo a Nancy para que te ayude, preguntará la

razón por la que estás así y es muy inquisitiva, te lo advierto.

Malcom se incorporó riendo y la besó en los labios antes de quitarse la chaqueta del traje sin dejar de reír. —No, no me está dando un ataque de nervios. Es que me ha hecho gracia tu plan para exonerarme.

—No te lo tomes a broma, porque Harris puede tomarnos la delantera por cualquier mínimo detalle.

Su marido se echó a reír de nuevo y Cindy se empezó a mosquear. —¿Qué tiene tanta gracia?

—Nena, yo no he matado a nadie. Me gustaría haberlo hecho, lo reconozco, pero no he sido yo.

Se quedó sin aliento mirándole fijamente. —Pero el anillo...

—Me lo trajo Harris. Lo encontraron hace meses en una casa de empeños del centro. Con la muerte de Ruth, el juez ordenó que se nos devolviera y lo hizo el día que vino por casa.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡No fastidies!

—Pareces decepcionada —dijo divertido.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque te había afectado lo de la muerte de Ruth y no quería que pensaras que el anillo estaba en casa. Iba a llevarlo al banco, pero se me olvidó.

—¿Al banco? ¡Véndelo!

La miró a los ojos quitándose la camisa. —Es tuyo. Pensaba preguntarte más adelante qué hacer con él.

Se cruzó de brazos y se dio cuenta de que estaba desnuda pero no le dio importancia porque ya estaba acostumbrada a estar así la mayoría del tiempo que pasaba con él. Vio la esmeralda en su mano y apretó los labios recordando cuando le regaló su primer anillo en aquella azotea de París. —Fue un momento estupendo, ¿verdad?

—¿Cuál, preciosa? —La cogió en brazos ya desnudo y la tumbó sobre la cama. Acarició su sien apartando un rizo y sonrió. —¿Hablas de la pedida en París?

—Fue maravilloso.

—Pues no dejes que te roben ese momento. Puedes ponértelo si quieres. Es tuyo y no tienes que pensar en lo que ocurrió después.

Cindy acarició su mejilla. —Cuando me di cuenta de que no lo tenía en

aquel contenedor, lloré de rabia porque me lo habían quitado. Parece absurdo en un momento así.

—No, cielo. Te aferrabas a lo que amabas y el anillo te ligaba a mí. — Besó suavemente sus labios antes de reír por lo bajo. —Estabas dispuesta a hacer lo que fuera para librarme de la cárcel, ¿verdad?

—Muy gracioso, Halifax.

Le pellizcó el costado y él la miró con amor. —Tengo una suerte enorme de que me hayas perdonado y compartir cada día a tu lado.

—Tengo una suerte enorme de tenerte —susurró emocionada—. Y a tu lado no puedo pedir más, porque me lo das todo.

—¿Todo, todo? —Alargó la mano para coger la prueba y le echó un vistazo antes de dejarlo sobre la mesilla de noche sin decir palabra.

—¿Qué? ¿No vas a decirme si es positivo?

—Tienes razón, cielo. No podemos pedir más.

Epílogo

—Cindy ¿qué haces?

Margaret la miró con los ojos como platos cuando la vio boca abajo sobre la colchoneta de Yoga y con los pies apoyados en la pared mientras se sujetaba con la cabeza. Era digno de ver con su barriga de nueve meses. — ¿Estás loca?

—Estoy bien. —Sonrió viendo a la niña en sus brazos. —Hola Cindy. —La niña gorgoteó y apoyándose en los brazos bajó las piernas lentamente para quedar de rodillas. Se levantó dándose la vuelta mientras su prima la miraba como si no se lo creyera. —No pasa nada.

—¿Malcom sabe esto?

—¿Para que le dé un infarto? No, gracias. Quiero a mi marido demasiado como para preocuparle. —Cogió a la niña en brazos y la besó en la frente. —¿Cómo está mi niña?

—¡Pues seguramente vomitando dentro de tu barriga!

Cindy se echó a reír saliendo del gimnasio. —Será exagerada. El yoga es muy sano y viene muy bien a las embarazadas.

—¿Embarazadas de nueve meses que ya han salido de cuentas también?

—También.

De repente sus mallas rosas se empaparon mojándole hasta los pies y gimió mirando hacia abajo. —Uy, ¿puedes llamar a mi marido?

—Será posible. ¡Grace!

Su suegra salió de su habitación con un libro en la mano y al ver a Cindy sonrió radiante. —¡Ha funcionado!

—¿Tú sabías esto? —Margaret no se lo podía creer.

—Ya lo habíamos probado todo. Caminar, sexo ayer por la noche con mi hijo que estaba aterrorizado, botar en la pelota de pilates. Así que le dije que se relajara. ¡Y ha funcionado! —Entró de nuevo en su habitación. —¡Voy a por el bolso!

—Coge a la niña que voy a ducharme.

—Ni hablar. —Cogió a la niña con un brazo y con el otro cogió su muñeca. —Te vas al hospital. —Se detuvo en seco para mirarla. —¿De verdad le convenciste para...?

—No hizo falta forzarle mucho, te lo aseguro. —Se detuvo frunciendo el ceño. —Tengo hambre.

—Ni hablar. ¿Y si te tienen que operar o...?

—Relájate. Queda mucho. No tengo dolores. Voy a ducharme. ¿Vas llamando a Malcom? —Abrió los ojos como platos. —No, mejor le llamo yo y le doy la sorpresa.

Sujetándose el vientre fue hasta su habitación y Margaret gimiendo miró a su hija. —Va a ser un parto muy largo...

—¿Nena? —Su marido entró en el baño como una tromba y se quedó de piedra al verla metida en la bañera sonriendo de oreja a oreja cubierta de espuma hasta el diamante de su pedida que ahora colgaba de su cuello. —¿Qué coño haces ahí?

—Cariño, ya viene.

—¡Por eso te pregunto qué haces ahí!

—Es que queda mucho. —Él suspiró del alivio. —¿Me has traído los croissants?

Se acercó a ella y la cogió en brazos sacándola de la bañera. —¡Nena, lo del yoga está muy bien, pero ese comportamiento tan tranquilo que tienes ahora, me pone un poco de los nervios!

Soltó una risita abrazándole por el cuello. —Te estoy mojando —dijo cuando la sacó a la habitación.

—¿Cada cuánto las tienes?

—Queda mucho.

—¿Cuánto, Cindy?

—Doce minutos.

Su marido palideció sentándola en la cama y corrió al vestidor para salir un minuto después con un chándal rosa. Tranquilamente ella se levantó y cogió una de las toallas del vestidor. Se secó mientras su marido corría de un lado a otro con la bolsa del bebé en la mano como si fuera algo

importantísimo que no debía olvidársele. Vio como se cambiaba a la velocidad del rayo y cuando vio que todavía estaba secándose gritó —¿Es que todavía estás así?

En ese momento la atravesó un dolor y se apretó el vientre gimiendo. Malcom se acercó haciendo las respiraciones con ella acariciándole la parte baja de la espalda. Cuando el dolor cesó Cindy sonrió levantando la mirada hacia él. —Ya pasó.

—Nena...

Le miró a los ojos. —¿Crees que no puedo con esto? —Malcom la abrazó necesitando sentirla. —Nada me separará de ti.

—Te amo, preciosa.

—Lo sé. Me lo demuestras continuamente.

La miró sorprendido. —¿De veras?

Sonrió asintiendo y acarició su mejilla antes de besar sus labios suavemente. —Solo necesito ver tus ojos, mi vida. Ellos me lo dicen a todas horas.

—Y te lo dirán hasta mi último aliento, mi amor. Eso no lo dudas.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Vilox” o “Esa no soy yo”. Próximamente publicará “Desterrada” y “Tenías que ser tú”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Tienes más de noventa publicaciones para elegir entre distintas temáticas dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.